

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

“Entre ricos toca vivir como ricos”:
cultura material y autoconstrucción de la casa rural en
Anapoima

Jorge Augusto Quintero Álvarez

Facultad de Ciencias Humanas
Maestría en Estudios Culturales
Bogotá, Colombia
2018

“Entre ricos toca vivir como ricos”: cultura material y autoconstrucción de la casa rural en Anapoima

Jorge Augusto Quintero Álvarez

Tesis de investigación presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Estudios Culturales

Director:

Ph. D. Oscar Iván Salazar

Línea de Investigación:

Historias, identidades y alteridades

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Maestría en Estudios Culturales

Bogotá, Colombia

2018

*Aquello de lo que te enamores,
lo que arrebate tu imaginación,
afectará todo.*

*Determinará lo que te haga levantar
por la mañana,
lo que harás con tus atardeceres,
cómo pases tus fines de semana,
lo que leas, a quién conozcas,
lo que te rompa el corazón
y lo que te llene de asombro
con alegría y agradecimiento.*

*Enamórate, permanece enamorado,
y esto lo decidirá todo.*

(Pedro Arrupe)

Agradecimientos

A cada una de las personas que me abrió las puertas de su casa y me permitió explorar la belleza y la tenacidad de la entrega cotidiana en las tierras campesinas.

También le agradezco a mi familia por su apoyo siempre incondicional y por animarme a perseverar en este camino. A mi director de tesis Oscar Iván Salazar, por su acompañamiento responsable, sesudo y creativo; especialmente, en aquellos momentos de nubarrones mentales, en donde se necesita claridad de perspectiva y sensatez. A Laura, Lina, Gina, Sibelys, Jorge, Paula, Malu y Daniel, mis queridas compañeras de grupo en la maestría; gracias por su sincera amistad. A mis hermanos jesuitas; los de siempre y los que Dios me ha regalado ahora y para siempre... Ustedes me inspiran día a día para trabajar sin tregua por un mundo más justo y reconciliado.

A.M.D.G

Resumen

En esta investigación, busco comprender el proceso de autoconstrucción de la casa familiar, como base para la configuración de la vida doméstica y de las relaciones sociales, en poblados rurales ubicados en lugares de veraneo cercanos a Bogotá. Para esto, hago un acercamiento etnográfico a la cultura material de la casa, desde el cual, la materialidad constitutiva de los espacios domésticos y de los objetos que allí se encuentran, cobra tanta importancia, como el sentido verbal y no verbal que dan a sus prácticas cotidianas quienes habitan estos ámbitos familiares.

Hasta ahora, no existen estudios marcadamente etnográficos que indaguen sobre la autoconstrucción de casas y mucho menos, de casas en zona rural. La antropología en Colombia en los últimos años, se ha interesado muy poco por el fenómeno de las clases sociales y de la distinción, aunque sí ha mantenido una preocupación por la cultura material; por su parte, la disciplina sociológica en nuestro país, ha abandonado el tema de las clases sociales y ha privilegiado enfoques más teóricos que parecieran “desmaterializar la vida social”. Es por esto, que en el presente escrito, quiero hacer un aporte desde los estudios culturales a la comprensión de la materialidad, como un fenómeno cultural que sirve de mediadora en la configuración de los sentidos que se le dan a la vida familiar, la domesticidad, la vida privada, y es decisiva en la relación ambivalente entre clases sociales.

El seguimiento detallado y la descripción densa de los procesos de autoconstrucción de casas en zona rural de los municipios de Anapoima y La Mesa, así como de los esfuerzos cotidianos por “mejorar” y adaptar estéticas urbanas en distintos espacios domésticos, demostró cómo, este tipo de prácticas, puede llegar a hacer parte de tácticas y estrategias de la vida cotidiana, que les permiten a los habitantes locales hacer conexiones simbólicas con el mundo de los “ricos”, buscando permanecer dignamente en una tierra campesina, que se ha convertido en un lugar de ocio y descanso para las clases privilegiadas del interior del país.

Palabras clave: *autoconstrucción de casas, cultura material, domesticidad, vida cotidiana, tácticas y estrategias, ambivalencia del sentimiento, clases sociales*

Abstract

On this research, I seek to comprehend the process of self-building of the family house, as a base for the shaping of domestic life and of social relationships, on rural settlements located on summer sites near Bogotá. For this, I make an ethnographic approach to the material culture of the house, from which the constitutive materiality of domestic spaces and of objects there found, take as much importance as the verbal & no-verbal meaning that the participants of this family scene give to their everyday practices.

Until now, there are no explicitly ethnographic studies that deepen as much about the self-building houses and far less, of houses on rural zones. The anthropology on Colombia on recent years, has interested very few about the phenomenon of social classes and distinction, although it has maintained a certain concern for material culture; for its part, sociological discipline in our country has abandoned the topic of social classes and has privileged more theoretical approaches that seemed to “dematerialize social life”. Is for this reason, that on the present text I want to make a contribution from cultural studies towards the comprehension of materiality as a cultural phenomenon which serves as a mediator on the shaping of the meaning that is given to family life, domesticity, private life, and it is decisive on the ambivalent relation between social classes.

The detailed follow-up and thick description of self-building houses on the rural zone of Anapoima and La Mesa municipalities, as well as the everyday efforts to “improve” and adapt urban aesthetics on different domestic spaces, proved how this kind of practices can get to become part of tactics and strategies of everyday life, that allow local inhabitants to make symbolic connections with the world of the “rich”, seeking to maintain respectably on a countryside land, which has transformed on a leisure and resting place for privileged classes of the country’s interior.

Key words: *self-building houses, material culture, domesticity, everyday life, tactics and strategies, ambivalent feelings, social classes.*

Contenido

Introducción	1
Algunas notas sobre el contexto.....	1
Del UPAC a la autoconstrucción de casas rurales: notas sobre el interés personal por esta investigación	5
Metodología.....	8
Otras notas sobre metodología y dilemas éticos.....	10
Estructura general de la tesis.....	14
1. La casa, la cultura material y los estudios culturales: antecedentes	17
1.1 El enfoque de cultura material en el estudio de la casa	17
1.2 La dicotomía entre casa ideal y casa real.....	21
1.3 ¿Qué es la casa?.....	22
1.4 La casa desde la memoria, las trayectorias y la migración.....	23
1.5 Autoconstrucción de la casa rural: ¿aspiración social, identidad o distinción?.....	25
2. “Ellos allá en su cuento y uno acá en su cuento”: percepción de las prácticas culturales del mundo de la riqueza e identificación con el mundo de la pobreza	30
2.1 Admiración y rechazo: la mirada al mundo de “los ricos”	31
2.2 “Construir es enterrar plata”.....	37
2.3 Aprender a vivir entre los ricos: un problema más allá de la “distinción”	45
2.4 Aprender a vivir entre los ricos: tácticas del construir y el habitar.....	49
3. “Uno no sabe, pero ahí uno va inventando”: seguimiento al proceso de autoconstrucción de una casa rural en Anapoima	54
3.1 “Una casa de guadua de dos pisos: jeso por acá nunca se había visto!”	54
3.2 “En vez de enterrar plata uno ahorra plata comprando retal”: bricolage como táctica de supervivencia	64
4. “Yo esa cocina de mi patrón la veo y la copeo”: adaptaciones estéticas de espacios domésticos desde la autoconstrucción	78
4.1 “Cuando la casa sea de ladrillo se verá como esas de estilo moderno”	79
4.2 De la cocina de leña, a la cocina “moderna”	89
5. Ensayo fotográfico: colección de algunas imágenes de la vida doméstica	103
Reflexiones finales.....	124
Bibliografía	128

Introducción

Algunas notas sobre el contexto

El trabajo de campo de esta investigación se llevó a cabo en inmediaciones de los municipios vecinos de Anapoima y La Mesa, en el departamento de Cundinamarca. Estos dos destinos, especialmente el primero, se han convertido en foco turístico y de una fuerte inversión inmobiliaria, gracias a su cercanía con Bogotá y su clima cálido. Anapoima se encuentra a 87 km al sur occidente de Bogotá, a más o menos 2 horas y media en carro o transporte colectivo. Actualmente se construye el tercer carril de esta vía, lo que hará que la duración del trayecto disminuya significativamente.

Tanto La Mesa (en especial sus veredas) como Anapoima, se hacen muy llamativos para las personas de Bogotá que deseen adquirir alguna casa de descanso, o simplemente ir a pasar un fin de semana soleado, no solamente por la cercanía con la capital de la república, sino porque, el clima no es tan caliente como el de Girardot o Melgar, parajes tradicionales de veraneo. Por otra parte, la presencia de algunos clubes sociales de lujo, especialmente el Club Mesa de Yeguas, ha hecho que Anapoima sea considerado un destino turístico y de descanso de los sectores más adinerados del interior del país. Paradójicamente, aunque Anapoima recibe turistas de todas las procedencias sociales y existen conjuntos residenciales de diferentes estratos socio económicos, se ha ido creando en los últimos años la idea de que a La Mesa y a Anapoima sólo va gente de mucha plata y que, por esto, se vive un fenómeno inflacionario en todo el sector comercial, situación que no está lejos de la realidad.

La altitud media de Anapoima es de 710 metros sobre el nivel del mar, aunque todas las casas campesinas que visité se encuentran entre los 500 y 650 metros. Incluso las que pertenecen al municipio de La Mesa y están en zona rural, fuera del casco urbano que se encuentra a 1200 m s. n. m., -especialmente hacia el corregimiento de San Joaquín-, están entre los 600 y los 800 metros. Esta circunstancia, hace que La Mesa también viva un auge de construcción inmobiliaria, con los problemas que esto arrastra. Por ejemplo, muy cerca de la zona urbana de La Mesa, en la vía a San Joaquín (que es también vía alterna hacia

Anapoima) se han venido construyendo edificios de apartamentos en un sector de ladera y que además tiene fuentes de agua. Don Teodolindo Páez¹, quien vive en esta zona, me contaba que los habitantes rurales vecinos a estas nuevas construcciones, tuvieron que entablar una acción de tutela para frenar esos proyectos, porque se estaban adelantando sin los permisos necesarios y en un terreno inestable debido a los nacederos de agua.

Alrededor este “boom” de la construcción y las consecuencias sociales, económicas, culturales y medioambientales que ha traído a la región, recientemente se han producido algunas controversias desde las políticas públicas y en especial, debido a un fallo judicial por medio del cual, la magistrada del Tribunal de Cundinamarca Nelly Villamizar², suspendió temporalmente la construcción inmobiliaria en Anapoima, hasta tanto no se cumplan algunas condiciones mínimas de protección medioambiental y social.

En efecto, esta medida cautelar emitida por el Tribunal Administrativo de Cundinamarca, en el marco de la Acción Popular N° 01-479 y la respectiva ratificación del Consejo de Estado en 2014 (sentencia sobre el río Bogotá) “[...] por el cual se suspende temporalmente las licencias de urbanización y construcción, además se dictan otras disposiciones”, tiene paralizada la economía de este municipio. La magistrada Nelly Villamizar ordenó

al señor alcalde del municipio de Anapoima, suspender la concesión de licencias de urbanismo y construcción, hasta tanto los urbanizadores, el municipio o el gobierno departamental, apropien o suministren los recursos con destino a los diseños y ejecución de los contratos para la construcción de las obras, que permitan: A) la finalización del Plan Maestro de Alcantarillado. B) la optimización de las plantas de tratamiento que existen en la actualidad. C) la construcción de las plantas de tratamiento necesarias para evitar los vertimientos directos a las fuentes de agua [...]

Esta decisión está relacionada con los problemas de abastecimiento de agua por los que atraviesa Anapoima, La Mesa y otros municipios vecinos en los últimos cincuenta años.

¹ Nombre cambiado para proteger la identidad.

² Esta magistrada ha tenido gran protagonismo en los medios de comunicación, por las órdenes judiciales que ha impartido, especialmente relacionadas con la descontaminación del río Bogotá. Tanto así que la han llamado “la magistrada del río Bogotá” y algunos movimientos ambientalistas, “la mamá del río Bogotá:
Ver: <http://lasillavacia.com/historia/los-pendientes-que-deja-la-magistrada-del-rio-bogota-61028>

Pero no solamente se limita a este asunto, sino que pretende generar una jurisprudencia que pone de protagonista la protección medioambiental y cuestiona el crecimiento inmobiliario desordenado y acelerado para un municipio como Anapoima que cuenta con tan sólo 15 mil habitantes; 6 mil de ellos (as) asentados en zona urbana.

Anapoima y parte de La Mesa, mueven su economía más que por cualquier otro sector, “gracias” a la construcción. En este camino investigativo, tuve la oportunidad de conversar en varias ocasiones con algunas funcionarias (os) de la alcaldía municipal de Anapoima, quienes me hacían ver que, aunque el común de las personas puede pensar que este pueblo “vive” del turismo, en realidad, es la construcción la que genera la mayor cantidad de empleo, en todos los eslabones implicados: suministro de materiales, mano de obra, hospedaría, alimentación, ocio, transporte, vigilancia, etcétera. Sin embargo, también es un hecho -y así me lo hacían saber mis interlocutoras (es)- que, en los últimos años, las grandes constructoras inmobiliarias han recurrido a mecanismos informales de contratación, atrayendo a población venida de lugares del país con muchas dificultades económicas, como el pacífico colombiano y el sur del país. “Estas personas llegan a Anapoima y trabajan por la mitad del salario por el que estarían dispuestos a trabajar los obreros de acá del pueblo”, manifestó una de las funcionarias con las que hablé.

El problema del suministro de agua potable para la Mesa y Anapoima es de larga data y parece no tener solución a corto plazo. En temporadas de sequía, la gente más afectada es aquella de menos recursos, debido a que, en sus casas, sea en zona urbana o rural, no pueden tener los grandes tanques subterráneos, de 5 mil, 6 mil y hasta 20 mil litros, con los que cuentan los condominios, “quintas” y casas de lujo. Algunas personas con las que hablé durante el periodo de trabajo de campo de esta investigación, viven en los sectores rurales de Anapoima o La Mesa, a donde no alcanzan a llegar las redes de acueducto. Y a los que sí están en el perímetro de beneficio, les llega el agua una vez cada ocho o quince días, por lo que tienen que tener tanques para almacenarla. Lo más preocupante del asunto, es que parte del agua que se suministra en Anapoima viene del lago que hay en el Club Mesa de Yeguas; un lago que no es natural, sino que se hizo represando un riachuelo

que desemboca en el río Apulo y que funciona como acueducto privado para el inmenso club y como subsidiario de algunas veredas circundantes.

Precisamente, a lo largo de esta tesis, se podrá comprender la intrínseca relación existente entre los procesos de gentrificación rural que se llevan a cabo en esta región, la relación cotidiana de los (as) campesinas (os) con los nuevos residentes venidos de las ciudades y las tácticas de la vida cotidiana que se expresan en prácticas como la autoconstrucción de la casa. Allí, personas como Héctor Méndez, construyen sus casas adaptándolas a estas circunstancias particulares. El “rancho” de esterilla (guadua cortada en tiras) que viene construyendo de a poco en los últimos tres años, cuenta con un novedoso y práctico sistema de recolección de aguas lluvias, mediante el cual, a través de canales en desnivel, almacena el agua lluvia en varios taques; algunos de ellos improvisados y reciclados. Esta agua, es hervida y filtrada en unos baldes especiales y es usada para cocinar y para el consumo diario. La familia Méndez sabe que en temporada de lluvia deben aprovechar el agua, porque en sequía, el pequeño riachuelo que pasa al lado de la casa se seca por completo.

La población local, tanto de Anapoima como de La Mesa ha sido víctima de las promesas incumplidas de políticos locales, tantos alcaldes como gobernadores, quienes prometieron durante varios años construir un acueducto entre La Mesa y Anapoima y para lo cual el Estado y la gobernación destinaron varios miles de millones de pesos. Esta obra que estaba presupuestada para comenzar en 2004 durante la gobernación de Pablo Ardila, nunca se realizó, e hizo parte de las obras públicas que entraron en el escándalo de los Hermanos Nule³. Actualmente, se continúan investigaciones alrededor de este detrimento patrimonial.

La Gobernación de Cundinamarca, el Estado y los municipios afectados, dejaron de insistir en este proyecto de acueducto, mediante el cual se suponía que se traería agua desde Bogotá. Entonces, desde 2013, la Gobernación ha dedicado todos sus esfuerzos a

³ Empresarios de la construcción nacidos en la costa caribe colombiana, quienes se hicieron visibles a la opinión pública, debido al escándalo de corrupción ocurrido con algunas grandes obras de infraestructura en la ciudad de Bogotá que quedaron inconclusas, generando un detrimento patrimonial para la ciudad y políticamente, la destitución y judicialización del alcalde Samuel Moreno en 2013.

la construcción de un embalse que quedaría ubicado en el municipio de Mesitas del Colegio y que surtiría de agua a varios municipios de la región del Tequendama, como Tocaima, Apulo, Viotá, El Colegio y Anapoima. Para esto deben inundarse 48 hectáreas, y aunque ya se han adelantado estudios de ingeniería de detalle, existen muchas inquietudes sobre las repercusiones ambientales, sociales y económicas⁴.

Todo lo anterior, describe el momento socio económico y las fuertes tensiones ambientales, que, sin duda, repercuten en el día a día de las comunidades y marcan el ritmo de la esperanza en esta región. Fue este contexto con el que me topé al iniciar mi trabajo de campo y las indagaciones etnográficas en las diferentes veredas de Anapoima y La Mesa. Allí, a pesar de todo, se entremezclan cada fin de semana (en especial aquellos en días feriados) cientos de personas que viajan desde Bogotá a pasar algunos días de sol, con la población local, tanto urbana como rural, quien aún no ha terminado de acostumbrarse a este desfile de carros, a las prácticas culturales urbanas y en ciertas circunstancias particulares, al despilfarro inmisericorde de dinero.

Del UPAC a la autoconstrucción de casas rurales: notas sobre el interés personal por esta investigación

En 1995, cuando yo tenía 10 años, mis padres decidieron adquirir un crédito hipotecario para la adquisición de una casa de estrato medio en la ciudad de Bogotá. Por esos años, el gobierno colombiano buscaba incentivar así, el déficit de vivienda propia y los altos índices de familias colombianas viviendo en arriendo. Ese era el caso de mi familia. Nosotros hasta ese año, habíamos vivido en arriendo por 18 años, desde que residíamos en Zipaquirá y luego, en varios apartamentos en Bogotá, aproximadamente por periodos de 3 años en cada uno de ellos. En consecuencia, la posibilidad de adquirir una casa nueva, aportando una cuota inicial y pagando cuotas mensuales, fue un incentivo positivo para mis papás.

⁴ Ver:

<https://www.elespectador.com/noticias/nacional/calandaima-ultima-opcion-articulo-455947>

<http://www.eltiempo.com/bogota/embalse-para-llevar-agua-a-provincia-del-tequendama-47084>

¿Por qué me remito a este hecho de mi historia personal y familiar, como preludio a la exposición de los resultados de esta investigación? Precisamente, porque en este camino recorrido, necesité muchas veces preguntarme sobre las razones de fondo de este interés mío, casi que pasional, por tópicos como la vida cotidiana, el mundo de la pobreza, la cultura popular, los espacios domésticos, las relaciones que allí se presentan y las implicaciones de estas hacia el mundo exterior en términos sociales y culturales. En el momento que descubrí las líneas de investigación que desde la cultura material abordaban la casa como objeto de estudio, me di cuenta del potencial que esto podía tener a la hora de acercarse a contextos particulares de la contemporaneidad y el interés existencial que este tipo de investigación tenía para mí, porque sentía que tocaba fibras muy sensibles de mi historia de vida.

En efecto, luego de que mis papás se metieran en este escabroso y sepulcral mundo de los créditos bancarios, se fueron atrasando con algunas cuotas mensuales y la debacle llegó con la crisis económica de 1998. El gobierno de Andrés Pastrana elevó las tasas de interés a niveles nunca antes vistos, para frenar una inflación desbordada. Se buscó que el país tocara fondo lo más rápido posible para poder salir del “hueco” y evitar una crisis económica de mayor envergadura. Con esta subida inimaginable de tasas de interés y las cuotas en rojo, los créditos hipotecarios de muchas familias en Colombia se hicieron impagables, en lo que se llamó en su momento, la crisis del UPAC. La deuda de “nuestra” casa prácticamente se cuadruplicó y mientras mis padres lidiaban con los abogados del banco y sus constantes amenazas de desalojo, yo veía en el barrio y en las noticias cómo, cada día, decenas de familias eran expulsadas a la fuerza por la policía, que cumplía fallos judiciales a favor de los bancos.

En el conjunto residencial donde vivíamos, varios amigos (as) y conocidos tuvieron que entregar sus casas bajo la figura de “dación de pago”, que consistía en entregar sus casas a los bancos para saldar una deuda que, irónicamente, sobrepasaba con creces el propio costo por el que había sido adquirida la vivienda. Es decir, que la gente entregaba sus casas y quedaba debiéndole al banco aún mucha plata. Por esa época yo tenía 13 años de edad y mis hermanas 15 y 22 años respectivamente. Los tres, veíamos cómo nuestros padres

hacían hasta lo imposible por refinanciar la deuda, imponer recursos e impedir a toda costa una diligencia judicial de desalojo. Sin embargo, existencialmente, para la vida familiar y desde mi experiencia particular, fueron casi tres años de vivir en una zozobra de que en cualquier momento, el banco de la “abejita inocente” sacaría su aguijón y nos dejaría en la calle. Yo recuerdo muy bien que cuando veía partidos de fútbol por televisión y el balón se iba por la raya final, salía esa “cancioncita” de la abejita y sentía mucha rabia porque era como decirme: “¡los vamos a sacar de su casa! [...] ¡Esa casa que nunca fue ni será de ustedes!”.

Esta casa, propia y ajena al mismo tiempo, en la que viví parte de mi infancia y adolescencia, no fue intervenida para hacerle mejoras, arreglos o remodelaciones durante el tiempo en que vivimos allí. Cada vez se veía más vieja, deteriorada, con focos de humedad en muchos rincones, con el piso con el que la entregaron, ya percutido y la cocina sin muebles “modernos” ni compartimientos de más. En el fondo, los que habitábamos esta casa de tan buenos y tan amargos recuerdos, sabíamos que no era nuestra. Que el dueño era el banco (el de la abejita) y que en cualquier momento había que devolverla. También, esta vez sí conscientemente, recuerdo que mi mamá decía muchas veces que para qué gastarle plata a la casa si no sabíamos si la podíamos salvar. Hoy siento que la materialidad de esta casa donde, a pesar de todas estas circunstancias crecí como persona, expresaba la situación socioeconómica por la que pasaba mi familia y repercutía en la experiencia vital que teníamos.

Todas estas particularidades de mi historia de vida, repercutieron en ese interés personal por “meterme al rancho” de las personas, como dice Daniel Miller (2001). Y más específicamente, la seducción por indagar las maneras en que las personas más humildes de la sociedad construyen su casa propia, desde las carencias materiales, pero con las tácticas de supervivencia más creativas y vivificantes. Al respecto, he tomado consciencia de que, muy en el fondo, este ejercicio etnográfico, constituye una celebración por todos aquellos que escapan a diario de la voracidad de los bancos, de las normas que restringen, de los permisos de construcción, de los incentivos perversos para abandonar la tierra

campesina, y deciden tomar las riendas de su destino; construyendo, no solamente sus ranchos, sino edificando los valores que los construyen como personas en la cotidianidad.

Metodología

La metodología de esta investigación partió de una estricta delimitación de los sujetos de investigación. En este sentido, decidí buscar familias en la región ya descrita, no solamente que hubieran tenido experiencia en autoconstrucción de casas, sino que tuvieran conexiones laborales con los nuevos residentes urbanos. Tal decisión hizo que desde un comienzo tuviera que descartar familias que, aunque pudieran tener una mirada particular sobre el proceso de urbanización de la región escogida, no me hubieran permitido analizar las relaciones entre clases sociales, especialmente las que se generaban con los “patrones” venidos desde la ciudad.

Por otra parte, las primeras exploraciones que hice de la zona rural de Anapoima y La Mesa, me llevaron a privilegiar los casos de familias campesinas que estuvieran adelantando algún proyecto de autoconstrucción o remodelación de sus casas; o en su defecto, que hubieran tenido alguna de estas dos experiencias recientemente. Esto, debido al enfoque etnográfico por el que opté, en el cual, la materialidad propia del proceso de autoconstrucción y de la disposición estética del interior de las casas, son cruciales para el análisis de los sentidos que las personas le dan a estas prácticas de lo cotidiano.

Así pues, luego de una exploración general por las veredas más turísticas de estos municipios, visité 34 casas de todo tipo de características internas y externas. Teniendo un panorama general, escogí diez casas rurales para hacer un acercamiento etnográfico mucho más completo. Para esto, diseñé una entrevista semiestructurada que me permitió ir abordando las preguntas centrales de la investigación. Con esta ayuda, logré tener conversaciones largas, espontáneas y la posibilidad de tocar otros temas y problemas que salían del mismo encuentro. Con siete de las personas con las que hablé durante varias visitas, pude grabar el audio de las charlas; sin embargo, tres de ellas no me permitieron usar la grabadora de entrevistador.

De estas diez familias, cuya experiencia cumplía con la delimitación propuesta, decidí, con su beneplácito, profundizar mucho más en cinco de ellas. Fueron los casos de los autoconstructores: Emiliano, Héctor, Julio, Manuel y don Teodolindo Páez. Con algunos de ellos conversé, o en sus casas mientras recorriamos los predios, o cerca de sus casas. Y en tres de los casos, hablé también con sus esposas, hermanos, hermanas e hijos. Con cada uno de ellos realicé tres visitas distintas: a mediados de 2017, finales de 2017 y en abril de 2018. Con Emiliano me vi dos veces y tuve luego una larga conversación telefónica. Con don Teodolindo no pude reunirme en mi última visita de campo por problemas en la carretera que va a su casa.

El énfasis de la metodología utilizada fue la observación y la escucha etnográfica. Llevé un diario de campo que me ayudó mucho en la reflexividad de mi trabajo y a evaluar continuamente mi actuar como antropólogo.

El uso de la fotografía inicialmente no fue pensada como algo central en la investigación; ni como objetivo, ni desde lo metodológico. Fue durante la escritura del informe que tomé consciencia de su potencial para el escrito final. Dichas instantáneas se hicieron con la ayuda de un celular estándar.

Por último, tanto en la etapa exploratoria como durante el trabajo de campo central, entrevisté también a tres funcionarios y funcionarias de la alcaldía de Anapoima y Viotá – Cundinamarca; dos agentes inmobiliarios; trabajadores de clubes que residen en la zona urbana (un obrero y un guarda de seguridad) y tuve la posibilidad de hacer un recorrido por uno de los lugares de trabajo de uno de mis colaboradores, uno de los clubes más exclusivos de la región.

Otras notas sobre metodología y dilemas éticos

Desde que comencé a caminar las diferentes veredas de Anapoima y La Mesa, hace ya año y medio, no sabía qué casas escoger para arriesgarme a tocar la puerta y preguntar sobre la vida. La tarde que llegué a la casa de Héctor Méndez⁵, estuve a punto de regresarme hasta el sitio donde me había dejado el microbús inter veredal. Ya había caminado mucho, me alejaba y no encontraba casas campesinas con las características que yo buscaba. Este dilema estuvo presente de manera constante en los recorridos que hice por diferentes lugares entre Anapoima y La Mesa. Aunque fue fácil discriminar entre casas de familias locales y casas de descanso (quintas, villas, fincas, condominios, etc.), fue difícil escoger las casas a las que me arriesgaría a entrar, bien fuera porque parecían casas antiguas con procesos de construcción no tan recientes, o porque -y esto fue lo más difícil de discernir- en su aspecto exterior eran, usando una expresión propia de la gente local, ranchos o casuchas muy humildes.

En esta labor etnográfica para mí era claro, en primer lugar, que las casas en construcción o que estaban sufriendo algún tipo de reforma, me podrían proporcionar mayor información en comparación a las más antiguas, prejuicio que desestimé luego de un par de entrevistas. En segundo, fue sorpresivo caer en la cuenta que como investigador, uno carga con una serie de ideas que lo hacen desestimar unas casas (personas) y privilegiar otras, ya sea por sus condiciones físicas o porque en la experiencia de campo, uno se hace una idea previa de cómo serán las personas que habitan estos ranchos humildes. ¿Seré bien recibido?; ¿esas casas tan pequeñas y frágiles esconderán experiencias humanas con las que no quisiera toparme?; ¿qué tanto podrán ayudarme a mis búsquedas etnográficas las condiciones de pobreza de estas personas? Fue importante hacerme estas preguntas, para

⁵ He cambiado los nombres de las personas que generosamente me ayudaron en esta investigación, por respeto y por la confidencialidad que algunos de ellos (as) explícitamente me pidieron.

caer en la cuenta de la necesidad de conocer estas realidades y no simplemente evitar “tocar a la puerta”⁶.

En el cortometraje caleño “Agarrando Pueblo” (1977) (distribuido en el extranjero como “The Vampires of Poverty”), escrito y dirigido por Luis Ospina y Carlos Mayolo, se hace una crítica mordaz al auge documentalista que, por esos años, intentaba retratar las condiciones de pobreza extrema de las ya desbordadas ciudades latinoamericanas. Eran documentales que terminaban ganando decenas de premios en festivales de cine europeo y generaban la “compasión” del público extranjero ante las situaciones de injusticia que se vivía en esta parte del mundo. Pues bien, en “Agarrando Pueblo”, se pone en duda la situación de objetividad e imparcialidad desde las que se hacían estos rodajes y desde ese momento, se calificó a este tipo de cine como “porno miseria”, en donde, desde una mirada morbosa, se intentaba conmover al espectador. De todas maneras, estas producciones, al igual que los reconocidos: “Gamín” (1977) y “Chircales” (1972), se grabaron en un contexto sociopolítico en el cual, para un sector de la población, era importante retratar las fuertes desigualdades sociales y mostrarlas como consecuencia de un sistema capitalista “salvaje”. Después de todo, la experiencia revolucionaria cubana, abría una esperanza de cambio para estos pueblos.

Traigo este cortometraje a colación, para intentar explicar la experiencia etnográfica que viví durante la presente investigación, debido a que, en muchas ocasiones, me sentí como un intruso en las casas que visité y tuve que luchar día a día con la tentación de buscar y retratar casas con condiciones de vida difíciles, sólo porque sí, o por algún impulso personal hacia el morbo social. Además, considero que este cortometraje “caliwoodense”, puede ayudar mucho a los procesos de reflexividad de los investigadores en ciencias sociales, porque, muchas veces y sin darnos cuenta, podemos convertirnos, como dicen los directores de “Agarrando Pueblo”, en vampiros que “chupan” la sangre a los colaboradores de nuestras investigaciones y luego regresan a la metrópoli, publican y se olvidan del proceso vivido. Por ejemplo, en una escena de esta pieza de cine (minuto 17:25)

⁶ Decir esto constituye tan sólo una expresión, debido a que las condiciones climáticas de esta región cercana a Bogotá y el hecho de ser casas rurales, hace que la gente tenga sus casas casi siempre abiertas y exista una conexión más estrecha con la naturaleza y la vida veredal.

los actores principales, que interpretan a dos voraces realizadores de documentales, continúan en su recorrido por los lugares más deprimidos de Cali; ya están a punto de terminar la grabación, pero necesitan filmar en alguna “casucha bien miserable” y mostrar en primer plano los objetos “propios” del mundo de los más pobres. Cuando ven por la rendija de una cerca, una casa con esas características, dicen: “Esta casa nos sirve, ¡ni mandada a hacer oís!” (Ver figura 0-1,2). A lo que seguidamente, con actores falsos, hacen un montaje de una familia que supuestamente vivía allí y luego, al filmar cada uno de los rincones de la casa, en especial la cocina, recuerdan la obra de Oscar Lewis: “filmás bien cerca de todas estas texturas, todo lo que tienen [...] todo esto, lo que es la cultura de la miseria, que dice Lewis [...]” (ver figura 0-3, et al).



Figura 0-1: Pantallazo del cortometraje “Agarrando Pueblo”. El falso documentalista se asoma por la rendija de una cerca y observa la casa en donde entrevistarán a una “falsa” familia, que supuestamente vive en condiciones paupérrimas.

Esta imagen daría para muchas reflexiones. Es, de cierta manera, una escena icónica de lo que significa el morbo al que se puede caer fácilmente en las investigaciones en ciencias sociales y las expresiones artísticas.



Figura 0-2: La otra perspectiva de la misma escena: “¡Ni mandada a hacer oís!”.

Esta imagen también es muy poderosa y de cierta manera es una antítesis de la investigación que realicé. Al falso documentalista no le interesa en lo más mínimo quien hizo esta casa, ni su historia, ni la forma en que se construyó... Todo lo contrario de lo que quise hacer en el presente escrito.

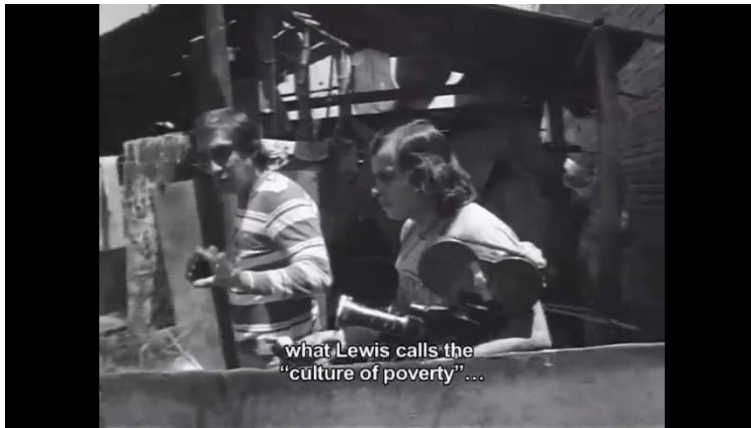


Figura 0-3: Aunque los subtítulos traducen la frase como “culture of poverty”, la frase textual que el falso director del filme dice es “cultura de la miseria” (Min. 18:33), que en castellano tiene una connotación aún más despectiva.



Figura 0-4: En el satírico cortometraje, se pone de relieve cómo, para el investigador falto de ética, también son importantes los detalles. Retratar los objetos, las cosas de la casa, la cotidianidad.



Figura 0-5: Este pantallazo de la película es maravilloso. Los directores al comienzo pidieron que el padre de familia falso dijera que era carpintero; luego al hacer las tomas, se dieron cuenta que el verdadero dueño de la casa era zapatero. En la imagen se pueden ver los moldes para arreglar los zapatos, una olla, una columna de guadua (ver: capítulo II), un periódico “El País” de Cali, entre otras cosas.

Emprender una investigación como la presente, que implica un fuerte componente de trabajo de campo, con todo lo que esto conlleva -conversaciones informales, entrevistas semiestructuradas, percepciones sensoriales, fotografía, grabación de las charlas, diario de campo, recolección y organización de distintas fuentes de información- requiere de un constante ejercicio de reflexividad, que vaya más allá de consideraciones meramente intimistas o “sensiblerías”. Se hace urgente preguntarse a cada momento, qué intereses personales nos mueven a privilegiar unos datos y otros no, o a visitar a unas familias y no a otras. Sólo así, con la consciencia de que no se están buscando verdades irrefutables, ni se es el adalid de la objetividad, se puede tener una mente más libre y despejada que permita investigar el mundo de los humildes, desde la humildad, personal, pero también epistemológica.

Estructura general de la tesis

En términos generales, con esta tesis, busco hacer un aporte a la comprensión de los cambios que se presentan en la vida rural, por efecto de la urbanización de las zonas aledañas a la ciudad. Esto se presenta porque, “urbanizar”, no implica solamente la construcción de viviendas y calles de determinadas características en el trazado de una ciudad, sino que también implica los cambios culturales (prácticas, modos de pensar y de hacer, tácticas de supervivencia) que ocurren, tanto en las personas que viven en la ciudad, como entre quienes viven en zonas rurales y están en contacto con los modos de vida

urbanos; y que incluso, pueden llegar a hacerse dependientes de estos. Adicionalmente, con este escrito, busco resaltar algunas dimensiones de los estilos de vida de las y los campesinos en Colombia, mediante un ejercicio de descripción profunda y atención especial a los imponderables de la vida cotidiana y a los detalles de los espacios domésticos que normalmente no tienen ningún protagonismo.

Para lograr lo anterior, el documento está organizado de tal manera que el centro y corazón de la tesis, corresponde a cuatro capítulos netamente empíricos; antes y después de estos, se ubican capítulos en los que se prioriza las reflexiones y los análisis que intentan darle un sustento teórico, metodológico y de reflexividad a todo el ejercicio investigativo.

En el primer capítulo, hago una revisión amplia de los diferentes acercamientos que se ha tenido desde las ciencias sociales al tema de la “casa” y el “hogar” como objetos de investigación. Desde las miradas más clásicas y estructuralistas de la antropología y la sociología, hasta los abordajes más contemporáneos, que, desde la cultura material, intentan romper con dicotomías caducas y ponen en el centro a la “casa”, como un fenómeno dinámico y cambiante. En el segundo capítulo, exploro la ambivalencia que existe en las nociones que los pobladores locales construyen sobre la riqueza, las prácticas culturales de los “ricos” y su propia experiencia cotidiana; además, intento dialogar con teóricos como Pierre Bourdieu y Michel de Certeau, desde sus formas particulares de acercarse a estos fenómenos. En el tercer capítulo, hago un seguimiento en el tiempo -en tres diferentes momentos-, a un proyecto de autoconstrucción de una casa en el campo, privilegiando el acercamiento a la materialidad, como mediadora de las relaciones sociales.

Por su parte, en el cuarto y quinto capítulo, miro con detalle los “ámbitos” domésticos que los autoconstructores han adaptado, inspirados en estéticas urbanas con las que han hecho contacto en sus trabajos y con sus vecinos ciudadanos; asimismo, hago un ejercicio desprevenido y libre de interpretación de la imagen, valiéndome de las fotografías que recolecté durante el trabajo de campo.

Como puede verse, mediante los capítulos empíricos y la colección fotográfica final, quise abordar a la “casa” rural, desde diferentes ópticas y escalas de análisis. Las subjetividades

que se construyen desde el sentido que se les da a las prácticas; una mirada al proceso (dinámico) de autoconstrucción que se configura como una actividad cotidiana; y una mirada, incluso más “micro”, al centrar mi atención en los rincones interiores de las casas y sus relaciones desde la cultura material.

1. La casa, la cultura material y los estudios culturales: antecedentes

Esta primera parte busca ante todo presentar de manera crítica los diferentes enfoques desde los cuales se ha abordado el estudio de la “casa” como fenómeno social y cultural. Esto, con la pretensión de encontrar los vacíos teóricos y metodológicos existentes, y así, poder acoger una línea teórica que me permita construir un marco de interpretación que sea útil para la investigación empírica.

1.1 El enfoque de cultura material en el estudio de la casa

El foco de mi investigación está en la “casa”, específicamente en aquellas casas rurales autoconstruidas que han adaptado estéticas urbanas. Allí, en lo material, se concentra el fenómeno social y cultural que espera ser develado. Por tal motivo, en una primera parte de la revisión de antecedentes presentaré las formas en que el campo de estudios de la cultura material ha abordado a la “casa” y como veremos, al “hogar”, como su objeto de estudio.

En términos generales, los estudios de cultura material profundizan, en primer lugar, cómo los procesos culturales son objetificados y en segundo, cómo los objetos y las cosas deben ser comprendidos en relación a sus contextos espaciales y sociales (Cook & Crang, 1996). Desde este punto de partida, la perspectiva de la cultura material quiere trascender la mirada reduccionista con respecto al consumo y a la valoración moral de los objetos como “cosas malas” que debilitan la humanidad (Miller, 2008). Al contrario, las personas suelen desarrollar relaciones verdaderamente complejas con el mundo de los objetos y las cosas que van más allá de considerarse como acciones “consumistas”, “hedonistas” o materialistas” (Woodward, 2001, p. 118). Por tal motivo, puede afirmarse que las relaciones sociales existen dentro y por medio de nuestros mundos materiales. Es así como, estudiar los procesos de autoconstrucción de casas rurales, podría ayudar a visibilizar las experiencias y las relaciones sociales de sus dueños.

Daniel Miller (2001) enfatiza en la importancia del uso de la etnografía como acercamiento principal a la hora de investigar la “casa”; incluso bajo la sospecha de ser un ejercicio intrusivo, debido a que este ámbito suele tener una fuerte connotación de ser un espacio de lo privado. Por el contrario, Miller ve la etnografía de la casa y el hogar como una ruta privilegiada para el análisis social y cultural (Miller, 2001, p. 1).

De hecho, el estudio de la casa no es nuevo para la antropología. Probablemente ha sido su núcleo. La idea de la casa como microcosmos es muy común en este tipo de trabajos (Olwig, 1998). Las etnografías más clásicas invitaban al antropólogo aprendiz a, en lo posible, vivir en las casas de sus informantes, en el corazón de una comunidad. Sin embargo, para Miller, en la mayoría de estas sociedades, las casas eran, relativamente hablando, lugares públicos (Miller, 2001, p. 2) y el etnógrafo buscaba no tanto entender la materialidad, sino una mejor comprensión de toda la comunidad, debido al interés holístico de dicha disciplina. Este panorama ha cambiado si se tiene en cuenta que la antropología ha virado su mirada a objetos de investigación propios; a comunidades occidentales y espacios urbanos. Refiriéndose directamente a la casa, Miller anota: “Es muy difícil ver un futuro para una antropología que se excluya del lugar donde ocurre la mayor parte de lo que importa en la vida de las personas” (Ibid., 2001, p. 3)⁷.

Davidoff y Hall (1987) llaman la atención sobre cómo, históricamente, el estudio de la casa estuvo marcado por la oposición con otros espacios como el trabajo. La casa era vista como un refugio y un lugar de descanso luego de una jornada laboral. En este sentido, indagar por la estética, los espacios y la decoración respondía a la lógica de cómo era mejor adecuar el hogar como algo contrario a la empresa o al lugar del trabajo. En esta investigación, se contradice en parte este presupuesto, debido a que para las familias con las que compartí, su lugar de trabajo y la relación con la materialidad allí presente, influyó hasta cierto punto, la construcción, decoración y experiencia de sus propias casas.

⁷ Traducción propia.

Del compendio de Miller, que busca reunir en un solo texto los (as) autores (as) que han hecho como su objeto de estudio todo lo que pasa en las casas de puertas para adentro, encuentro un vacío tanto metodológico como teórico. Para él, la casa constituye el sitio de investigación central y más importante para los estudios de la cultura material. Sin embargo, y es algo perfectamente entendible, el énfasis recae en la materialidad del interior de la casa; en la biografía de los objetos, su disposición y estética. Por ejemplo, el capítulo de Alison Clarke expone una investigación hecha en el norte de Londres en donde las casas ya estaban allí y lo que interesa es el acondicionamiento físico que hacen los nuevos propietarios. Hasta ahora, no existen estudios marcadamente etnográficos que indaguen sobre la autoconstrucción de casas y mucho menos de casas en zonas rurales, que reciben una fuerte presión por “colonizadores turísticos”.

Lo que sí existen son trabajos históricos y con un fuerte componente económico como el de Torres (1993). Allí se estudia el proceso de urbanización en Bogotá, para el periodo de 1950 – 1977, que no puede comprenderse de forma independiente al desarraigo causado por la violencia política en Colombia. Este trabajo es interesante desde el punto de vista de la economía política y las luchas populares que se comenzaban a engendrar; asimismo, desde la óptica cultural de la configuración de los barrios, Alfonso Torres deja entrever como, en este proceso de urbanización, el mundo rural era trasladado a la vida doméstica y cotidiana del mundo urbano, manteniendo formas y costumbres que venían del campo. Lógica contraria a la de esta tesis, en la cual, encontré un fenómeno inverso mediante el cual, el mundo urbano, con sus estéticas y prácticas culturales, influencia la materialidad de las casas rurales, el sentido que se le da a los espacios domésticos y la practicas culturales relacionadas.

Para Miller, en el auge del estructuralismo, la casa era estudiada como una representación del orden normativo a través del contraste simbólico. La estructura arquitectónica de la casa tenía una sombra o una realidad metafísica en su dimensión simbólica (Miller, 2001, p. 4). En cierto sentido, esta mirada hacía de la casa algo estático y funcional a otros aspectos de la vida social. Un ejemplo de esta mirada es el estudio de la casa Kabyle que hizo Bourdieu en 1970. Allí, aunque el francés intenta distanciarse del legado de Lévi-

Strauss haciendo hincapié en la práctica y la contingencia, presenta la casa Kabyle como un objeto cultural en el cual se hace presente un orden normativo más en un dominio exterior, que en las mentes de sus habitantes⁸. En cambio, Miller intenta mostrar la casa como algo dinámico, que implica la movilidad social y cambio.

Clarke (2001) va incluso más allá. Para ella, la casa constituye más un proceso que un lugar y, por tanto, así debería ser estudiada (Clarke, 2001, p. 24). Este punto de vista, hace que la evidencia empírica de este enfoque de cultura material, coincida con los hallazgos y metodologías de disciplinas como la arqueología y la historia. La casa se presenta pues, como un proceso dinámico, más que como un telón de fondo estático. Por su parte, Dupuis & Thorns (1998) y Easthope (2004), aunque entienden el hogar primariamente como una estructura física, resaltan que los individuos le atribuyen diversos significados (emotivos, sociales) que tienen que ver con la permanencia y la continuidad, tanto del entorno social como material que los rodea.

El enfoque de cultura material para el estudio de la casa es crucial para comprender las relaciones sociales que se gestan en el hogar y fuera de él. Birdwell-Faisán y Lawrence-Zúñiga (1999, p. 7) así lo manifiestan. Para ellos, la materialidad de la casa puede funcionar como mediador para los conceptos de hogar y familia. En otras palabras, la relación de las personas con la cultura material de la casa, permite comprender fenómenos como, por ejemplo, las nociones que se tienen sobre vida doméstica, intimidad, hogar, vida privada, entre otros.

Desde otra perspectiva, Chapman & Hockey (2002) -en un *reader* de características similares al de Miller, pero con un énfasis menos antropológico- proponen el estudio de la casa como vía para comprender el cambio social. Para ellos, la casa, como espacio en el que se desarrolla la vida doméstica ha sido ignorada por los sociólogos. Lo paradójico es que la “casa” como objeto, lugar e idea consume una gran cantidad de los ingresos de las personas y ocupa sus sueños y su tiempo de ocio” (Chapman & Hockey, 2002)⁹.

⁸ A pesar de esto, para Daniel Miller, Bourdieu, con su estudio de la casa Kabyle, relanzó la cultura material del hogar como tema central en el desarrollo de la antropología moderna.

⁹ Traducción propia.

1.2 La dicotomía entre casa ideal y casa real

En el compendio de Chapman y Hockey, se profundiza también la categoría de “ideal home”. Esta, enfatiza en que el hogar ideal es imaginado y siempre existe su contraste con el hogar real. Desde esta perspectiva, la casa ideal en lo que tiene que ver con su arquitectura y el diseño interior, se producen en respuesta a los cambios en los patrones de vida urbana, el empleo, las expectativas de ocio, la privacidad, la comunidad, la seguridad y la proyección de la condición social (Ibid., 2002, p. 4). En otras palabras, la casa real e ideal se establecen como términos de oposición y se cree que entonces, las personas que persiguen su casa ideal, tienen una comprensión disminuida de la realidad. Este enfoque es criticado por Somerville (1992), para quien, la casa como ideal y la casa como realidad integran la construcción social de “casa” y “hogar”. En consonancia con esta óptica, Jackson (1995) opina que la casa “siempre se vive como una relación, y una tensión” (Jackson, 1995, p. 122).

La mayoría de los sujetos de estudio, no tienen mucha opción sobre las características fundamentales de diseño de las casas (Chapman & Hockey, 2002, p. 5), ya que estas se definen por factores sociales y culturales. Incluso, muchos necesitan permiso de planificación o el asesoramiento del arquitecto que diseñó inicialmente la casa. Lo interesante de esto, es que, en el caso del proceso de autoconstrucción de casas rurales - corazón de mi estudio-, sucede algo similar, junto con algo que parece paradójico. En el club Mesa de Yeguas, en Anapoima, las personas que adquieren un terreno no gozan de completa libertad a la hora de construir sus “villas” (casas de lujo). Deben acatar unas “mínimas” exigencias de diseño relativas a materiales que se deben usar, colores, tejados, entre otros. En cambio, las familias que cuidan estas lujosas viviendas, cuando deciden construir sus propias casas, en teoría, sí gozan de total libertad estética¹⁰; y, sin embargo, optan por adaptar estéticas del mobiliario de las casas de sus patrones.

Por su parte, Shelley Mallett (2004) hace una revisión del estado del arte de los estudios sobre la casa y el hogar, no tan enfocado en la perspectiva de la cultura material, pero no

¹⁰ Más desde la lógica del *bricoleur* de Levi-Strauss.

menos interesante. Para ella, los límites de la casa y del ámbito del hogar parecen extenderse más allá de las paredes del vecindario, el suburbio, e incluso la ciudad. La casa es un lugar físico, pero es también un espacio habitado por personas y sus pertenencias; es un repositorio de recuerdos de los espacios vividos (Mallett, 2004, p. 63). De ahí su importancia como objeto de investigación. En este sentido, la autora, citando a Saunders y Williams (1988), también llama la atención sobre cómo, cualquier intento de llevar a cabo un análisis científico social desapasionado que tenga como centro la casa y el hogar, va a ser muy difícil, debido a que se toca algo central de nuestras vidas personales (Ibid., 2004, p. 64)¹¹.

1.3 ¿Qué es la casa?

Una de las preguntas principales que se hace Mallet (2004) es, qué es la casa ¿Un lugar, un espacio, un sentimiento, una práctica o unas prácticas culturales? Por lo general hablamos indistintamente de la casa, el hogar, la vivienda. En esta tesis he decidido privilegiar el concepto de “casa”, porque su uso es mucho más extendido en Latinoamérica que otros como “hogar”. Además, en castellano y en el uso común, “casa” implica tanto el aspecto material como el inmaterial (la idea sentimental que es más fuerte en la palabra “hogar”). En cambio, en el mundo anglosajón, las ciencias humanas y los estudios culturales han preferido el uso de “home” o “household”, porque para ellos, “house” tiene un significado marcadamente físico y material, problema que no tenemos nosotros con “casa”. En Colombia, por ejemplo, casa es sinónimo de hogar, pero también es lugar y sentimiento.

Una obra ya clásica sobre la historia de la casa y el hogar, la hace el arquitecto Rybczynski (1986). Para él, la estética relativa tanto a la arquitectura como a todo el campo de la ornamentación de la casa, refleja ideas, cultural e históricamente específicas sobre el hogar. Ideas acerca de la privacidad, la intimidad, la domesticidad y la comodidad. Para Mallet (2004) estos temas que señala Rybczynski, constituyen dimensiones recurrentes en los

¹¹ Ver en la Introducción, las “notas sobre el interés personal por esta investigación” que adelanté.

análisis contemporáneos del significado de la casa (Mallet, 2004, p. 66). Entonces, la casa se configura como una unidad simultánea e indivisible de interacción espacial y social.

Considero que, por obvias razones, estos temas son los más visibilizados a la hora de estudiar la casa, pero se puede correr el peligro de no buscar aquellos elementos estéticos que hablen de otro tipo relaciones sociales menos intimistas. Ahora bien, tampoco se trata simplemente de ver el microcosmos para entender los problemas macro de desigualdad social, por ejemplo. Empero, a mi juicio, puede haber lógicas de vida que develen relaciones sociales, culturales y económicas no esperadas; como, por ejemplo, relaciones de poder en la que la persona en desventaja, ama y odia a la vez a su “patrón” o a su amo; desea ser como él, pero también repudia su posición social, por lo que busca la forma de diferenciarse.

1.4 La casa desde la memoria, las trayectorias y la migración

Una perspectiva muy interesante en los estudios de cultura material sobre la casa, es aquella que ha vinculado las trayectorias familiares, la memoria y la migración. Estos elementos son cruciales a la hora de comprender el significado que para diversos grupos humanos tiene la casa. Desde este punto de vista, puede afirmarse que la relación entre la casa y la memoria es compleja y fluida; no es de ninguna manera algo estático. Allí, es crucial tener en cuenta las experiencias y recuerdos desde y sobre la casa. Incluso de la casa misma, si la abordamos como un objeto que tiene su biografía y puede contar su propia historia. Esta es la propuesta más básica de Appadurai (1986). Por ejemplo, una casa a la que le podamos preguntar sobre las relaciones sociales que la construyen, las tensiones, las funciones de sus rincones más ocultos, etcétera. Considero que, como inspiración metodológica, la tarea minuciosa que hace la arqueología cuando excava y encuentra artefactos prehispánicos, puede servirnos para abordar una investigación social desde la cultura material.

Cuando los estudios culturales han detallado procesos de migración y cuando la sociología ha profundizado en la formación de la familia, han demostrado que las ideas sobre quedarse, marcharse, mudarse y viajar, están íntimamente asociadas con la noción de

hogar; y en nuestro contexto latinoamericano, también fuertemente integrado bajo el concepto de casa. Expresiones como “la casa materna”; “la casa de mis abuelos”; “cuando dejé la casa para irme a aventurar”, ejemplifican esta idea. Esta visión móvil y dinámica de la casa resuena con la mirada de Mary Douglas (1991). Para ella, la casa está efectivamente situada en el espacio, pero este no es necesariamente un espacio fijo. Por lo tanto, la casa no debe equipararse simplemente con la idea de “refugio” (Douglas, 1991, p. 289).

Macarena Bonhomme (2013) vincula de una forma muy original la perspectiva de la cultura material enfocada en la casa, con los estudios sobre migración. Su trabajo explora el proceso de integración social de familias inmigrantes peruanas en Santiago de Chile. Para esto, privilegia el análisis de los objetos y las cosas que ellas y ellos tienen en sus casas. Para la autora, “la cultura material del hogar encarna tanto su experiencia y trayectoria migratoria, como el proceso de integración en la sociedad chilena” (Bonhomme, 2013, p. 63). Aquí, nuevamente, está presente la idea del hogar o la casa como un flujo. Igualmente, la investigadora concluye que “las formas de habitar y apropiarse del hogar están relacionadas con los procesos de integración, pues a través de la cultura material se negocia cotidianamente la pertenencia entre dos mundos, el de origen y el de destino [...] (Ibid., 2013, p. 63).

He querido resaltar este estudio de caso, porque le encontré especial relación con mi caso particular de investigación. Aunque ella trabaja procesos de migración transnacional, en mi problema hay un dato clarísimo que no podría omitir. La autoconstrucción de las casas rurales, es también la expresión de un fenómeno de migración interna que históricamente se ha dado en Colombia, por desplazamiento forzado a causa del conflicto, o por algún tipo de movilidad rural-rural, rural-urbana, o urbana-rural, el cual, responde más a la necesidad de “buscarse la vida” o de emplearse, debido a que los lugares de origen no dan oportunidades laborales suficientes. Si bien, indagar en estas trayectorias migratorias no es corazón de esta tesis, tomar conciencia de cómo la idea de casa se vincula a estas movilidades humanas, permitiría comprender mejor las decisiones que las personas toman en el ámbito de la cultura material.

1.5 Autoconstrucción de la casa rural: ¿aspiración social, identidad o distinción?

Alison Clarke (2001) hace un repaso histórico de cómo el atributo material de la casa ha cambiado y tiene una implicancia directa con asuntos estructurales, de clase y de aspiración social. Desde el marxismo, la propiedad de la casa era vista como una pequeña aventura capitalista y se alineaba directamente con la desaparición de la conciencia de clase (Clarke, 2001, p. 23). Así mismo, durante la segunda mitad del siglo XX, la construcción de la casa como forma expresiva se ha asociado con la consolidación y la formación identitaria de la clase media. Pero mucho antes, desde finales del siglo XIX, el espacio interior, así como el interés por la decoración, promovió a la casa como espacio civilizador (Ibid., 2001, p. 23). Se perpetuaban desde entonces los valores burgueses de aspiración social ligados a la comodidad y al linaje, y se iban consolidando como la norma. En contraposición, la construcción de la casa y la ornamentación en la clase trabajadora se ha considerado como una práctica instrumental e impulsada por el Estado. Este análisis histórico de Clarke sobre la casa, responde más a un contexto histórico urbano y eurocéntrico. Para el caso que nos atañe, sectores populares, desprovistos del apoyo estatal, emprenden la construcción de sus ranchos y casas. Proceso que puede ser el proyecto familiar de muchos años (Ibid., 2001, p. 26).

Con lo anterior, puede verse una tensión histórica entre la idea de la aspiración social (que desde cierto punto de vista termina imponiéndose) y la de la identidad de clase (más ligada a una mirada marxista de la realidad social e histórica). Esto no quiere decir que los acercamientos académicos desde la cultura material hayan sido, o “blanco” o “negro”. Un sin número de estudios marcadamente marxistas sobre las prácticas y la vida cotidiana de la clase obrera, da cuenta de procesos en los que se mezcla una estética aspiracional y otra de fortalecimiento de la identidad propia. Hoggart (1957 [2013]), por ejemplo, en su ya clásico estudio, se acercó al mobiliario de la clase trabajadora, intentando hallar patrones en común. Encontró en objetos como la mesa principal y el dormitorio, elementos que consolidaban una identidad de clase.

Salazar (2012), en su trabajo sobre la estetización de la vida cotidiana, prefiere hablar de estilos de vida que solamente de clases sociales. “Hablar únicamente de clases sociales es enfatizar el carácter determinante y estructurado del orden social” (Salazar, 2012, p. 85). Con esto, coincide con puntos de vista como el de Mary Douglas y Pierre Bourdieu, para quienes la estructuración de las clases sociales contiene un fuerte componente cultural y dinámico. Las clases sociales no pueden ser vistas como categorías absolutas.

Clarke también intenta marcar diferencia entre su perspectiva y la de *La Distinción* de Bourdieu (1979 [1998]). Para ella, las personas, ya sea física o mentalmente, construyen, transforman o trasladan sus hogares desde la aspiración social, entendida como el ejercicio de ambicionar y proyectar relaciones sociales ideales y no meramente en términos de acumular y articular capital cultural (Clarke, 2001, p. 25). Para Bourdieu, por su parte, “la aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases” (Bourdieu, 1979 [1998], p. 54). Esto es interesante, con miras al estudio que presento. Hipotéticamente, se podría argüir que, la autoconstrucción de casas rurales, no necesariamente responde a un sentimiento de admiración de tipo estético; es posible que en el fondo haya rechazo. Desde la perspectiva de la *Distinción*, la adaptación de estéticas ajenas podría corresponder a un proceso mediante el cual, estas familias buscan diferenciarse de sus vecinos; o sea, distinguirse de los demás. Un camino para adquirir estatus social. Sin embargo, el trabajo de campo y las entrevistas hechas muestran una realidad más compleja, las cuales voy a intentar retratar a lo largo de esta tesis.

Con todo, las casas ideales no son sólo espacios de fantasía escapista que sirven para hacer frente a las limitaciones materiales de las casas reales, sino que se presentan más bien como “medidas o fuerzas proactivas que se funden intermitentemente con la realidad de la experiencia vivida” (Clarke, 2001, p. 27)¹². En este sentido, la cultura material referida a las casas, pero también en general, encarna lo ideal y lo real.

El estudio de Clarke (2001) se desarrolla en el norte de Londres. Así como muchas investigaciones recientes en cultura material, esta se hizo en contextos urbanos de grandes

¹² Traducción propia.

urbes. Cuando el enfoque en lo material se ha llevado a contextos rurales, los trabajos han estado muy marcados por la perspectiva indigenista que busca fundamentalmente relacionar las formas estéticas con ideas esencialistas, casi siempre apoyados en preceptos estructuralistas. Siento que aquí hay un vacío que debe ser llenado por investigaciones que rompan con esta división a veces arbitraria entre lo urbano y lo rural; lo indígena (salvajismo) y la civilización. Esta tesis quiere hacer un aporte en esta línea.

*

Por último, reviso una etnografía hecha por Tomas Ariztia, que, teniendo en cuenta la metodología usada y su fin último, es quizá el estudio que más se acerca a mi propuesta de trabajo. Se trata de un estudio de caso en el que se hace seguimiento a una joven pareja chilena de clase media, que compra su casa nueva y se dispone a hacer unas adecuaciones en términos de ampliación y ornamentación. Es el típico caso de las casas de “suburbio” que son construidas en serie y se entregan semi terminadas, para que las familias hagan los cambios y construcciones que requieran. El autor hace el seguimiento de este proceso a varias familias que llegaron a este lugar de las afueras de la ciudad de Santiago y rápidamente, encuentra que el estudio de estas obras de mejoramiento, así como del espacio doméstico, permite ver las trayectorias sociales y elementos culturales de estos nuevos residentes.

Una de las conclusiones a la que llega Ariztia es que la construcción y arreglo de la casa en sectores de clase media, ejerce un rol clave en términos de facilitar su integración simbólica al entorno y a otros sectores de la sociedad. De igual manera, el autor también encuentra cómo la casa no es nunca un objeto pasivo en el que se representan las identidades sociales, sino un proceso activo de producción y negociación de significados e identidades sociales. Arreglar una casa nueva es también domesticarla y constituye un momento de producción cultural. De igual manera, “a través de los arreglos y las ampliaciones, familia y vivienda se entremezclan, por cuanto la casa se transforma en un hito clave en la trayectoria de la familia [...] y también es su trayectoria de ascenso social” (Ariztia, 2009, p. 75-76). Es decir, que, para el caso de estas familias de clase media en Chile, las transformaciones de la casa, se enmarcan en una trayectoria de movilidad social

ascendente (Ibid. 2009, p. 77). Para mi investigación, este presupuesto habría que explorarlo empíricamente, porque los sujetos de mi estudio, hacen parte de sectores populares y rurales.

Desde la metodología, la investigación de Tomas Ariztia hace un aporte significativo al estudio de estos fenómenos de cultura material. Especialmente por el seguimiento etnográfico que hace en el tiempo a todo el proceso de adecuación arquitectónica y ornamental que llevan a cabo estas familias. En mi estudio, pretendo igualmente revisar el proceso de autoconstrucción de casas rurales. Además, considero que un trabajo que indague por la construcción de la casa desde cero, en sectores populares de la población, puede hacer un aporte significativo a los estudios de la cultura material.

**

Finalmente, y como preámbulo al corazón empírico de esta investigación, quiero explicitar de forma resumida, la pertinencia que tiene este trabajo para los estudios culturales.

En primer lugar, vale la pena resaltar que el ejercicio de la antropología en Colombia en los últimos años, con algunas excepciones, poco se ha preocupado por el fenómeno de las clases sociales y la distinción, aunque nunca ha perdido la preocupación por la cultura material, especialmente desde la arqueología. Por su parte, la sociología colombiana desde hace años, ha abandonado el tema de las clases sociales y ha privilegiado enfoques más generales o teóricos, que parecen “desmaterializar la vida social”.

En segundo, considero que el fenómeno de la autoconstrucción en un ámbito que no es urbano, sino todo lo contrario, permite acercarse a una comprensión más amplia sobre la influencia de la cultura y las relaciones entre clases sociales (más allá de la “lucha de clases”) en la reproducción, transformación y difusión de la idea de “la casa” como un objeto y al mismo tiempo, como un sistema de relaciones culturales de gran importancia en el ámbito rural. Todo esto, en contextos particulares como en el que trabajé, marcados por el turismo, la gentrificación rural, los procesos inflacionarios, la alta valorización de la tierra y una fuerte presión medioambiental sobre las pocas fuentes de agua existentes.

En tercer lugar, el carácter local y cultural de la casa en Colombia y me atrevería a afirmar que, en América Latina, a diferencia de la idea anglosajona de “hogar” (“home” o “household”), permite estudiar, no solamente un ámbito de “reproducción” social, sino también, un lugar de resistencias culturales y expresiones creativas, que se expresan en la materialidad de la vivienda.

2. “Ellos allá en su cuento y uno acá en su cuento”: percepción de las prácticas culturales del mundo de la riqueza e identificación con el mundo de la pobreza

En Anapoima, un municipio a dos horas y media de la Bogotá, hay gente venida de la ciudad que “entierra plata”, y cosecha casas que permanecen solas la mayor parte del año, soportando altísimas temperaturas. Hay lujosas villas que tragan cantidades groseras de un dinero que nunca llega a ser expelido, sino que desaparece en medio de prácticas de ocio, derroche y esfuerzos nunca suficientes por tener espacios de descanso “perfectos”. También hay campesinos que construyen relatos fantásticos sobre el encuentro con la gente famosa que frecuenta los espacios idealizados de uno de los “mejores climas del mundo”.

Allí, en medio de los automóviles de más de doscientos millones de pesos que bajan cada fin de semana, hay familias que se resisten a abandonar la tierra ante la presión y amenaza de expandir cada vez más “entierros de plata”. Gente rural, que construye y autoconstruye tácticas de supervivencia en la vida cotidiana para mantenerse conectado a ese mundo de la riqueza, pero también, para diferenciarse estratégicamente de ese mundo del derroche. Obreros, trabajadores, jardineros, piscineros, conserjes, empleadas del servicio, mayordomos, campesinos y trabajadoras del hogar, que al mismo tiempo que se dedican a sus labores diarias, “levantan” ranchos y casas de esterilla, bloque, “guaudua” (como la misma gente le dice a la guadua), bahareque y ladrillo, que llenan de sentido los espacios privados y la idea de familia y hogar. Autoconstructores que resisten los embates invasores y crean tácticas que reafirman su permanencia en las tierras de sus abuelos.

La siguiente, es la mirada etnográfica de la siempre sorpresiva sabiduría del mundo de los “débiles”.

2.1 Admiración y rechazo: la mirada al mundo de “los ricos”

Héctor y su hermana Estela viven en una casa de extrema sencillez. Casas que quizás a los ojos de un desprevenido, no son ni siquiera dignas de habitar, debido al material de construcción, a su tamaño y a su ubicación. Héctor mismo, luego de un rato de conversación me preguntó sobre cómo había visto su casita desde la carretera; insistía en que por estar hecha de esterilla (guadua cortada en tiras) podría llegar a tener un aspecto de casa antigua. Incluso, al final de nuestro encuentro, Héctor me mostró la manera en que él estaba comenzando a hacer un jardín vertical que, además de embellecer la casa, hiciera que no se viera la guadua (ver figura 1-1). Su proyecto consiste en ir “metiéndole material” a la casa, es decir, ir levantando los muros de bloque de ladrillo y así reemplazar la esterilla.



Figura 1-1: Casa de Héctor y Estela vista desde la carretera que va a Anapoima. A diferencia de las casas de condominio, este tipo de vivienda se adapta y entremezcla con la vegetación circundante.

Héctor trabaja como electricista y “a lo que salga”. Tiene un contrato en una “quinta” de un sector cercano a su casa. Al respecto, él mismo comentó: “Yo le jalo a todo, también a la construcción; he aprendido de electricidad y demás”. En varios momentos de nuestra conversación, Héctor se refería a las personas que tienen casas de descanso en esta región

como “los ricos”; en cambio, cuando hablaba de la persona a la que le estaba trabajando en la actualidad, prefería hablar de “mi patrón”:

Mi patrón tiene una empresa en Bogotá y viene los fines de semana o le alquila la finca a familiares o amigos. Me ha ayudado mucho con la cocina que yo estoy haciendo, me vendió barato una que ya desecharon y yo la arreglé y la estoy terminando.

Mientras estábamos afuera de su casa, él, sentado sobre un tronquito cerca del material de construcción que tiene acumulado, me preguntó en tono jocoso, por qué yo no había llegado en bicicleta. Luego, me contó que últimamente “todos esos ricos de por acá se la pasan montando bicicleta por toda la vereda” e hizo especial énfasis en el precio de estas:

¡Esa gente monta en bicicletas de tres millones de pesos! El patrón tiene una de más de cuatro millones; es que eso ahora son de unos materiales que hacen que no pesen nada. Como la de Nairo Quintana que vale como treinta millones de pesos. Es que los ricos le gastan mucha plata a todo eso.

Héctor también me comentaba que un hermano suyo trabaja en el Club Mesa de Yeguas y que él mismo ha trabajado allí como jardinero, piscinero y electricista; al igual que el hijo de don Jairo Correa y de Emiliano, otros de mis colaboradores en esta investigación. De hecho, todo lo que gira alrededor de este exclusivo club, tuvo mucha relevancia durante todo el trabajo de campo, tanto porque mis entrevistados y entrevistadas expresaron tener una relación directa con dicho lugar por motivos laborales, o porque opinaban sobre las personas que eran propietarias de villas en este club.

Para el caso particular de Héctor, se hace imposible para un etnógrafo corroborar la veracidad de sus narraciones. Veracidad que no importa tanto en una entrevista con perspectiva biográfica, porque allí lo valioso es el proceso que se narra, la manera en que se cuenta y los énfasis que se hacen. Incluso, los gestos y todo el lenguaje no verbal que acompaña la conversación. Lo que considero importante aquí es resaltar como un elemento común, el sentimiento de importancia que se le da a todo lo relacionado con este club. Los comentarios sobre personajes públicos que son miembros activos, tales como Arturo Calle y sus hijos; la cantante popular Fanny Lu, el dueño de la lotería Baloto

(de quien las personas con las que hablé no recuerdan su nombre), o la familia Santos, dibujan una expresión de complicidad y orgullo en el rostro de estos campesinos y obreros. Un ejemplo de ello, nos lo da el mismo Héctor:

Mesa de Yeguas, lujoso lujoso no es que sea. ¡Que es de sólo ricos! La gente que está allá tiene mucha plata. Por ejemplo, allá se casó la hija del dueño de Baloto [...] Cuando la fiesta, eso llegaron en helicóptero. Desde el jueves nos sacaron a nosotros del club. Sólo podían quedar en el club, mayordomos y las empleadas de la casa [...] ¡Es que esas casas allá valen mucho!, pero entonces no es que diga usted que se ve todo enchapado, o que en ese club las carreteras sean... nooo, son normalitas y eso allá adentro hay monte por todo lado. Lo caro es pertenecer a eso; tienen que tener una cierta cantidad de plata pa que los acepten.

Por su parte, el señor Manuel Cortés, habitante del corregimiento San Antonio¹³ (ver mapa 1 y 2), me habló sobre Mesa de Yeguas desde su propia perspectiva y experiencia. Por su trabajo en la alcaldía, él ha tenido que entrar en varias ocasiones a ese club. Sobre su encuentro personal con Arturo Calle, el conocido industrial de los textiles, don Manuel contó:

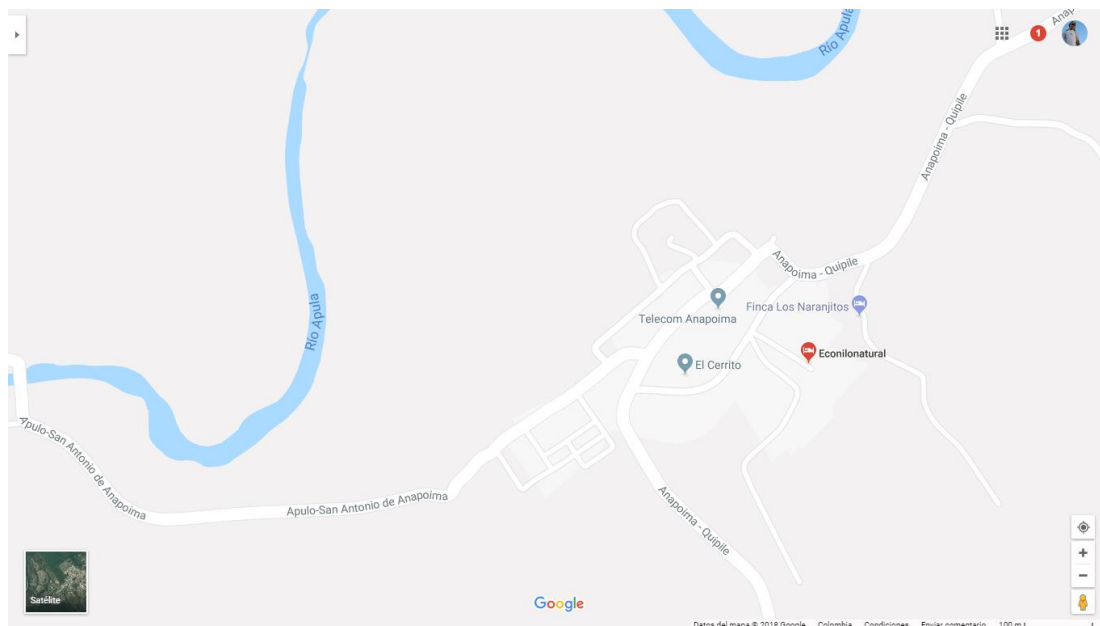
[...] Yo tuve el gusto fue de entrar a la casa de Arturo Calle. Allá tiene casa él y los hijos. ¡Eso es una belleza! Ese señor es muy humanitario, muy señor. Un día que yo estaba ahí cerca de la casa de él, me quedé viendo una orquídea, porque a mí me gustan y siempre he tenido en la casa; y él me dijo que, si me gustaba; yo le dije que sí. Luego me dijo: - ¿Quiere mirar la casa? Yo le dije que sí y me llevó a verla. - Que qué va a tomar, que si limonada o gaseosa.

Más allá de lo anecdótico, me parece interesante la expresión de satisfacción y orgullo con que personas como él y como Héctor comparten estas historias. También, llama la atención que vivir en Anapoima en los últimos veinticinco años, ha implicado convivir con este tipo de relatos y, además, estar atento a la gente “famosa”, adinerada y poderosa que tiene casa en el Club Mesa de Yeguas, especialmente. No pocos habitantes de la zona urbana con las que he podido compartir, tienen alguna historia o anécdota sobre dicho

¹³ En el municipio de Anapoima. Es un corregimiento a 15 minutos en carro del casco urbano y tiene un pequeño caserío.



Mapa 1: Vista satelital del corregimiento de San Antonio, a 15 minutos de Anapoima. Este tipo de instantáneas permiten ver la extensión de la deforestación que trae la urbanización de zonas rurales. También llama la atención la cercanía del río Apulo, que irónicamente no es usado como sustento de redes de acueducto. *Imagen tomada de Google Maps.*



Mapa 2: La misma escala de la imagen anterior, pero con el trazado que propone Google Maps.

lugar y muchos hablan sobre la sencillez de personas como el señor Calle, dueño de una de las principales tiendas de ropa casual en Colombia: “Se dice que cada cierto tiempo se baja del carro en el pueblo y escoge al azar a alguien para ir a su casa en Mesa de Yeguas” ... “Tiene casi cinco villas para él y cada miembro de su familia” ... “¡Ese señor es sencillísimo!, cada nada se le ve montando bicicleta en el pueblo y entra a las panaderías” [...].

Con lo anterior, me atrevo a afirmar que existe entre los habitantes rurales con los que dialogué, una actitud de ambivalencia hacia aquellos “ricos” que han ido llegando a estas tierras cálidas. En las conversaciones que tuve, emergen con facilidad en los (as) entrevistados (as) expresiones que dan cuenta de admiración y respeto por las formas de vida y estéticas propias del mundo de los “ricos”; pero también, de molestia y rechazo hacia algunas actitudes y prácticas culturales de dicho mundo. Un ejemplo nos lo da el señor Jairo Correa de la vereda Santa Lucía, vía al corregimiento de San Joaquín. Para él,

lo único malo es que ellos llegan y nunca compran en el pueblo ni una gaseosa. Traen su mercado, su gaseosa; ¡traen todo! Por acá no compran ni una caja de cerveza ni nada. Y que las basuras sí las dejan ahí a la orilla de la carretera botada cuando se devuelven a Bogotá. A nada le invierten nada. Al cuidandero que tienen no más; no compran nada ni en San Joaquín ni en la Mesa. Vienen a lo que vienen, a descansar, a echar piscina, a echar pólvora, a fregar ahí; ponen música, bailan y después sacan escombros y basuras.

Sin embargo, minutos antes, cuando hablábamos con don Jairo sobre el condominio del frente, él mismo me contó algunas infidencias de las personas que construyeron esas casas de descanso y que luego vendieron. En su expresión, se percibía la misma satisfacción y admiración que me había transmitido don Manuel Cortes al hablar de su encuentro con Arturo Calle. Ese predio del frente, del otro lado de la carretera, es un conjunto que hizo un reconocido periodista que luego tuvo que irse del país por amenazas a su vida. Consta de una casa principal, casa de cuidanderos y dos casas de huéspedes. “Tiene mirador, piscina, una capilla para misa hecha en piedra y un tanque de agua para 60 mil litros”. Jairo me contó que ese señor tuvo que irse luego que le hicieron un atentado. El periodista le

regaló a don Jairo el piso de su casa, de un material sobrante de la construcción de la piscina, en donde el mismo Jairo trabajó:

El pasó un día y yo le dije: ¡Ole! ¿Me va a gastar un petaco de cerveza, ya que yo hice la piscina? entonces fui y le llevamos cerveza a todos los obreros [...] Al rato ¡uy, cuando esa mano de carretillas! Y todo para acá, pa mi rancho, cargadas de concreto y todo. ¡Es que ese hombre es muy muy amable! Me regalaba las canastas de cerveza llenas, con envase y todo... me regalaba tejos pa la cancha. Me ayudaba mucho.



Figura 1-2: Parte exterior de la casa que Don Jairo está construyendo para su hijo. (Ir al capítulo II donde se hace un seguimiento del proceso de autoconstrucción material y cultural de esta casa).

A mediados de los años noventa, don Jairo trabajó como cuidandero en el predio de su vecino periodista. De este trabajo, recuerda algunos detalles materiales y estéticos:

Por dentro a esas casas le meten lujo. Desde que se entra, todo está adoquinado, hizo un mirador al vuelo por allá y un parque infantil. Tiene una pila de agua que trajo en 1988, en esa época le costó dos millones de pesos ¡y en aquel entonces eso era plata! Imagínese, la piscina la mandó a hacer con playera; de una le metió pasto fino y toa la vaina.

Cuando mi entrevistado hablaba de esa casa vecina y las demás que han ido construyendo en los últimos años, se refería a ellas como “quintas” o “casa quintas”; en cambio, cuando

hablamos de su casa, que él mismo construyó hace más de dos décadas y del proyecto de casa que lleva actualmente para su hijo, prefería hablar del “rancho”. Las personas que habitan por temporadas estas “quintas” destinadas fundamentalmente al descanso y al ocio, son indiferentes para don Jairo: “Ellos ni dan, ni quitan, ni nada; ni rajan ni prestan el hacha”. Desde este punto de vista, sería injusto deducir simplemente que estas personas (“ellos”¹⁴, como los llama Jairo, o los “ricos” como les dice Héctor) solamente llevan problemas a esta región y generan estragos medioambientales, culturales y económicos. Esa sería una conclusión apresurada que como antropólogo uno podría dar, al ver desde fuera los distintos fenómenos que se presentan. Empero, para los pobladores rurales de esta región, esta presencia ha sido imposible de evitar y tiene sus bondades, como la generación de empleo o la valorización de las tierras, que como veremos en el capítulo II, esconde una lógica perversa que ha incentivado el abandono de estas tierras por parte de los campesinos.

Con todo, en el plano de las relaciones humanas y el contacto cultural, tanto Héctor, Emiliano, Jairo y don Manuel, coinciden en marcar muy bien las diferencias entre ese mundo, el de los ricos, y el que ellos viven día a día; el cual, puede identificarse como el de “nosotros los pobres”, como reiteradamente se expresaba Héctor, o simplemente, como “la gente del campo”.

Tal experiencia de contacto cultural, podría resumirse con una frase de don Jairo:

“Ellos allá en su cuento y uno acá en su cuento”.

2.2 “Construir es enterrar plata”

A Emiliano Sánchez, quien se desempeña como almacenista, mayordomo, jardinero y piscinero en el club Mesa de Yeguas, lo conocí mucho antes de realizar las entrevistas enfocadas en la perspectiva cultural de la autoconstrucción. Fue a mediados de 2017, cuando mi prioridad era buscar personas o familias que estuvieran trabajando en el club

¹⁴ Hoggart (1957 [2013]), tiene un bello capítulo que titula: “Ellos” y “nosotros” en dónde hace etnografía y auto etnografía del mundo obrero de mediados del siglo XX en Inglaterra. Para ver las implicaciones de este tipo de dicotomías ir al apartado 1.3

Mesa de Yeguas. Quería explorar la influencia que podría llegar a tener el contacto con el mundo de la riqueza, que, para este sitio en particular, incluía un especial hermetismo y exclusividad en el acceso. Por esos días también me seducía la posibilidad de hacer una etnografía de las clases privilegiadas, enfocándome en sus prácticas culturales de ocio y descanso.

Emiliano me propuso entrar al club, para que yo pudiera conocer de primera mano la disposición espacial de las casas y su vinculación con la naturaleza y los lugares de ocio. Nuestro recorrido duró cuatro horas aproximadamente, tiempo durante el cual mi informante expresó algunas opiniones personales con respecto a su trabajo, sus patrones, los bienes materiales, el mundo de la riqueza y su vida familiar. Primero fuimos a la construcción de una villa en la que Emiliano trabaja como almacenista. La primera impresión que tuve al entrar al predio, fue la de estar viendo la construcción de un colegio o un hospital, debido a la magnitud de la obra y la cantidad de obreros presentes; cuarenta, más o menos. Allí, Emiliano, me hizo un recorrido, me presentó a algunos de los obreros y al final tomamos un refrigerio en la tienda que había en el campamento. Posteriormente, fuimos -él en moto y yo en carro- a otro sector de Mesa de Yeguas, a unos cinco minutos y entramos a dos de las villas que Emiliano administra en la actualidad.

De toda esta experiencia con Emiliano y su familia -de la cual daré cuenta también en los otros capítulos de la tesis que se centran en las preferencias estéticas y la construcción cultural del espacio-, quiero resaltar su mirada con respecto a las prácticas culturales de sus empleadores, esto, en sintonía con las miradas de Héctor, Jairo y Manuel.

Emiliano, por esos días, en sus tiempos libres, adelantaba la construcción de su propia casa familiar en una vereda de Mesitas del Colegio, ubicada a medio camino entre este municipio y Anapoima. Ya le había “echado” el piso a la sala, al comedor y a la entrada principal. En el recorrido por la villa en construcción, hizo algunas comparaciones entre ésta y su casa, que ha ido autoconstruyendo durante los últimos ocho años, tiempo que coincide con sus primeros trabajos en este club. Me contó cómo, hasta ese día, se habían utilizado treinta y seis mil ladrillos en la construcción de la villa. Sobre esto me comentó: “Vea Jorge, con dos mil de esos ladrillos yo podría terminar de hacer mi casita”. Sin

embargo, lo que más sorprendía y le causaba indignación a Emiliano (aunque no lo manifestara en esos términos) era saber que la mayoría de esos treinta y seis mil ladrillos estaban y quedarían “enterrados”. Esto, porque eran usados como una base estructural, debido a la inclinación del terreno¹⁵. Emiliano sabe que esto es un gasto innecesario. Para él, se hubiera podido acondicionar el terreno para que quedara más plano y se utilizaran menos ladrillos y menos cemento, pero el afán del dueño hizo que, en palabras de Emiliano, “se enterraran todo ese montón de ladrillos y cemento”. (Ver figura 1-3 y 1-4).



Figura 1-3: Villa (mansión) en construcción en Mesa de Yeguas. Desde esta perspectiva se puede apreciar mejor las diferentes columnas y muros estructurales en cemento y ladrillo que luego de terminada la casa quedan totalmente enterradas. “¡Mire toda esa plata enterrada!”.

¹⁵ Esta villa se encuentra ubicada en una zona de Mesa de Yeguas en la que los lotes están en ladera. Esto hace que los predios sean más baratos a comparación de los que quedan cerca de las canchas de golf. Por lo tanto, son más grandes, pero están alejados de las zonas más exclusivas del club.



Figura 1-4: En la misma villa. Aquí se puede ver con claridad cómo el proyecto de construcción no aprovecha la inclinación del terreno para construir varios niveles en escalera, sino que utiliza el cemento y ladrillo “enterrado” para aplanar “a las malas” el terreno.

Para comparar esta construcción con un proyecto de autoconstrucción que sí aprovecha la inclinación del terreno, ver el capítulo II.

Pero lo más revelador, era la metáfora que usaba Emiliano, con una connotación aún más impactante: “Jorge, todo eso que usted ve ahí, es plata enterrada”. Aunque inicialmente el símil fue hecho para referirse a los ladrillos y al cemento que al finalizar la construcción quedarían enterrados y ocultos, sin embargo, Emiliano en varias ocasiones daba a entender que el mismo hecho de construir allí o en cualquier otro lado, como por ejemplo en su casa, implicaba “enterrar plata”. Por lo tanto, la indignación en Emiliano era proporcional a la cantidad de plata (dinero) que se enterraba al momento de construir. Para el caso de esta villa de más de siete mil millones de pesos, le indignaba que una edificación de tal magnitud fuera a ser disfrutada sólo por tres personas: una pareja joven y su pequeña hija, quienes, con seguridad, irían cada ocho o quince días a pasar el fin de semana en el club.

Con lo anterior, podría decirse que la percepción que tienen los habitantes y trabajadores rurales de esta región, con respecto a la forma de vida de las familias que compran o construyen casas de descanso, no es negativa por sí misma y no guarda algún tipo de resentimiento social. Tanto para Emiliano Sánchez, como para los otros (as) colaboradores

(as) de esta investigación, inquieta, indigna y en ocasiones molesta, el gasto económico excesivo de estos grupos poblacionales procedentes en su mayoría de la capital de la República. Que ellos y ellas tengan estas emociones en particular, no implica que las expliciten tal cual. Difícilmente lleguen a expresar frases como: “¡me indigna!, o ¡estoy fastidiado con esos ricos! Sin embargo, en mi labor investigativa, siempre he intentado interpretar las formas verbales y no verbales con las que ellos (as) cuentan sus experiencias. De esta forma, se pueden explicar estos sentimientos, desde conceptos como “indignación” o “molestia”.

Un ejemplo de lo anterior, me lo dio Emiliano cuando me llevó a la parte media de la construcción. Allí me mostró una gran matera que igualmente iba a quedar enterrada. En ella se había utilizado una cantidad enorme de cemento. Mirando la matera e intentando explicarme cómo quedaría al final, Emiliano me dijo:

Vea hermano, es que da tristeza ver tanta plata enterrada. Esa sola matera costó unos cinco millones de pesos. Es que aquí en Mesa de Yeguas todo es plata, cualquier maricada ya es un montón de plata [...] Que la cuota de administración, cualquier daño o mantenimiento [...] ¡eso es una gastadera!

Mientras yo me tomaba una gaseosa y Emiliano se comía una fruta y un emparedado que su esposa le había empacado, hablamos de su trayectoria laboral en este club. Me contó que su primer trabajo allí fue “echando pala”, esto ya hace nueve años. Antes, había trabajado en una finca cafetera de zona rural de Mesitas del Colegio que se cerró por problemas de broca. Por tal motivo, un amigo lo convenció de ir a trabajar en la “rusa” a Mesa de Yeguas. Desde ese día, Emiliano ha ayudado a la construcción de siete villas, primero como obrero raso y en las últimas tres, como almacenista. Durante estos años, se ha ido ganando la confianza del arquitecto de estos proyectos, quien le ha dado cada vez más responsabilidades. Según me contó, el hijo de una de sus patronas actuales fue quien le propuso administrar una de estas villas:

Inicialmente ellos querían que yo me quedara viviendo como agregado en el apartamento que hay en la villa para eso, pero a mí no me gusta quedarme a vivir en

esas villas. Yo prefiero quedarme en mi casa. Esa fue mi condición. Por eso en esa villa aparte de mí contratan una señora que va unos días de la semana a hacer el aseo.

Una hora después de la visita a la villa en construcción, estuvimos con Emiliano recorriendo una de las villas que él administra actualmente y en la que trabaja bajo la figura de “agregado” o “mayordomo”. Allí, él me dio su punto de vista sobre los dueños de villas en Mesa de Yeguas, desde su experiencia y también desde las experiencias de colegas suyos:

Aquí en Mesa de Yeguas hay dueños malos y buenos. Hay gente que no permite que la casa de los agregados quede dentro o quede muy cerca de la villa, entonces la mandan construir aparte y en un lugar que no vean. No les gusta mezclarse con los trabajadores; hay otros que no tienen problema con eso [...] Cuando llega el fin de semana o en vacaciones, por orden de la administración, no se puede construir. No se permite que haya obreros por ahí en cualquier parte [...] Es que hay dueños que se molestan mucho con eso. No les gusta ver trabajadores cuando ellos vienen a disfrutar de sus casas.

En la conversación que mantuve con Emiliano, mientras recorriamos estas grandes casas y sus alrededores, también se repetía con cierta frecuencia el uso de categorías como “la gente rica”, “esta gente” y “los patrones”. Así mismo, frases como “uno es pobre, pero ante todo honesto”, demuestran cómo él, le da una connotación moral al hecho de poseer una propiedad en este club. Los patrones pueden ser buenos o malos; al parecer no hay término medio. No solamente se debe a ser rico, sino que desde la acción inicial de encargarle a un arquitecto el diseño y construcción de una villa, ya se toman decisiones que buscan segregar, y que, en la práctica, luego de terminada la casa, conlleva una práctica discriminatoria. En efecto, puede comenzar como un problema material, pero termina concretándose en los cuerpos de los “patrones” que no se quieren encontrar con los cuerpos de los obreros. Ni siquiera se soporta que se crucen las miradas. Son dos mundos que se necesitan entre sí, pero al mismo tiempo tienden a evitarse, porque no solamente los dueños de las villas piden a la administración del club que no haya ningún obrero durante los días de descanso, sino que, para el caso de Emiliano, se evita a toda costa pernoctar en la villa, a pesar de tener dispuesto un apartamento de mayordomo. Esa fue

la condición para aceptar uno de sus trabajos, porque “no me sentía bien pasando las noches acá (en la villa), prefiero mi casa y mi familia”.

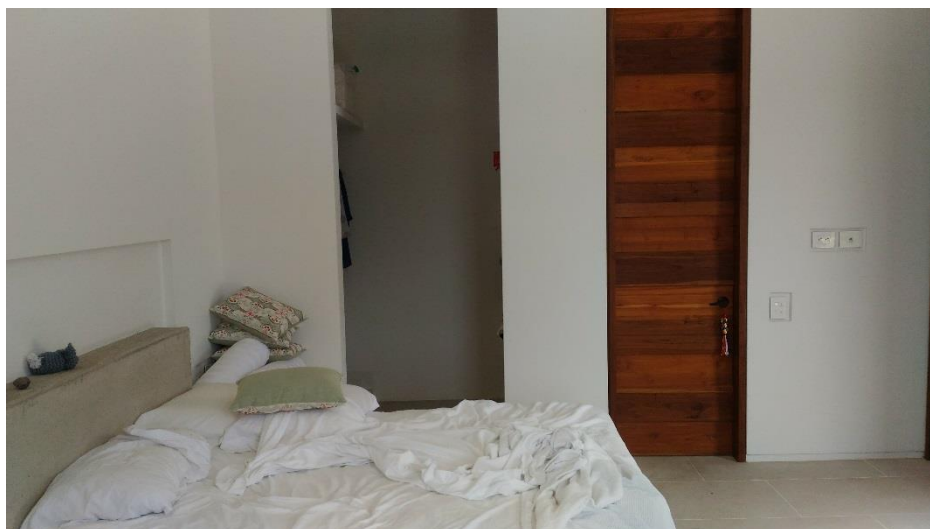


Figura 1-5: Habitación de una de las villas donde trabaja Emiliano. Él me contaba sobre su experiencia laboral en esta casa y me mostraba partes de la habitación en las que se había inspirado para la construcción de su propia casa familiar. Llama la atención cómo la cama estaba sin hacer. Así la había dejado la patrona, después del último fin de semana.

Uno de los temas en las que más insistía Emiliano era en el gasto desbordado que implicaba, no solamente hacer una de esas villas, sino la manutención y los gastos de los que él ha sido testigo en muchos fines de semana en que van a quedarse sus patrones:

Vea Jorge, en una ocasión vinieron el joven Federico¹⁶ y como diez amigos. Sin mentirle, jese fin de semana en sólo trago, se gastaron 2 millones de pesos! [...] Al menos me dejaban buena propina, porque yo era el que tenía que ir a Anapoima a comprar todo ese licor. Me daban el carro de ellos para ir a hacer esa vuelta.

Emiliano me hizo un cálculo aproximado de los gastos que se tienen en una villa de estas características mes a mes. Por concepto de administración se le paga al club un millón setecientos mil pesos. Esto, sumado al sueldo de la señora del aseo, el de él, los servicios públicos, la fumigación, entre otros, hace que mensualmente se requiera entre cinco y seis millones de pesos para cubrir todos los gastos. Más allá de estas cifras, lo que más

¹⁶ Nombre cambiado.

sorprende a Emiliano es que los hijos de la “patrona” ya casi no bajan a Mesa de Yeguas y ella está yendo cada quince días o incluso cada mes. La mayor parte del tiempo, esta fastuosa construcción permanece vacía y arde en solitario debido al intenso calor, en un clima que no baja de 34° C. en promedio. No sólo entonces, siguiendo con la metáfora, se trataría de un ejercicio de “enterrar plata”, sino de botar plata. De mucho dinero que se desperdicia, que desaparece sin más; que se lo come una casa que permanece vacía. Una fastuosa casa que “come” dinero y ni si quiera lo expele, porque éste, desaparece en sus espacios estéticamente armoniosos.

A Emiliano la patrona le permite llevar a su familia a la villa cuando ésta permanece vacía. Él dice que a sus hijas de nueve y cinco años todavía les genera emoción ir y que disfrutaban mucho, especialmente la piscina; pero que a él ya ni ganas le dan de meterse. Para él, el asunto del lujo y la novedad ya hace rato perdió todo interés y mientras caminábamos por la mansión, se reía de mí cuando yo me sorprendía por los detalles, el mobiliario y los exteriores del predio.

Finalmente, ya pasado el mediodía, Emiliano me llevó a una segunda villa donde trabaja como jardinero y piscinero. Aunque más pequeña, debido a su ubicación cercana a uno de los campos de golf, es una villa aún más cara que la anterior. Allí, Emiliano no tiene una muy buena relación con su patrón, pero sí con la esposa. Aunque le han propuesto varias veces trabajar tiempo completo como mayordomo de la villa y vivir allí, él no ha aceptado. En primer lugar, porque, en sus palabras, “el patrón es mala paga y tacaño” y en segundo, porque Emiliano discute mucho con él. Mi colaborador de investigación se expresaba de la siguiente manera:

Yo a ese señor le he renunciado tres veces, porque me trata mal, porque a veces no me paga lo que es. Le discuto de frente y le peleo. Sabe una cosa Jorge, yo a esa gente ya le perdí el miedo. Cuando uno ve que son igual que uno ya se acaba ese misterio [...] Es que ese señor es bien tacaño y a ningún empleado le paga con todo lo de ley.



Figura 1-6: Parte posterior de una villa en Mesa de Yeguas, ubicada en uno de los lugares más exclusivos del club. Tiene un acceso inmediato a una de las canchas de golf sin ningún tipo de cerca natural. Lo único que la divide es la vía destinada a los carros de golf.

2.3 Aprender a vivir entre los ricos: un problema más allá de la “distinción”

Al plantear el objetivo principal de esta tesis como el análisis del proceso de autoconstrucción de la casa rural, desde el punto de vista cultural, es casi inevitable adentrarse en temas como el gusto, el goce estético y los diferentes capitales culturales con los que se cuentan. Así mismo, comienza a flotar en medio de todas las descripciones hechas, la categoría de “distinción” y más concretamente, todo el inmenso andamio conceptual construido por Pierre Bourdieu, con un poder tan estructuralista como estructuralizante. Precisamente por esto, considero pertinente exponer las razones por las cuales, tanto el trabajo de campo, como todo el análisis del proceso de autoconstrucción de las casas campesinas en Anapoima, me permitieron tomar distancia del corpus teórico de la Distinción, como modelo de análisis de fenómenos contemporáneos en el que se entremezclan problemas de clase social, prácticas culturales, modelos de desarrollo y cultura material.

En primer lugar, vale la pena aclarar que el distanciamiento que hago como investigador, se limita a la propuesta que Bourdieu esboza en un libro inmenso como la *Distinción* (1979 [1998]); sin embargo, también es claro que esta obra, que fue la más difundida, contiene la base estructuralista de los demás aportes del sociólogo francés. Esto, quizá no es una novedad; de hecho, Bourdieu llegó a la sociología por vía de la antropología estructuralista, debido a que fue más influenciado por el trabajo de Levi-Strauss, que por la misma tradición sociológica francesa. La *Distinción*, teórica y filosóficamente, no es una mirada marxista de su contexto histórico, pero tampoco es una propuesta completamente empírica; incluso, algunos autores como Raynaud (1980), consideran que la *Distinción*, es una forma “distinguida” del marxismo más puro (Raynaud, 1980, p. 85).

El problema no es por ese carácter estructuralista del corpus analítico de la *Distinción per se*. De hecho, considero que para la época en que Bourdieu sacó a la luz este estudio sobre los gustos de la sociedad francesa, se buscaba tener un modelo comprensivo de estos fenómenos de clase, para luego emprender acciones políticas tendientes a modificar “estructuras” sociales injustas. Sin embargo, considero que, desde Bourdieu, se hace difícil comprender fenómenos culturales que se salgan de las lógicas cerradas de grupos sociales claramente diferenciados por el impacto estructurante del capital cultural.

En este sentido, la lógica de la distinción no permite avizorar prácticas culturales que quedan en medio de dos mundos marcadamente distintos. Para el caso de la presente investigación, la relación entre el mundo de los “ricos” que llegan a colonizar zonas rurales y el de “nosotros los pobres” (como se hacen llamar algunos de mis informantes) quienes, en varios de los casos estudiados en Anapoima, conforman un segmento social que vende su fuerza laboral al primer grupo. La práctica cultural – material, entonces, queda supeditada a la imposibilidad real que tiene determinado grupo social de acceder a los gustos y al placer estético de otro grupo social y sólo habría que analizar los mecanismos de enclasmiento, enmarcados en los diferentes capitales con los que se cuenta.

La rigidez del modelo bourdiniano llega incluso a afirmar que “la aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases” (Bourdieu, 1979 [1998], p. 54). Afirmación, que como hemos visto hasta acá, puede

ponerse en duda, debido a que, así como puede existir aversión, molestia o indignación por las prácticas culturales y los estilos de vida de otros grupos sociales, estos sentimientos se acompañan de otros como la admiración, agradecimiento y una adaptación estética que se da en el plano de lo material. Por lo tanto, considero que ciertas prácticas culturales, pueden explicarse mejor como tácticas de supervivencia de la vida cotidiana (propuesta de Michel de Certeau) en la que se busca, por ejemplo, mantener una conexión a otros grupos o clases sociales tan lejanas como cercanas; en este caso, al mundo de los ricos, que tanto puede molestar, pero que se hace necesario para la supervivencia en ciertos contextos, como el de la zona rural de Anapoima.

En otras palabras, el modelo de la distinción deja por fuera o está nublando las prácticas culturales que tácticamente buscan unir dos o más mundos, debido a que organiza la sociedad de forma jerárquica. Pero, además, aísla las clases sociales unas de otras casi que herméticamente, por ejemplo, al identificar tres universos distintos de gustos (un gusto legítimo, uno medio y uno popular) que corresponden a diferencias en el nivel de escolaridad y pertenencia de clase.

A pesar de todo esto, la teoría de la Distinción de Pierre Bourdieu contiene un sinnúmero de elementos valiosos que dan al investigador una sensibilidad especial, para interesarse por detalles aparentemente insignificantes que desde otras disciplinas sociales no tendrían ningún valor. Uno de ellos, es la importancia del gusto como movilizador de afectos y disposiciones en las personas. En efecto, Bourdieu ayuda a no perder de vista que los gustos en las personas, que vienen a operar como símbolos de distinción, responden a un habitus de clase enmarcado en contextos de desigualdad social. Esto es importante, porque un efecto no esperado de rechazar por completo una propuesta como la bourdiniana, sería el de pretender comprender los fenómenos culturales desde la perspectiva de la inexistencia de clases sociales.

Así mismo, vale la pena acoger la crítica que hace Bourdieu a la concepción kantiana sobre la cultura, quien la divide en alta cultura y baja cultura, o cultura popular. Donde la primera remite al hecho artístico puro, como una apreciación estética desinteresada y desapasionada, relegando lo popular a la satisfacción inmediata de los sentidos. Para

comprender qué era lo específico del juicio estético, Kant distinguía y diferenciaba “lo que agrada” de “lo que produce placer”; asimismo, anteponía “el desinterés” como condición para la contemplación, en confrontación con el “interés de los sentidos” (Bourdieu, 1979 [1998], p. 38). Considero que Bourdieu, al haber deconstruido esa base del gusto, tan clásica como eurocéntrica, ayudó mucho a revalorar las prácticas y los gustos estéticos populares, como valiosos en sí mismos e inmersos en lógicas propias y relacionales de tipo complejo. De hecho, para esta investigación, fue clave apartarse de los prejuicios que aún hoy llevan a deslegitimar el gusto de las clases populares como algo “vulgar”, del mal gusto o simplemente, básico. E incluso, más allá del mismo Bourdieu, el trabajo de campo de esta investigación, ayudó a tomar conciencia de que, en contextos sociales como el latinoamericano, la atracción por lo popular no en pocas veces se halla en sectores privilegiados de la población y algunas prácticas culturales aparentemente ligadas a las clases altas, también están presentes en clases sociales empobrecidas.

Esto último es lo que he querido explicar desde la lógica de la ambivalencia, que pude constatar en las conversaciones que tuve con los autoconstructores y en general con algunas de las familias campesinas. Es el “ellos” y el “nosotros” presente, tanto en el lenguaje de mis entrevistados (as), como en el trabajo clásico de Richard Hoggart (1957 [2013]), que, no solamente reflejan procesos de construcción identitaria, sino permiten adentrarse en la lógica de las prácticas culturales que se prestan entre sí estos dos mundos, los cuales son binarios, más no oposicionales. Precisamente, Hoggart (1957 [2013]) dota de características propias de la cultura obrera. Para él “vivir como clase trabajadora implica pertenecer a una cultura omnipresente, una cultura que tiene una forma y un estilo, como los que se atribuyen a la clase alta” (Hoggart, 1957 [2013], p. 60). Esto es especialmente llamativo, porque la clase obrera (el “nosotros”), los “débiles” de De Certeau, ya no es vista como menor o poco importante. Este simple pero crucial punto de partida, da la posibilidad de que “ellos” (las clases altas) son también susceptibles y, de hecho, pueden moverse hacia las prácticas culturales de los pobres, en una relación tan ambivalente como la ya narrada.

Por lo anterior, es que personas como Arturo Calle, el empresario de las confecciones, no tiene problema en pasearse o montar bicicleta por las calles de Anapoima (práctica extraña en otros socios del Club Mesa de Yeguas) y de vez en cuando, llevar a alguna persona a conocer su casa, según cuentan en el pueblo. Este sólo hecho, constituye una práctica simbólica que conecta, une dos mundos y entremezcla valores, aparentemente contrarios. La población local habla de Arturo Calle como alguien sencillo, amable y humilde, en parte, porque se conoce que es alguien que “viene de abajo”, que tiene un origen humilde y que, gracias a su esfuerzo y pujanza, salió adelante. Aunque, desde Hoggart (1957 [2013]) todo ese mundo externo y ajeno (“ellos”) es visto con desconfianza y hostilidad, en este caso, a este señor se le ve con los sentimientos propios del mundo de “nosotros”; desde la solidaridad y la sencillez. Por lo tanto, la dicotomía presentada en esta tesis no es rígida sino flexible y es más una relación binaria que oposicional.

2.4 Aprender a vivir entre los ricos: tácticas del construir y el habitar

Para ejemplificar mejor la pertinencia del análisis del contacto cultural entre campesinos y personas adineradas recién llegadas a esta zona rural, desde la propuesta de las tácticas y las estrategias, acudo al análisis de lo discursivo, que tanta riqueza aporta a un trabajo etnográfico como este. La señora Angelina, madre de Héctor y Estela, me describió con sus palabras, la experiencia de vivir en una zona rural de Anapoima: “Aquí a uno le toca vivir entre ricos, como ricos [...] Aquí no se tiene en cuenta que hay gente humilde”. En el mismo orden de ideas, Jessica, prima de Héctor y quien vive a unos doscientos metros de su casa, me comentaba que...

... Anapoima está generalizado como estrato seis, pero la gran mayoría de la gente que vive aquí es estrato uno y dos, y si al caso, tres. Pero por el club Campestre, por el Chicalá y por Mesa de Yeguas, se piensa que todos somos estrato seis [...] ¡y ellos sólo vienen los fines de semana!

Aunque claramente tanto la señora Angelina como Jessica describen un fenómeno que las afecta fundamentalmente en lo económico, debido a la valorización de la tierra, de los inmuebles y al proceso inflacionario en el sector comercial, dejan entrever algunas maneras en que ellas y sus familias, logran mantenerse conectados con ese “odioso” pero

necesario mundo de los “ricos invasores”. En primer lugar, la frase “vivir entre ricos, como ricos”, si bien no da lugar a mayores elucubraciones por la transparencia de la afirmación, sí puede leerse desde el punto de vista de las tácticas que se deben emplear en la vida cotidiana para, en cierta forma, tener un pie en ese mundo (materializado en grandes casas, quintas y villas), y otro en la propia casa, pequeña y humilde. Doña Angelina suele ir a trabajar de cuando en vez a la casa quinta donde también trabaja su hijo Héctor como jardinero, piscinero y electricista. Su conexión con ese mundo rico se ha materializado recientemente en la construcción que hizo su hijo de la cocina de la casa, en la que adaptó la estética de la cocina de su patrón (Ver capítulo III).

Empero, esa conexión con el mundo rico y de los “ricos” con los débiles, no necesariamente es confrontacional. Se trata más de una ambivalencia y una relación binaria, que si bien, conlleva prácticas de resistencia, no implica una polarización o relación oposicional, en donde estén en competencia dos maneras de ver la vida o dos formas de existencia. A mi juicio, tanto por la evidencia empírica, como por el sentido último de la propuesta de Michel de Certeau, esto no se trata de un asunto de lucha de clases. Por tanto, la ambivalencia de la que he hablado, no es en sí misma ni táctica ni estratégica, sino lo que se queda en medio de los dos mundos; allí, tanto el rico puede actuar en su diario vivir siguiendo valores que son más propios del mundo de las carencias materiales (como Arturo Calle, quien, según mis informantes, gusta de llevar cada cierto tiempo a alguien del pueblo a que conozca su casa de Mesa de Yeguas), como el pobre, quien puede llegar a asumir estilos de vida en los que el derroche sea lo que predomine.

Para el caso de Jessica, su molestia inicial por la generalización que se hace de Anapoima como un pueblo estrato seis, contrasta con su postura con respecto a los empleos que ha generado la llegada de tantos condominios: “En economía es bueno, en un fin de semana o vacaciones le puede salir empleo a uno, pa cocinar, pa hacer aseo [...] hay gente que ha llegado y es tratable”. Jessica mantiene una conexión con el mundo de los ricos mediante su fuerza laboral y discursivamente, valora a algunos de sus empleadores como “gente tratable”. Finalmente, es interesante recordar el caso de Emiliano Sánchez, quien construyó en su casa una versión pequeña de la cocina tipo isla de una de las casas que

administra en Mesa de Yeguas, y llevó la idea de hacer las camas, mesitas de noche y closets en cemento, como se usa ahora en las villas.

Los ejemplos anteriores muestran la complejidad de un fenómeno de cultura material como el que analizo. La dificultad de abordar estos problemas solamente desde el corpus de la Distinción, consiste en que, si alguno de los grupos sociales analizados rompe con los propios “límites” de sus gustos, ya se comienza a dudar del modelo analítico, debido a una supuesta incoherencia con el capital cultural que aparentemente predetermina. De hecho, luego de la publicación de la obra de Bourdieu, algunas de las críticas versaban alrededor de la inoperancia y la dificultad de aplicabilidad en contextos distintos a la Francia de su época. Por ejemplo, para Lamont (1992), las clases dominantes norteamericanas mostraban una mayor familiaridad con lo que se ha denominado como cultura popular, en términos de las disposiciones estéticas y gustos, y una desvalorización de algunos elementos de la “alta cultura”.

A diferencia de Bourdieu y del mismo Foucault, De Certeau, a quien lo sedujo la creatividad propia del quehacer ordinario, entendió que en las ciencias sociales se ha tendido a privilegiar el análisis de los sistemas de poder y los efectos que causan en la estructura social, pero se ha olvidado explorar los diferentes mecanismos mediante los cuales los “débiles”¹⁷, no solamente resisten los embates de los poderosos, sino que se vuelven productores creativos de nuevos sentidos que incluso pueden ser liberadores. En otras palabras, las actividades más usuales realizadas por el común de la gente (que es la mayoría) como leer, comer, caminar y en nuestro caso “construir su casa”, conllevan una dimensión de creatividad entendida como pequeñas tácticas que les permite la supervivencia como grupo y, desde otro punto de vista, el hecho de no ser vistos simplemente como víctimas del sometimiento de grupos poderosos o como actores pasivos de una avalancha “manipuladora” de fuerzas incontrolables.

¹⁷ Categoría que usa mucho De Certeau (1999), que a mi gusto esconde un sentido muy profundo y bello: la debilidad misma se convierte en fortaleza; o, el débil siempre termina triunfando sobre el fuerte. Bíblicamente, la imagen de David contra Goliath.

Por el contrario, las personas consideradas como débiles en nuestras sociedades, en sus prácticas diarias efectúan “procedimientos populares (también “minúsculos” y cotidianos)” (De Certeau, Pescador & Giard, 2000, p. XLIV) que juegan con los mecanismos de la disciplina (Foucault) por medio de “trucos” y otras ardidés, construyendo una contrapartida que equilibra un poco las cargas. Y no solamente se trata de la autoconstrucción vista como táctica de la vida cotidiana, que será uno de los temas del capítulo II, sino que, en el mismo discurso, como ya hemos visto, las personas (“los débiles”) “seleccionan fragmentos tomados de los vastos conjuntos de la producción para componer con ellos historias originales” (Ibid., 1996, p. 41). Para nuestro caso, la “producción” funciona como un constructo de sentido que llega desde los espacios y lógicas de vida de “los poderosos” y se vuelve posibilidad de consumo para los habitantes rurales de Anapoima. Ellos (as) -bricoleurs de la vida cotidiana- se convierten en “inventores de senderos”. Pero esto, que puede hasta parecer poético, tiene un componente interno de astucia, vigilancia permanente y carácter de sorpresa; porque en cierto sentido, está implicada la vida y la necesidad de mantenerse en pie, ante las hostilidades que presentan las fuerzas extrañas y sus violencias simbólicas que empujan hacia el abandono de la tierra.

Por lo anterior, pienso que construir la casa propia y las prácticas cotidianas del habitar - desde la propuesta de Michel de Certeau- constituyen eventos que se implican mutuamente y están encaminados a la supervivencia táctica y una búsqueda del arraigo y el buen vivir, pero también y sin ser un fenómeno excluyente, se presenta una ambivalencia mutua desde el mundo de las carencias y desde el mundo de los ricos, que en cierta manera, funciona como un mecanismo que equilibra una relación binaria tan marcada. La experiencia que los campesinos tienen en su día a día con respecto a ese mundo del “derroche”, tanto en sus trabajos como atrapados en medio de grandes y lujosas construcciones, genera un movimiento discursivo y práctico en el cual se intenta dar sentido a todo lo que sucede; sentir orgullo y admiración por convivir o estar cerca de “gente tan importante”, y al mismo tiempo, sentir repulsión y rechazo por las formas de vida y prácticas que “entierran y botan plata” (ambivalencia). En los siguientes capítulos,

profundizaremos en las implicaciones que tiene un ejercicio tan cotidiano como propio de los sectores populares de la población, como es la autoconstrucción.

3. “Uno no sabe, pero ahí uno va inventando”: seguimiento al proceso de autoconstrucción de una casa rural en Anapoima

En este capítulo nos acercaremos al sentido profundo que puede guardar una práctica como la autoconstrucción de casas en zona rural, la cual, desde otros enfoques podría pasar desapercibida como una labor “normal” y propia de la historia de las familias humildes. Escuchar a los mismos campesinos narrar las peripecias por las que pasan durante estos procesos, permite apreciar esta práctica como inserta en la vida cotidiana y adentrarse en el análisis de las formas y tácticas de construcción, y a la autoconstrucción misma como táctica de supervivencia y arraigo a la tierra.

Inserto en un contexto de rápida urbanización del campo y de gentrificación, en donde el valor de la tierra se ha multiplicado en los últimos veinticinco años, el habitante rural, subvierte desde dentro el orden establecido. Allí, donde se normaliza la inversión inmobiliaria como la posibilidad de “progreso” para una región atractiva por su clima cálido, el campesino (a), como todo un “bricoleur”, teje conexiones tácticas con ese mundo de los “ricos” tan despreciado, pero al mismo tiempo admirado. Incluso, dicho bricolage, no solamente se da en términos materiales, sino que se conjuga con diversos sentidos de vida y percepciones sobre la familia y el hogar, constituyendo en sí mismo una táctica de lo cotidiano. Por lo tanto, la relación con la materialidad que se gesta durante el ejercicio de “levantar” el rancho propio, constituye en sí mismo un esfuerzo por permanecer en el campo y llevar una vida digna.

3.1 “Una casa de guadua de dos pisos: ¡eso por acá nunca se había visto!”

Jairo Correa tiene 54 años, vive con uno de sus tres hijos, el que no se ha casado y con un nieto; dice que la esposa “lo dejó”. La mayor parte del día se la pasa sólo en la finca porque

su hijo, que trabaja en la “rusa”¹⁸, sale muy temprano y llega a las ocho de la noche. Como ya anotaba en el capítulo anterior, don Jairo vive en un sector intermedio entre La Mesa y Anapoima, muy cerca de un caserío llamado San Joaquín. Su finca está rodeada de cada vez más condominios, casa quintas y villas de descanso. Desde finales de 2017, Jairo comenzó a construir una casa para su hijo, a donde este planea pasarse a vivir con su familia. Aunque don Jairo es el que ha estado más pendiente de la obra, es su hijo el responsable de conseguirse la plata para comprar el material.

En tres oportunidades visité la casa que aún está en proceso de construcción y pude conversar con don Jairo sobre las vicisitudes que implica echar adelante un proyecto de este tipo y fui testigo de cómo una casa autoconstruida, puede pasar por diferentes momentos, en los que se entremezclan el entusiasmo y el pesimismo. De hecho, la larga duración del proceso de autoconstrucción de casas, es una de las características en los sectores populares tanto urbanos como rurales, fundamentalmente, porque se depende de la consecución de recursos económicos y no siempre los miembros de las familias cuentan con trabajos estables. Por lo general, los autoconstructores en la medida en que van consiguiendo dinero, van comprando el material necesario para continuar la obra y lo van acumulando en algún lugar cerca de la casa. Don Jairo, por ejemplo, tiene al lado de su casa la guadua que han ido comprando con su hijo, pero a la que todavía no le han hecho el proceso de esterillado, que consiste en cortar la guadua en largas tiras y luego irlas uniando con alambres y puntillas entretejidas.

Aunque el factor económico es crucial para terminar un proyecto de autoconstrucción, también entran en juego otros factores como la capacidad de hacerse al material de segunda mano, que don Jairo llama “retal”. En su caso, él y su hijo han ido acumulando varios marcos de ventanas y puertas metálicas que han quedado de demoliciones de casas cercanas. También, como su hijo trabaja como obrero de construcción, ha conocido personas que les venden varillas ya usadas a un precio menor al del mercado.

¹⁸ Denominación popular que hace referencia a trabajar como obrero de construcción.

En las visitas que hice a la finca de don Jairo, quise acercarme a la materialidad de la casa en construcción, buscando que una mirada desde la cultura material me permitiera ver los diferentes sentidos que desde la vida cotidiana se le dan a los espacios y a las relaciones sociales. Le pedí que me explicara sobre lo que habían hecho primero; que me hablara de los materiales y de las decisiones que en el camino habían tomado con respecto al tamaño de la casa, la distribución de los espacios, el número de cuartos, etcétera. Por tal motivo, intentaré rescatar la propia voz de don Jairo con respecto a su experiencia como autoconstructor y con la ayuda de las fotografías que pude tomar, buscaré hacer confluír el mundo de lo material con el mundo de los sentidos de vida que se construyen en la vida cotidiana.



Figura 2-1: Perspectiva general de la casa que construye don Jairo Correa y su hijo. Aunque la estructura principal es en guadua, nótese el pequeño muro en bloque de ladrillo que configura la entrada al primer piso de la casa.

Don Jairo me comentaba que no habían podido avanzar en la construcción tanto como deseaban: “Aquí no hemos podido adelantar mucho porque no hay “virusa” (dinero) y por falta de tiempo. Esta semana le hicimos tres diítas apenas”. Inicialmente me causaba mucha curiosidad la seguridad y desenvoltura con la que Jairo me explicaba y me iba mostrando las diferentes partes de la casa y cómo las habían hecho, por esto, le pregunté si había trabajado en construcción o si era maestro de obra, a lo que me respondió: “uno

no sabe, pero ahí uno va inventando; ahí uno le va haciendo [...], yo nunca he hecho sino la casa mía y esta que estoy haciendo. Yo nunca he trabajado como maestro de obra”. Jairo, tampoco ha hecho ningún tipo de plano de construcción. Él insiste mucho en que, en el camino van inventando y van solucionando lo que se presenta.

De la estructura general de la casa, la primera impresión que uno se lleva es que es una construcción que está muy por encima del tamaño de las casas campesinas de la región, aunque el segundo piso va a ser un solo espacio como de terraza y sin paredes altas (Ver figura 2-1). Pero, lo más llamativo, es la decisión de hacer la casa en guadua. Diversos factores confluyeron para que Jairo Correa y su hijo prefirieran este material de construcción. En primer lugar, por los costos del material mismo. En menguante, van y cortan la guadua a donde un vecino que se las vende. Salen de madrugada para evitar que el agua almacenada en la “guauda” haya subido. Luego de cortada, la almacenan cerca de la casa de don Jairo y como es un material tremendamente resistente, puede quedar ahí a la intemperie varios meses, soportando el más fuerte calor y lluvias torrenciales y sin embargo no se pudre ni marchita.

Para la construcción misma, esta guadua puede ser usada de diversas formas: como columnas de soporte, como parales que se disponen de forma oblicua para soportar las tejas de zinc, como soporte para la terraza y especialmente, en forma de esterilla para las paredes. En este último caso, la guadua debe ser cortada en tiras delgadas, en un proceso que según Jairo es muy demorado y luego, esta guadua “esterillada”, se va poniendo de forma horizontal y asegurando con puntillas y alambres que las unen entre sí. Finalmente, a estas esterillas se le echa una mezcla de cemento y arena que se inserta en todos los espacios fibrosos, logrando así unos muros que incluso luego pueden ser pañetados (Ver figura 2-2,3,4,5).



Figura 2-2: Aquí se puede ver con claridad los tres usos posibles de la “gaulda”. Como columnas, como soporte para el piso del segundo piso y en la forma de esterilla para las paredes.



Figura 2-4: Esta fotografía corresponde al avance de la obra, tres meses después de la primera visita que hice a la finca de don Jairo. Aquí se puede ver el proceso de echado de la mezcla de arena y cemento a las paredes de esterilla.



Figura 2-3: Don Jairo, mostrándome cómo iban quedando las paredes con la esterilla de guadua. Para este momento aún no se le había echado la mezcla de cemento y arena.

Figura 2-5: En uno de los cuartos, ya puede verse cómo quedan las paredes de esterilla, luego de pañetadas.



Un segundo factor que influyó en la decisión de hacer la casa en guadua, tiene que ver con los altos costos relacionados con los permisos para construir en “material”, es decir, en bloque o ladrillo. Don Jairo me cuenta que al hacer la casa en “guauda” está ahorrándose entre tres y cinco millones de pesos correspondientes al permiso de

construcción que cobra la alcaldía de La Mesa (municipio al que pertenece el predio de don Jairo, aunque quede físicamente más cerca del casco urbano de Anapoima):

[...] toca estar pidiendo permiso en la alcaldía y pagarles. Pa que quede en bloque toca pagar como cuatro millones de permiso y estudio de tierras y todo eso... Vale dos millones el estudio de tierra y suelos. En cambio, al hacerlo así en guauda no son necesarios los permisos, porque esto es rústico, esto es del campo.

Sin embargo, a juzgar por el proceso posterior al que es sometida la esterilla, rellena de cemento y arena, y luego pañetada, es seguro que don Jairo busca hacer valer la norma a su favor, porque estrictamente no está usando bloque o ladrillo en la estructura de la casa, pero sí en algunas partes.

Si bien, este tipo de subterfugios a la norma puede ser leído como parte de una cultura de ilegalidad, también puede comprenderse en una lógica de táctica de supervivencia y arraigo a la tierra, en la que entra a jugar la creatividad y los esfuerzos por volver a su favor una normativa restrictiva. El caso de la construcción de la casa de don Jairo no permite ver el problema en su complejidad, pero si observamos además el caso de Héctor Méndez, se entiende cómo, la decisión de construir en guadua es una respuesta táctica y de resistencia ante el imperativo de tener que abandonar sus tierras, porque los altos costos de impuestos y permisos de construcción, únicamente permiten construir a los inversores (¿invasores?) externos. Héctor, su mamá y su hermana, también se quejaban de tener que pagar tres millones de pesos para tener el permiso de construir en material su “rancho”; un permiso que es una normativa nacional, pero que se calcula desde el costo del terreno en el que se construirá, que como se sabe, es altísimo en Anapoima, por la alta valorización que han tenido estas tierras en los últimos años. Este mismo permiso de construcción cuesta la mitad en Apulo, municipio vecino y donde la tierra aún no está tan valorizada. Por tal motivo, Héctor prefirió construir en esterilla y en la medida en que iba rebuscándose el dinero, iba arreglando la casa por dentro. Decidió entonces quedarse en el campo, bajo un techo humilde, pero con unos espacios interiores amplios y dignos.

Es una movida de aquellas que Michel de Certeau entendía como “inversión y subversión por parte de los más débiles” (de Certeau, Pescador & Giard, 2000, p. XXII). Este autor

ejemplifica este tipo de tácticas de la vida cotidiana, recurriendo a la experiencia colonizadora en América:

[...] sumisos, incluso aquiescentes, a menudo estos indios utilizaban las leyes, las prácticas o las representaciones que les eran impuestas por la fuerza o por la seducción con fines diversos a los buscados por los conquistadores; hacían algo diferentes con ellas; las subvertían desde dentro; no al rechazarlas o transformarlas (eso también acontecía), sino mediante cien maneras de emplearlas al servicio de reglas, costumbres o convicciones ajenas a la colonización de la que no podían huir. [...] (Ibid. 1996, p. 38).

Aunque este ejercicio de “subvertir desde dentro”, entendido como táctica de la vida cotidiana, no se da ya en un contexto de colonialismo directo como el narrado, sí puede comprenderse desde una lógica de nuevo colonialismo mediante el cual, en sectores como Anapoima, La Mesa y similares, se está dando un proceso acelerado de urbanización del campo, con todas las consecuencias que esto trae: crecimiento exagerado del valor de la tierra, construcción en zonas de especial sensibilidad ecológica, contaminación de ríos y deforestación; pero especialmente, la presión indirecta al habitante rural para que venda sus tierras o se obligue a pagar altas tasas de impuestos de tipo predial.

Para don Jairo, mucha gente se está yendo del campo a las ciudades y, además,

[...] el gobierno no ayuda a arreglar un camino, una carretera, nada de nada; ni un viaje de recebo ni nada, y sí “suben”¹⁹ es a robar. Eso no es sino el arranque pa que salga la plata y ahí ya la roban. Mientras tanto la gente no tiene con qué vivir y tampoco trabajo.

Debido a esto, es que habitantes rurales como Jairo “trabajan artesanalmente -con la economía cultural dominante [...] para transformarla de acuerdo con sus intereses y sus reglas propias” (Ibid. 1996, p. XLIV). Es decir, que, mediante la autoconstrucción, que en este contexto puede entenderse como una práctica de la vida cotidiana, personas como Jairo o como Héctor, logran sobrevivir en un sector rural que conocen, pero que es invadido cada vez más por nuevos habitantes venidos de la ciudad. Mediante la

¹⁹ Con esta expresión don Jairo se refiere a los (as) que son elegidos como alcaldes, gobernadores y presidentes.

construcción y adecuación de sus propias casas, crean conexiones tácticas y simbólicas con ese mundo de los “ricos”, porque allí, entre otras cosas, hay posibilidades de empleo, pero al mismo tiempo, reafirman valores propios relacionados con su procedencia campesina y humilde. Construir en guadua para evitar el pago del permiso de construcción, es sólo una “esterilla” (sólo una parte) de una táctica más compleja que se construye artesanalmente y que, usando la metáfora de la “gualda”, incluye otros usos de ésta, como las preferencias estéticas y el discurso que conecta y desconecta al mismo tiempo con ese mundo invasor venido de la ciudad.

*

Finalmente, el tercer factor que influyó en don Jairo para hacer la casa de su hijo en guadua, se explica desde las preferencias estéticas. Para él, este tipo de construcciones permite levantar más fácilmente un segundo piso, tipo terraza o altillo. En este orden de ideas, Jairo en varias oportunidades, especialmente en la segunda y tercera vez que lo visité, pensaba que el motivo de mi investigación tenía que ver con las construcciones en guadua. Me preguntaba reiteradamente si yo ya había ido al puente de guadua que hay entrando a Bogotá por la calle 80, o si había visto por televisión un edificio “altísimo hecho solo de “gualda” que hicieron en Japón”. Jairo sentía mucho orgullo por su casa de guadua e incluso, hizo comentarios jocosos con respecto a unas lujosas casas que sus vecinos habían hecho recientemente a unos 150 metros del proyecto de autoconstrucción (ver figura 2-7):

Ese señor hizo esas tres casas pa él y su familia. Unos hermanos míos y yo le vendimos ese terreno²⁰. Ese man viene muy de vez en cuando por ahí; por ahí viene y echa trago. En esas casas de ellos no se puede subir a la terraza, porque, aunque parece terraza es teja, ahí cae el agua y va a las canales de desagüe. En cambio, en esta que estoy haciendo sí se puede estar en la terraza... ¡Allá si no pueden! (risas).

Don Jairo quiere dejar ese segundo piso como terraza, no como habitación. Él quiere que este sea un espacio que sirva como mirador, para poner una hamaca y “sentir el fresco”.

²⁰ Hace diez años el papá de don Jairo repartió la herencia y hace cuatro años murió. Un hermano de él ha vendido seis lotes de la finca familiar. Uno de ellos es al predio vecino al que se refiere Jairo.

Por tal motivo ese piso no va a tener paredes. “Si hubiera hecho la casa en material, no hubiera pensado hacerle esta terraza” comentó (ver figura 2-6). Aunque don Jairo en un primer momento se mostró muy entusiasmado con todo el proyecto de autoconstrucción, la última vez que lo visité lo noté pesimista debido a que no habían podido avanzar lo que hubieran querido y su emoción por la terraza que inicialmente le generaba orgullo, ahora le producía inquietudes, debido a que, “la casa nos salió como muy grande y ahora está como jodido terminarla porque ya no hay virusa (dinero)”



Figura 2-6: Terraza de la casa de guadua que construye don Jairo y su hijo. ¡Tiene una vista envidiable!



Figura 2-7: Casas o villas vecinas, construidas en 2016 en un lote que era de la familia de Jairo Correa.

3.2 “En vez de enterrar plata uno ahorra plata comprando retal”: bricolage como táctica de supervivencia

Tanto las ventanas que de a poco se han ido instalando en la nueva casa, como las tejas de zinc, han sido adquiridas de segunda mano. Las primeras, hacían parte de una vieja casona que derrumbaron en un sector cercano a la casa de Jairo. Cuenta él que era una casa enorme y muy bonita, pero ya vieja. Los dueños ahora están construyendo una más “moderna de esas que hacen ahora”. De esa demolición don Jairo y su hijo rescataron las ventanas y algunas puertas metálicas. Las tejas de zinc las han comprado igualmente a gente que almacena material sobrante de otras construcciones (ver figura 2-8).



Figura 2-8: En el centro de la imagen se ve una de las ventanas de “retal” ya empotrada. En la parte izquierda e inferior se pueden ver algunas tejas de zinc y una puerta en espera de ser acomodadas.

En la anterior imagen puede verse que las medidas estimadas para el proyecto de autoconstrucción deben ajustarse a los tamaños de los materiales de retal recolectados. Para este caso particular, las dos guaduas que sirven como columnas estructurales, debieron ajustarse al tamaño de la ventana. Igualmente, esta imagen da cuenta del aprovechamiento de la inclinación natural del terreno generando dos niveles distintos en el primer piso, a diferencia de la inmensa villa de Mesa de Yeguas que reseñábamos en el primer capítulo, en la cual, se enterraba una cantidad estrambótica de ladrillo y cemento para nivelar “a las malas” un terreno ya de por sí inclinado por quedar el pie de una pequeña loma.

Precisamente, de mi parte, ya conociendo dicha experiencia de construcción en Mesa de Yeguas, le pregunté a Jairo qué pensaba de la expresión “construir es enterrar plata” y le conté un poco del contexto y el caso particular en donde se dio la expresión. Al respecto don Jairo me contestó: “sí, esa expresión es cuento viejo, se refiere a enterrar plata en vano; es que a esa gente no le importa meterle tres mil millones de pesos ahí que se pierdan.

¡Es que allá en Mesa de Yeguas gastan mucha plata!”. Don Jairo, describe su camino de autoconstrucción como distinto al de las casas de la gente rica. En sus propias palabras:

[...] en vez de enterrar plata, uno ahorra plata comprando retal. Gasta uno un jornal, remachando, arreglando, pero me ahorro cuatrocientos mil pesos que eso sí, sirven mucho y uno los invierte en cemento, en esterilla. Esas ventanas de segunda nos la dieron en cincuenta mil pesos. Todo eso lo conseguimos en una quinta por allá abajo, bonita, bonita, que tumbaron pa construir una nueva.

La mirada de don Jairo con respecto al acto de construir como “enterrar plata”, constituye la contrapartida de la forma en que los “ricos” de Mesa de Yeguas le encargan a un arquitecto hacer sus villas. Allí, casi que no se escatima en gastos con tal que la mansión esté rápido y sea estéticamente “perfecta”. En cambio, en el caso particular de Jairo Correa, pero puede decirse que también del habitante rural que emprende la autoconstrucción o remodelación de su casa, prevalece el ahorro en el gasto y el aprovechamiento de todo tipo de material que pueda servir para el objetivo final. Y en este mismo sentido se marca una diferencia sustancial con respecto a los tiempos. Cuando fui con Emiliano a la obra de la villa en Mesa de Yeguas, él me contaba cómo, el dueño de la villa estaba presionando para tener la casa terminada y poderla disfrutar en las fiestas de navidad y año nuevo; no le interesaba cuánto había que pagar de más. En cambio, la experiencia de autoconstrucción de los campesinos, pero también de los sectores populares urbanos, suele extenderse en el tiempo por varios años; casi que se convierte en un proyecto familiar de toda la vida. Es por esto, que una de las hipótesis de este trabajo, intenta enmarcar la autoconstrucción como una práctica inmersa en la experiencia de la vida cotidiana. Se convierte en una táctica de supervivencia del día a día.

De facto, la construcción de la casa de don Jairo le da una solución práctica al asunto de la inclinación del terreno. Evita a toda costa enterrar material en vano. El asunto del gusto y la estética aquí es un problema que se va negociando en el camino, pero que tiene como premisa el ahorro económico, propio de la gente trabajadora. En efecto, la solución que da un “bricoleur” como don Jairo, en sus propias palabras, es la siguiente:

El baño queda a un nivel, sigue la cocina a otro nivel, sigue la pieza a otro nivel, la pieza grande ya es otro nivel con la pieza otra de allá del nieto grande. Con esto se ahorra mucho material [...] y la última se hizo grande arriba, para sacar el nivel del agua que viene bajando y se pega y se mete pa adentro, si queda muy hondo. La casa se comienza haciendo en el centro, se saca el nivel del centro y después comenzamos a bajarle.

De igual manera, Jairo, en varios momentos de nuestro encuentro hacía énfasis en cómo, en la medida en que iba construyendo, iba “inventando”, es decir, iba solucionando retos de la construcción, valiéndose de lo que tenía a la mano. No solamente con relación a los materiales de retal, sino en sus conocimientos empíricos; los suyos, pero también en la experiencia de su hijo como obrero de construcción:

Vea Jorge, por ejemplo, pa la escalera que da al altillo tengo estos dos palos. Esos vienen aquí, aquí van a quedar. Como la casa va a tener un tanque pequeño, de dos mil litros, entonces ese queda debajo de la escalera y por acá pasa la escalera [...] Lo que sí, es que el hijo dice de vez en cuando “hagamos esto así, hagámosle allá” y así. Uno va, así como a la golpa del caracol [...] (ver figura 2-9)

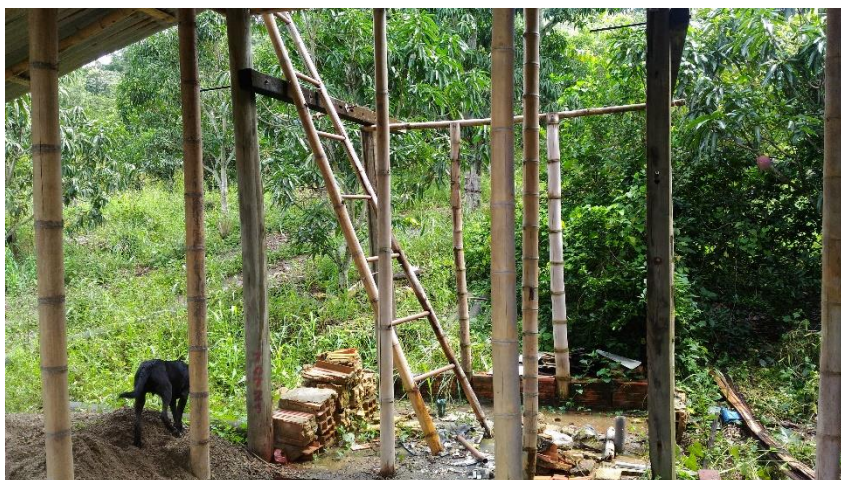


Figura 2-9: Don Jairo me explicaba que inicialmente aquí no iba a quedar la escalera para la terraza, pero se fue dando la posibilidad y probó con dos palos y calculó el lugar donde quedaría el tanque.

La finca de Jairo tiene en este momento tres espacios habitacionales: la casa de guadua que se está levantando, la casa donde vive actualmente Jairo, su hijo y su nieto, y la casa familiar

en donde los padres de don Jairo llegaron a vivir en los años setenta. Esa última casa está abandonada, pero funciona como habitación de “chécheres” y como espacio de recogimiento para algunas gallinas ponedoras. Las tres son muy diferentes, dos de ellas fueron proyectos de autoconstrucción familiar y la más antigua ya estaba cuando llegaron en 1974. Está hecha en bahareque, un material muy usado especialmente en el campo, que consta de guadua o palos entretnejidos y que se unen con una mezcla de tierra húmeda y paja. A algunas casas hechas de este material, se le realiza un proceso posterior de pañetado que ayuda a sellar y a mejorar estéticamente la fachada.

Vale la pena resaltar la relación que Jairo tiene con respecto a cada una de las tres casas. Si bien, ya habíamos dicho que era posible asumir la práctica de autoconstrucción como una táctica de supervivencia de la vida cotidiana, en el entendido que, tanto en sectores urbanos como rurales, los proyectos familiares de construcción de casas suelen extenderse casi que indefinidamente en el tiempo, la casa que habita actualmente don Jairo, ya hace varios años que no recibe ninguna clase de modificación o arreglo sustancial. Él prefiere gastar sus energías en la construcción de esta nueva casa de guadua. Ya hace veintisiete años que él construyó la casa donde vive y como él mismo dice, prefiere dejarla “quieta”: “así como quedó, dijo el fotógrafo. No pienso hacerle nada. Por ahí de pronto reemplazar las tejas y ya; pero eso no es modificarle nada” comenta.

Por su parte, la relación que guarda con la casa más antigua, la de sus padres, es de dejarla así, “quieta” como en la que él vive, pero sin ni siquiera hacerle arreglos mínimos, porque allí ya no vive nadie. A pesar de esto, don Jairo se animó a mostrármela brevemente y esto dio pie para contarme cómo y por qué llegaron a este predio (ver figuras 2-10, 11, 12). Su familia vivía en la vereda Las Mercedes, en Anapoima y en esa época, el INCORA (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) parceló una gran hacienda y convenció a treinta familias para que fueran allí. Eran seiscientas hectáreas en las cuales había tres grandes trapiches. La idea era que estas familias vivieran allí y se vincularan laboralmente en la elaboración de panela y otros productos. Al respecto, don Jairo narra:

[...] Uno se iba rotando en cada uno de los trapiches. Todo esto era llenito de caña, pero eso se acabó hace mucho tiempo. Eran potreros y potreros. Toda esta finca costó 81 mil

pesos, pero mi papá ganaba 18 pesos en el trapiche. Él tenía que pagar toda esa deuda, ¡imagínese, él tenía que pagar las cuotas y pagar todo, luchando, echando pa lante! Aunque el gobierno a través del INCORA ayudaba con vaquitas y con otras cosas, y no cobraba demasiados intereses.



Figura 2-10: Casa de bahareque a la que llegó la familia de don Jairo en 1974. Actualmente se usa para guardar “chécheres”.



Figura 2-11: Antiguo tanque que también estaba cuando llegó la familia de don Jairo. Tiene una capacidad para ocho mil litros, aunque ya no se utiliza. En la parte superior se alcanza a ver una marca que dice: “marzo de 1974”.



Figura 2-12: El interior de la casa más antigua. Guarda algunos “chécheres” que en cualquier momento pueden llegar a ser reutilizados.

El que don Jairo se refiera a la no modificación de la casa en la que habita, ni para agrandarla, ni para arreglarle nada, mediante la expresión: “dejarla quieta” (“como quedó, dijo el fotógrafo”), hace inferir que la casa, como objeto de estudio, debe ser abordada desde su dinamismo. Es decir, que si don Jairo le hubiera hecho cambios físicos a la casa donde vive actualmente, como remodelaciones, ampliaciones, arreglos y demás, y buscara explicitar este tipo de prácticas como una imagen antónima a la que recurrió inicialmente (“dejarla quieta”), hipotéticamente se acercaría a la idea de “mover la casa”, sacudirla, revolverla, reinventarla, entre otros adjetivos. Sin embargo, soy consciente que esto sucedería solamente en una situación ideal, porque a lo mejor, él hablaría más de cómo “arregló su rancho”, “le hizo otra pieza”, “le cambio las tejas”, “le metió plata” o la “remodeló para que fuera más moderna”.

Con todo, el asunto que busco resaltar, es la coincidencia que existe entre el lenguaje y la experiencia cotidiana de quien se relaciona con su casa, con la perspectiva de investigación que, desde la cultura material, busca estudiar a la casa y el hogar como un proceso dinámico y no como un fenómeno estático que responde a realidades simbólicas externas, o como un meta evento social. Aunque Miller (2001) plantea la necesidad de acercarse al estudio de la casa desde un dinamismo que implica cambio y movilidad social, esta última, para nuestro caso particular, no debería entenderse como un desclasamiento (en el sentido bourdiniano). Como una posibilidad inverosímil e ilusoria de alcanzar el nivel de vida y las condiciones económicas y culturales del estilo de vida del mundo de la riqueza. Se trata más de los movimientos sociales que se materializan en la casa, desde su autoconstrucción, modificación, remodelación y todo sentido que se le da a sus espacios privados. Existe movilidad social, si esta se piensa como el ejercicio mediante el cual los habitantes rurales (para sólo referirnos a este caso de estudio) resisten y construyen tácticas en la vida cotidiana, que les permite mejorar sus condiciones de vida, permanecer en sus territorios y mantener una conexión estratégica con ese mundo del derroche que ha ido llegando a su entorno vital. No se trata, entonces, de una mirada reduccionista que pretenda explicar estos fenómenos desde una lógica aspiracional tan básica como inexistente.

En este sentido, coincido más con la perspectiva investigativa de Clarke (2001) según la cual, la casa como fenómeno, debe estudiarse como un proceso histórico, social y cultural, y no tanto como un lugar que se constituye como un telón de fondo estático. Esto hace que el etnógrafo (a), incluso, puede hacer una especie de estratigrafía arqueológica de la cultura material de la casa, revisando, por ejemplo, las diferentes capas o estratos que se van superponiendo a lo largo de la historia de autoconstrucción: las demoliciones, cambios, remodelaciones, adecuaciones y ampliaciones que sufre la casa. Para el caso de las casas campesinas, en algunas de ellas, esta pesquisa es fácilmente perceptible porque se trata de casas que inicialmente fueron construidas en un material barato como la esterilla o el bahareque, pero siempre con la idea de ir “metiendo” de a poco, bloque, ladrillo y cemento. En el siguiente capítulo podremos ver más claramente este fenómeno, especialmente en el caso de don Manuel Cortez y su familia, en donde se entremezcla el dinamismo material, cultural, histórico y nuevamente, la lógica del bricolage.

Claude Lévi-Strauss (1962 [1997]), recurre a la figura del “bricoleur” para explicar el pensamiento “mítico” y diferenciarlo así del pensamiento “científico”. Utiliza la imagen ya conocida en Europa del “bricoleur”, para intentar desentrañar la manera compleja y aparentemente caótica en que los “salvajes” construían sus mitos, su cosmovisión y su propio lenguaje cotidiano.

El bricoleur es el que obra sin plan previo y con medios y procedimientos apartados de los usos tecnológicos normales. No opera con materias primas, sino ya elaboradas, con fragmentos de obras, con sobras y trozos [...] el bricoleur es el que trabaja con sus manos, utilizando medios desviados por comparación con los del hombre de arte (Lévi-Strauss, C., 1962 [1997], p. 35).

De esta definición, es llamativa la coincidencia con las experiencias de autoconstrucción que analizo. Especialmente, la parte que recuerda cómo Jairo, Héctor y Emiliano, se valen de residuos, materiales sobrantes de otras obras o de demoliciones, que compran a buen precio y reutilizan, o que sus patrones les donan para que los puedan utilizar en sus propias casas.

Aunque la imagen del “bricoleur” que usa el antropólogo francés, le sirve para explicar las particulares elaboraciones mentales del pensamiento mítico, es decir, un bricoleur del sentido, desde la perspectiva de la cultura material y concretamente en mi caso de estudio, puede afirmarse que el bricoleur de lo material, se entreteje con el bricoleur del sentido, haciéndose uno sólo. La manera en que se autoconstruye la casa familiar (reciclando, ahorrando, comparando y adaptando otras estéticas) está imbricada completamente con la manera de ver la vida y de construir el sentido de su existencia rural. Especialmente, de la forma de relacionarse con su entorno social y natural, que, para el caso de la zona de Anapoima y La Mesa, pasa por “responder a lo que se está haciendo, con lo que tiene o puede disponer” (Ibid., 1997, p. 36). O sea, la capacidad de hacer un bricolage de sentido que les permite producir un discurso en el que al mismo tiempo se presentan expresiones de admiración y respeto por los vecinos adinerados, pero también, rechazo, molestia y distanciamiento hacia estas formas de vida y prácticas culturales de ocio venidas de la

ciudad. Nuevamente en palabras de Lévi-Strauss, es el ejercicio de “expresarse con la ayuda de un repertorio cuya composición es heteróclita y que, aunque amplio, no obstante, es limitado; sin embargo, es preciso que se valga de él [...] porque no tiene ningún otro del que echar mano” (Ibid., 1997, p. 36).

En el *Pensamiento Salvaje* (1962 [1997]), también se hace énfasis en la dinámica de construcción y reconstrucción que opera el bricoleur, en lo material y en el sentido. Los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas se forman. Esa forma intelectual de bricolage que se manifiesta en la reflexión mítica, se puede ver transparentada en la creatividad con la que personas como Jairo, echa mano de lo que tiene y va resolviendo los problemas que le propone la casa que construye; pero más allá, es el lenguaje y las palabras que él usa para contar lo que hace y lo que piensa, lo que permite acercarnos a otras formas de conocimiento marcadas por la practicidad y la necesidad táctica de supervivencia. Asimismo, es propio de un “bricoleur” de la zona geográfica que estudio, conectarse al mundo de “los ricos”, construyendo y reconstruyendo sentidos y acciones que les permitan sacar el mejor provecho de las circunstancias inicialmente hostiles, como, por ejemplo, las afectaciones y la presión sobre el medio ambiente que ha generado la urbanización de lo rural, bajo dinámicas claras de gentrificación.

En la tercera visita que hice a la finca de don Jairo, él se quejaba de la falta de astucia de su hijo y el poco compromiso que había mostrado para continuar con la construcción de la casa de guadua. Me contaba que el hijo se había desacomodado por casi nueve semanas de trabajo que no le pagaron y para colmo de males, se había puesto a prestar un montón de cemento, que también se lo habían quedado debiendo. Jairo, me daba a entender que prácticamente no habían avanzado nada en la obra. Sin embargo, él mismo me invitó a que fuéramos a ver cómo iba todo y me pude cerciorar que sí había avances sustanciales. En especial, fue interesante ver que un “bricoleur” como don Jairo, le había dado solución al desnivel del terreno, mediante varias escaleras que conectan la cocina, los cuartos, la sala y el comedor (ver figura 2-13).



Figura 2-14: En un cuarto que será para uno de los nietos de don Jairo, se ven almacenados algunos de los materiales de construcción. La esterilla ya entretejida, la mezcla de cemento y arena, entre otros.

Figura 2-13: Solución dada al desnivel del terreno. Unas escalas hechas de bloques y ladrillos partidos que les vendieron más baratos. En el cuarto se puede ver las paredes de esterilla cubiertas por una mezcla de cemento y arena.

En el ejercicio de observación detallada que hice del proyecto de autoconstrucción adelantado por Jairo y su hijo, pude darme cuenta de que la materialidad está mediando en la configuración de los sentidos que se le dan a la vida familiar, la domesticidad, la vida privada y es decisiva en la configuración de las relaciones sociales que se gestan en el hogar y fuera de él. Desde la imagen del “bricoleur”, pueden entenderse la diversas “maniobras” que hace el autoconstructor para usar todo lo que tiene a la mano de una forma práctica, que le permite ir dando solución a los problemas que se van presentando durante el proyecto. Pero, más que eso, este bricolage, constituye una táctica de supervivencia y la posibilidad de quedarse en la tierra por más tiempo, ante las presiones para abandonar el campo que indirectamente se gestan desde diferentes frentes. Sin embargo, vale la pena aclarar que el autoconstructor aquí retratado, no sólo está operando en el corto plazo y desde la contingencia (táctica), sino también en el mediano y largo plazo (estrategia)

cuando, por ejemplo, decide vender fragmentos de su terreno a nuevos vecinos que construyen casas lujosas de descanso.

Personas como don Jairo, no son ajenas a estos incentivos perversos que se presentan para vender e irse. Al final de una de mis visitas, fui con don Jairo a la entrada de su predio, cerca de la carretera. Él quería mostrarme desde una perspectiva amplia, los límites de su finca y el sitio “bien arriba de la montaña”, donde esa mañana había estado limpiando y cortando maleza. Mientras veíamos el paisaje, Jairo se quejó por la larga temporada seca que estaban viviendo: “Si no llueve algoito estos días, esa cosecha de mangos se pierde”. Atribuyó este hecho a la contaminación: “Jorge, es que ahora casi no llueve por toda esa contaminación de las ciudades; ¡nos está perjudicando a todos nosotros!”. Y a lo último de la conversación que teníamos, Jairo se mostró un poco cansado, aburrido y frunciendo el ceño, dijo: “Ya por acá a uno no le da ni ganas de quedarse. Todo ahora es más caro y uno saca esos mangos y no le dan casi nada, y eso sí, toca partirse el lomo, hágale y hágale”.

A pesar de esto, sus opiniones sobre los nuevos vecinos, sobre la inversión inmobiliaria reciente y especialmente, sobre su proyecto de autoconstrucción de la casa de guadua para la familia de su hijo, dan cuenta de unas luchas diarias por no abandonar la tierra, mediante distintas tácticas del habitar y de supervivencia. Para Michel de Certeau, estas tácticas se pueden ver reflejadas en las “ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, las cuales, desembocan en una politización de las prácticas cotidianas” (de Certeau, Pescador & Giard, 2000, p. XLVIII). A la racionalidad económica, que en Anapoima y la Mesa se concretiza con las supuestas bondades de la inversión inmobiliaria y el “progreso económico para la región” (estrategia), personas como don Jairo, responden de manera calculada, desde la movilidad (táctica); metiéndose un poco al propio monte de la finca y construyendo una casa de guadua que quede un tanto oculta; que no se vea desde la carretera y que si llegase a ser descubierta por un funcionario público, pueda mantenerse en pie, porque ha sido construida en “guauda” (Ibid. 1996, p. L). Se trata de un movimiento calculado de corto espectro, o sea, sin la capacidad directa de intervenir. Asimismo, como parte de acciones de la vida cotidiana, la táctica de don Jairo está enmarcada en lo que Giddens (1994) llama “consciencia práctica”, la cual, requiere de una “constante vigilancia

de las partes involucradas [...]” y constituye “un artificio de continua protección (Giddens, 1994, p. 97).

Esta especie de jugarreta, en la que el tiempo es más importante que el lugar, constituye una de las características propias de las tácticas de supervivencia de los débiles. Para don Jairo, la construcción rápida de la casa puede ayudar a que no la vayan a cuestionar por no tener permisos de construcción en material, pero para otros como Héctor, Emiliano o Manuel, la táctica consiste más en hacer que sus proyectos de autoconstrucción se dilaten en el tiempo, mientras ven llegar decenas de proyectos de casas que se construyen en tiempo récord. Allí, las adaptaciones que hacen de estéticas urbanas presentes en las casas de sus patrones, se convierten en formas de mantener una conexión con este mundo tan odiado como admirado, pero finalmente, un mundo que se necesita para la supervivencia. Todos estos espacios interiores de la casa, donde se dan sentidos diversos a los lugares más privados y en donde la materialidad se fusiona con la idea de hogar y familia, es lo que veremos en detalle en capítulo III.



Figura 2-15: Perspectiva general del predio de don Jairo Correa. La casa que se ve, es donde él vive actualmente y que fue su proyecto de autoconstrucción hace veintisiete años. Detrás de los árboles que rodean su casa se encuentra semi oculta la casa de guadua que construye con su hijo. Desde aquí también pueden verse los límites de la finca, hacia la montaña.



Figura 2-16: Comparativo entre las dos casas: Desde esta perspectiva pude apreciarse cómo la casa de guadua autoconstruida, es una casa de “retazos”. Lo que don Jairo llama “retal”. Se puede ver en el color de los pedazos de tejas de zinc, en la mezcla de guadua, bloques y ventanas viejas. Pero, además, es una casa que parece inmersa en la misma vegetación que la circunda.



Figura 2-17: Comparativo entre las dos casas: Esta foto fue tomada desde la terraza de la casa de guadua. Es la casa de los vecinos “ricos” de don Jairo. A diferencia de la anterior, esta solamente tiene una palmera alrededor; toda la demás vegetación fue tumbada. Es una casa de un solo piso, pero nivelada a las malas: “enterrando plata”. De formas rectas bien establecidas y un color blanco, como el de muchas de casas de descanso que se han ido construyendo en el sector.

4. **“Yo esa cocina de mi patrón la veo y la copeo”:** adaptaciones estéticas de espacios domésticos desde la autoconstrucción

En el mundo de la vida doméstica, en esos pequeños o grandes espacios de la casa, la materialidad se hace poesía y la poesía se convierte en dinamismo. Los objetos cuentan historias, hablan y remiten a sentidos pasados y presentes; pero también, las personas le dan sentido a los “ámbitos” que habitan, desde los discursos, las gestualidades, las anécdotas, los proyectos y los deseos.

A lo largo de este capítulo, quizás más que en los anteriores, permitiré que el color de la imagen se manifieste, el instante retratado se exprese y la arbitrariedad del sentido emerja, porque la interpretación es y será siempre subjetiva y no por esto menos valiosa. Aquí, la sabiduría campesina del autoconstructor se vuelve recursividad, táctica, argucia e incluso truco. Veremos cómo la vida cotidiana se vuelve una poética de los oprimidos, en donde se hace justicia, poniendo trampas y engañando al estratega, únicamente para que la desigualdad no sea tan insultante; solamente, para mantenerse en el territorio por un poco más de tiempo.

Entre cocinas de leña y estufas de gas, exploraré las ocasiones en las que el carácter práctico se impone al estético y viceversa... porque no hay una sola tendencia. Mis generosos (as) colaboradoras (es) de investigación, nos llevarán a los detalles, aparentemente insignificantes, en donde se construyen baños, cocinas, habitaciones, muros, paredes y pisos, con retazos, retales y baldosas finas. Objetos llenos de color; otros más grisáceos y lúgubres. Materiales diversos, lisos y gruesos, que dibujan diversas escenas con una belleza que se sale de los cánones y que enaltece la pobreza. Este es un acercamiento básico a la belleza de la gente sencilla y sus casas universo.

4.1 “Cuando la casa sea de ladrillo se verá como esas de estilo moderno”

Héctor comenzó a levantar su casa hace ya tres años. Lo primero que hizo fue el techo y las paredes en guadua, luego el piso en mineral y por último hizo la cocina. En sus planes está continuar con el baño y el jardín exterior.

Héctor, como él mismo dice, le “jala a todo”; actualmente, en la finca donde trabaja le pagan el jornal, porque cuando había hecho contrato con el patrón salía desfavorecido, entonces prefirió cobrar lo que es por ley, correspondiente a un día de trabajo. Su mamá también trabaja allí y en otras casas del sector como empleada de servicio. Sobre el proceso de construcción de la casa y el porqué regresó a zona rural hace tres años luego de vivir en Bogotá por cinco años, Héctor comentaba,

Yo me vine de Bogotá para ayudarle a mi mamá, a arreglar la casa. Entonces, ya estoy es haciendo retoques, que es en lo que más se demora uno [...]. Yo me vine para yo hacer yo mismo los arreglos, porque uno paga un maestro, y le cobra ochenta o cien mil pesos el día. Y las cosas no las hacen como uno mismo las hace; en cambio, yo mismo hago mis cosas.

La casa que construye Héctor, según sus propios cálculos es de 9 X 6 metros. Tiene una distribución interior básica de tres cuartos y la sala-comedor y cocina, que queda en un solo espacio, únicamente dividido por el mesón. El baño queda en la parte de atrás y es independiente a la planta básica. También afuera, tienen una cocina de leña y un gran tanque para recoger agua lluvia. La casa fue terminada en su primera versión hace más o menos tres años (Ver figura 3-1). Héctor me comentaba que el montaje inicial fue rápido; por ahí unos tres meses. La “guauda” la trajo del corregimiento de La Virgen en Quipile Cundinamarca, de donde es oriundo. Allí vive su papá, quien les facilitó este material. “Allá mismo se cortó, se esterilló y se trajo ya lista”. Igual que como veíamos en capítulos anteriores con don Jairo, Héctor hizo énfasis en la necesidad de cortar la guadua en la madrugada y en menguante:

Cuando amanece, el agua de la guauda está en la pata; cuando sale el sol, esa agua sube. Cuando baja el sol, el agua vuelve y baja a la pata. Entonces uno la corta a la madrugada que la guauda está seca, cuando está sin nada de agua adentro y así no se le mete el gorgojo. Si usted la corta cuando está en creciente o digamos, ya amaneció, el líquido hace que se dañe más rápido. Se corta y se deja cortada. Se deja ahí unos días pa que escurra.

Héctor casi siempre habla de los próximos arreglos que le hará a la casa. Después de haber hecho la cocina quiere continuar con el baño, que actualmente funciona con paredes de costal y únicamente con el servicio de inodoro, que, a falta de acueducto, se usa como pozo séptico (Ver figura 3-2,3). Él dice que cuando pueda reunir un poco más de dinero, continuará con la construcción. Cuando lo visité por primera vez a comienzos de 2018, Héctor estaba haciéndole unos arreglos eléctricos a su patrón y en su casa estaba pañetando la cocina. Más o menos tres meses después, me contaba que estaba dedicado a los jardines de la finca donde trabaja y últimamente le había salido “boleo” como parrillero.



Figura 3-1: Casa autoconstruida por Héctor en un sector fronterizo entre Anapoima y La Mesa. La estructura general es en guadua, aunque hacia la montaña, por la parte trasera, los cuartos tienen pared en bloque. También pueden verse algunas cosas que hablan de la cotidianidad de esta familia: ropa colgando, una silla en el pórtico, la mascota, las plantas que prácticamente se entremezclan con la casa, la bicicleta de Héctor y demás.

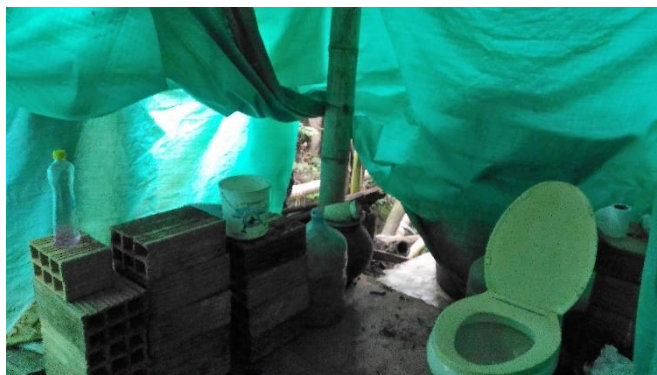


Figura 3-2: El interior del baño. Se puede ver algunos bloques de ladrillo que Héctor ha ido acumulando para la construcción del baño. Mientras tanto, sirven como soporte o mesa de algunos elementos sanitarios.

Figura 3-3: Vista exterior del baño. Es un espacio independiente de la casa (habitaciones, cocina, sala – comedor). En este momento tiene un recubrimiento de costal y una forma cuadrada. Al fondo de la imagen, se observa una lavadora inservible y un racimo de plátanos.

Una de las razones por las que la autoconstrucción en sectores campesinos y populares se dilata en el tiempo, es el alto valor de los materiales de construcción. Si se compran en Bogotá o Girardot, el viaje resulta muy caro; pero si se compran en Anapoima, los precios son muy altos, debido al tipo de construcciones que se hacen. Héctor se quejaba de esto:

[...] lo más caro cuando uno hace su casa, es el material. El concreto, la arena, el hierro que está carísimo también. Un metro de arena “guamuna” ya está valiendo ochenta y cinco mil pesos [...] La arena negra o guamuna se mezcla con el cemento y es más fuerte que la arena amarilla. Esa mezcla sirve pa pañetar, pa pegar bloque, para fundir placas... Sirve pa todo, totea menos y tiene mayor resistencia. La arena amarilla, cuando hay un temblor, cede; la negra no.



Figura 3-4: Habitación de la casa autoconstruida por Héctor con ayuda de sus mamá y de sus hermanas.

Gracias a Héctor y a su mamá, pude entender un poco más algunas diferencias de las técnicas de construcción “más antiguas”, como él les llama. El bahareque, por ejemplo “era sacar listones de guadua y una mezcla de barro de metía en esos listones, que no dejaban que se escurriera”. En cambio, la técnica de construcción en adobe, consistía en,

poner esterilla, así como está, pero por ambos lados; y el barro en el medio y se iba espichando y después la pañetaban. El barro que está en el medio, está espichado y cuando se seca queda como un muro de concreto. Lo pañetaban con mierda de vaca y le echaban cal por encima [...]

Cuando yo le expresaba a Héctor que la casa era más grande de lo que se veía desde la carretera, él me interrumpía varias veces y me preguntaba: - ¿Cómo se ve desde lejos? Como una casa vieja ¿no? [...], en seguida me explicaba que lo que daba esa apariencia (que a mí en particular no me producía tal sensación) era la esterilla. De todas formas, en su voz y su expresión se notaba un poco de vergüenza. Pero, inmediatamente, mutaba su semblante al explicarme cómo quedaría luego la casa, cuando cambiara la esterilla por “material”:

[...] la idea es que la casa, cuando ya esté hecha de material, no se vea como una casa antigua, sino como una casa, ya más como de estilo moderno. Ya cuando esté terminada va a ser: acá cuartos, acá sala - comedor, acá la cocina sin división, así como son las casas, digamos, las “quintas”, donde la cocina está ahí y usted está cocinando y usted está pendiente de un invitado que está en la sala [...] y no hay división como en las casas antiguas, en donde había un cuarto para la cocina, otro cuarto para el comedor, otro para la sala, acá no [...]

Ese estilo “moderno” al que se refiere Héctor, está relacionado con las casas “quintas” que han hecho en el sector y en especial, la casa donde recientemente ha trabajado. “Esas casas de ahora que casi no tienen divisiones por dentro”. Idea que Héctor llevó a su casa, pero que también se aprecia en la remodelación que hicieron don Manuel Cortes y doña Lucy, habitantes del corregimiento San Antonio, pero que no se encuentra en casas un poco más antiguas como la de don Teodolindo Páez, en el corregimiento de San Joaquín, muy cerca del casco urbano de La Mesa. (Ver figuras 3-5,6,7).



Figura 3-5: Perspectiva frontal de la casa construida por Héctor Méndez. Se ven las paredes de esterilla y el tejado de zinc. Al interior, se ve el sofá de la sala – comedor y al fondo se alcanza a ver parte del mesón de la cocina, que queda abierta a la zona social. A la izquierda, la pared de los tres cuartos que se disponen uno seguido del otro.



Figura 3-6: La cocina, también “abierta” y de estilo “moderno” como la que construyó Héctor. Manuel me contaba que esa idea provino de una familiar del Huila que tiene “gusto” y les propuso hacer la cocina así (...) El piso es también de mineral. Otros elementos a tener en cuenta en la imagen: El enchapado del mesón de la cocina y los muebles de la sala dispuestos en dirección a un televisor

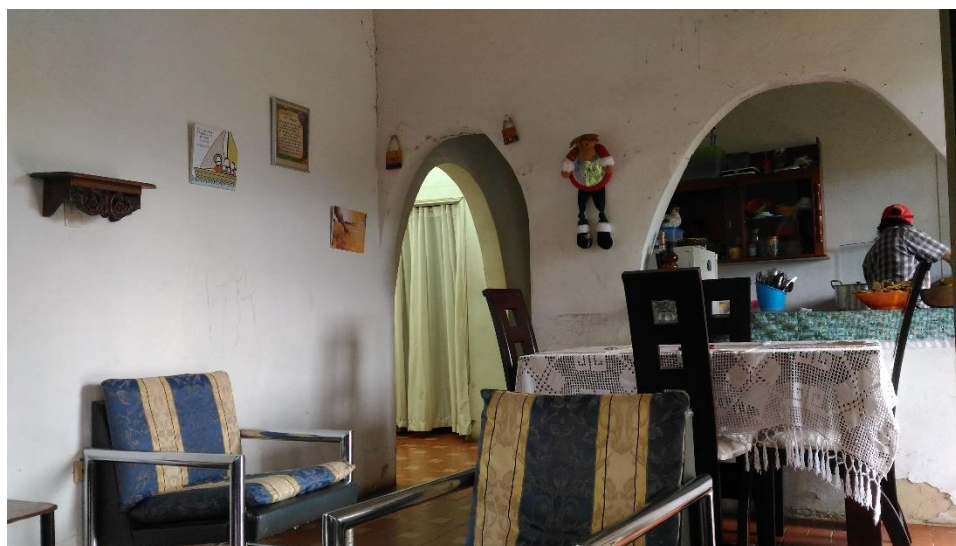


Figura 3-7: Interior de la casa de don Teodolindo Páez, en un corregimiento muy cerca de La Mesa – Cundinamarca. Es una casa que él construyó hace veinticinco años. Puede verse que, si bien, la idea de la cocina “abierta” y sin muros no se cumple, se da aquí una estética que estaba en boga hace unos años: las cocinas con ventanales que conectan al comedor y a la sala, Aquí, más que buscar que los invitados pudieran ver lo que se hace en la cocina (idea de Héctor), se quería que se pudiera pasar la comida directamente al comedor.

Precisamente, desde esa mirada de lo antiguo y lo moderno, Héctor contaba que en la casa de su abuelo había un entablado entre el muro de paredes y el techo. “Allí se solían guardar cosas y poner a secar el café; era como un ático. Ahora usted ya no ve por acá una casa con eso. Por acá ya no se necesita”. Quien tenía las llaves del entablado era el mandamás de la casa. Esta anécdota habla de la transformación vocacional de la tierra campesina, la cual, se materializa y expresa en realidades cotidianas como la casa, su construcción y remodelación. En el sector donde vive Héctor, ya no se cultiva casi nada para la venta en la plaza de mercado (que en Anapoima ya no existe). La mayoría de predios se usan como lugares de descanso. Contrario a esta realidad, Héctor, su mamá y su hermana, quienes se esfuerzan día a día por permanecer en el territorio, tienen varios cultivos de pan coger (y como dice doña Angelina: “pa los jugos”) en el pequeño lote de 1200 mts², donde está su casa. Aguacates, limones, mangos, naranjas, guayabas, plátano, entre otros. De hecho, es sorprendente cómo, en un espacio tan reducido, Héctor tiene sembrados tantos productos. Adicionalmente, doña Angelina y su familia tienen gallinas, pollos y dos pequeños loritos enseñados a caminar por toda la casa.

Así como don Jairo, de quien hacíamos un seguimiento en el proceso de construcción de la casa de guadua en el anterior capítulo, Héctor es también un aprendiz de construcción empírico y en cierta manera un “bricoleur”. Él cuenta, que cuando trabajaba en electricidad en algunas quintas y fincas, trabajaba muy cerca de los “rusos”²¹ y aprendía de ellos: “[...] yo miraba y lo que veía y no entendía, entonces yo preguntaba”. Por ejemplo, él había visto cómo se pañetaba, pero nunca antes lo había hecho. En enero, cuando lo visité por segunda vez en una semana, Héctor estaba a punto de comenzar a pañetar. De cierta forma, la autoconstrucción de su casa se había convertido en un proceso continuo de experimentación. Aunque con esto no se quiera inferir que el bricolage que se hace en la construcción surge de la nada. Precisamente, se parte de un conocimiento adquirido, así sea solo “viendo a los rusos”. Por lo tanto, la autoconstrucción, constituye también una práctica que implica el riesgo a fracasar, que en un contexto como el estudiado, puede llevar a una pérdida enorme de recursos

²¹ Expresión coloquial usada en Colombia para designar a los obreros de construcción.

económicos y la prolongación casi indefinida de los proyectos familiares de adecuación inmobiliaria.

Existe también un sentido de cuidado de las cosas que se hacen por sí mismo: “tener una casa hecha por las propias manos es distinto a la hora de cuidar las cosas. Porque usted sabe cuánto trabajo le costó y cuánta plata” dice Héctor. Cuando él hizo el piso de la casa, muchas veces le tocó quedarse despierto hasta las dos o tres de la mañana, esperando que se secase para poder echarle el mineral, que es lo que permite que el piso de cemento quede liso y pueda encerarse: “Cuando uno mismo construye, se cuidan más las cosas y a uno no le gustaría que alguien llegue a rayar el piso” concluye.

Y si bien, algunos de estos elementos que he resaltado de la experiencia de Héctor dan cuenta de procedimientos cotidianos mediante los cuales, personas como él y su familia “construyen” tácticas de supervivencia y de convivencia estratégica con esa otredad (los ricos), la relación, también cotidiana con sus iguales, es decir, con los colegas de Héctor que trabajan como “toderos”, eléctricos y albañiles, permite observar otro tipo de tácticas en las que el débil, se sale con la suya. Nuevamente, tácticas que como en el caso de la decisión de construir en guadua para saltarse el pago del permiso de la construcción (ver figura 3-8), pueden desviar la atención, hacia dilemas éticos que, en un marco normativo y cultural más amplio, se cuestionarían con dureza. Desde allí, no se podría exculpar de ninguna manera saltarse las normas o engañar, así se presente esto en contextos de marcadas desigualdades económicas, desempleo y pobreza. Veamos cómo Héctor narra de una manera muy natural, las argucias y trucos cotidianos de los que ha sido testigo en su medio laboral:

Yo aquí he escuchado de maestros de obra que hacen las cosas para que simplemente se vean bonitas por algún tiempo, mientras pasa la garantía. Apenas pasa la garantía, ellos ya saben que se daña [...] Y lo hacen porque ellos dicen que así los tienen que volver a llamar. A mi patrón le hicieron eso, y yo lo que arreglé allá fue por eso. ¡Había cortos por todos lados!, fugas de electricidad y un montón de cosas más.

Pero, ¿por qué tener esta mirada particular de un caso como el anterior, en el que se presenta una acción deliberada por engañar y de cierta manera, asaltar la confianza de otra

persona? Fundamentalmente, porque mi opción teórica busca privilegiar los acercamientos analíticos que miran con detalle las formas internas de las prácticas culturales, más que las reiteraciones estructurales, que darían pie, por ejemplo, a producir resultados estadísticos que ayuden a dar fuerza a hipótesis generales. Por el contrario, me interesa llamar la atención y poner de relieve, las pequeñas elaboraciones que se hacen en la cotidianidad y que, en ocasiones, son mucho más visibles desde una perspectiva de cultura material.

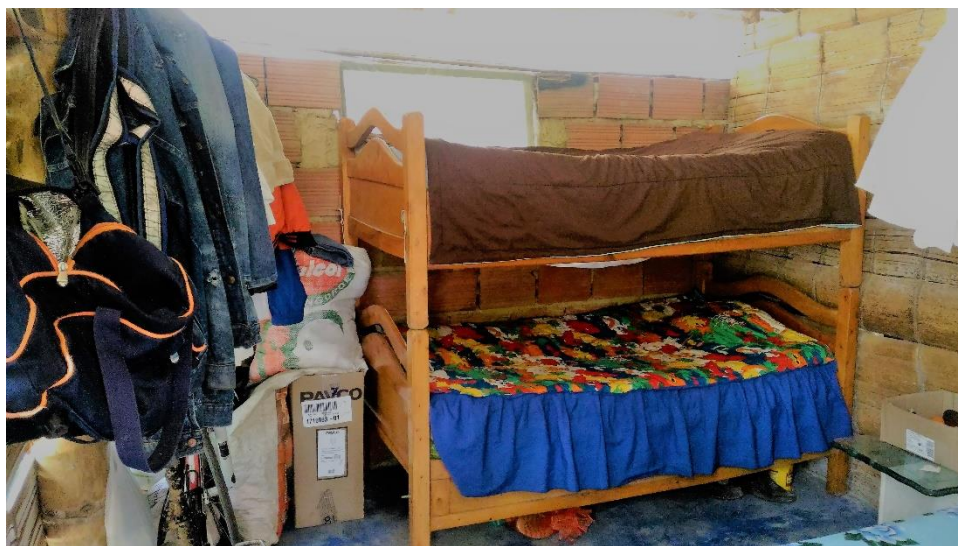


Figura 3-8: Fotografía de la habitación de Héctor. Aquí, se ve claramente la combinación de materiales de construcción de la que ya hablábamos e interpretábamos como una táctica para no pagar los costos del permiso de construcción: Bloque de ladrillo en las paredes hacia el exterior (montaña) y esterilla en las paredes internas que separan los cuartos.

Además, y no menos importante, considero que con el ejercicio que realizo, hago una opción política por las prácticas de resistencia que vienen “desde abajo”, e intento (siendo consciente de la dificultad que esto acarrea), respetar la manera particular en que se expresan las personas directamente implicadas, intentando compartir sus maneras de ver y situarse en el mundo. En otras palabras, hacer una etnografía de las prácticas cotidianas de resistencia.

Se trata de hacer un ejercicio de inmersión en una poética (crear, inventar, generar) de la vida cotidiana (Highmore, 2002, p. 154) más que en una sociología de la vida cotidiana, entendida esta desde su concepción disciplinar más clásica. Bien lo decía Tonny Bennet, aunque desde una postura crítica hacia el autor francés: “lo de De Certeau es una poética de los oprimidos”²² (Ibid., 2002, p. 154). Para De Certeau, esta poética implica un ejercicio de creatividad en la apropiación (Ibid., 2002, p. 148), en donde las personas no son simplemente receptoras pasivas e inertes de imposiciones de los sectores “poderosos”, sino que, al mismo tiempo, producen nuevos sentidos y tácticas de supervivencia. Esta creación nueva, como respuesta, es visible y audible; se da en el discurso, pero también en la materialidad y conlleva un “estilo” propio. En el caso que nos convoca, es la poética de la vida cotidiana que se materializa en la autoconstrucción de la casa familiar.

Regresando al caso narrado por Héctor, en donde los obreros de Anapoima hacen un cálculo para que lo arreglado se vuelva a deteriorar y así asegurar ser llamados nuevamente, habría varios aspectos a considerar. En primer lugar, llama la atención que Héctor contara la anécdota e inmediatamente marcara distancia del accionar de sus colegas. De hecho, él me comentó sobre este tipo de táctica, debido a que yo, en medio de la conversación informal que teníamos, le conté que mi mamá, quien vive en el casco urbano de Anapoima, había mandado a arreglar varias veces el sistema eléctrico de la casa y al cabo de uno o dos años, volvía a presentarse alguna fuga eléctrica, teniendo que repetir el ejercicio una y otra vez. Héctor me explicaba lo que podía estar sucediendo y quizá por la confianza que ya teníamos, no vio problema en “revelar” un secreto que más que “profesional” es a todas luces, táctico: un grupo de trabajadores de la zona que laboran como electricistas, maestros de obra, plomeros, entre otros oficios, no cuentan con estabilidad laboral alguna y confeccionan creativamente la forma en que lo que están “arreglando” logre un deterioro en un tiempo específico, para así, asegurarse un trabajo futuro.

En segundo lugar, Héctor, aunque se distanció éticamente del accionar de los otros obreros y fue enfático al afirmar que él sí realizaba los trabajos de mantenimiento de las

²² Traducción propia.

casas correctamente y a cabalidad, fue beneficiario indirecto del electricista que arregló intencionalmente a medias el sistema eléctrico de la casa de su patrón. Se trata pues, de una táctica de supervivencia colectiva, o solidaridades tácticas, que tienen una serie de conexiones rizomáticas que no responden a algún tipo de planeación previa, pero contiene una lógica que permite que haya un beneficio común. Es una trampa o un truco que le hacen los trabajadores locales a los “ricos” que vienen de la ciudad, pero que permite la ocupación laboral y la posibilidad de llevar comida a la casa. Es, desde otro punto de vista, una pequeña forma de venganza, -como otras tantas pequeñas tácticas- por la invasión del territorio que ha ocurrido desde hace un cuarto de siglo, legitimado por el discurso de la inversión, el desarrollo, el derecho a la propiedad privada y la generación de empleo. Finalmente, este engaño, funciona también como un mecanismo mediante el cual se logran equilibrar un poco las cargas, para que el abismo de la desigualdad social no sea tan profundo.

4.2 De la cocina de leña, a la cocina “moderna”

Héctor Méndez, comenzó a hacer la cocina de su casa a finales de 2017. Tomó la decisión de dejar la cocina abierta, hacia la sala-comedor y no separarla en un espacio cerrado e independiente. Su idea inicial era hacer la cocina integral y para esto, se valió de un material que su patrón le vendió, debido a que este había remodelado la cocina de la pequeña finca que él tiene a unos veinte minutos del rancho de Héctor:

[...] Esta madera era de la cocina donde yo trabajaba (me muestra los cajones de la cocina que está adecuando). Mi patrón cambió la cocina, sacó los muebles y yo se los compré. Entonces, yo hice el mesón a partir de las medidas que tenía la cocina de allá. ¡Y eso que yo nunca he sido “ruso”! [...] La cocina del patrón era igual en tamaño a esta que estoy haciendo, aunque allá como es grandísimo, el comedor y la cocina eran más grandes.

Más o menos se demoró tres meses en hacerla, construyéndola en sus tiempos libres y la inauguraron a mediados de febrero, coincidiendo con el cumpleaños de su mamá. A mediados de marzo en que nos volvimos a ver, la cocina ya estaba completamente pañetada, terminada y en funcionamiento. Héctor hacía una distinción entre la casa de su patrón en relación con la cocina y la cocina de su casa. Para él, la casa de su jefe es “lo que

llaman: estilo rústico; y la cocina como la estoy haciendo es de las que llaman integrales, creo”. Sin embargo, él manifiesta no saber mucho de eso de los nombres de las cocinas, o si son “americanas, o gringas o colombianas”. Héctor, de una manera práctica expresa: “Jorge, yo sólo las veo y las copeo”. Frase que expresa los mecanismos sencillos pero profundos mediante los cuales, personas como él realizan adaptaciones estéticas de ese mundo urbano y adinerado que llegó a perturbar, pero también a “inspirar” sus propios proyectos de autoconstrucción.

Empero, como veíamos en los capítulos anteriores, este tipo de adaptaciones no pueden explicarse desde una lógica de emulación o desde la añoranza de las formas de vida y las prácticas culturales del mundo “rico”. Ya revisábamos que, incluso, existe una exaltación de los propios valores, en la medida en que estos sectores campesinos y obreros son testigos del derroche de dinero que caracteriza la construcción, remodelación y uso, propio de las “quintas”, fincas y villas vecinas. Se presenta también, una operación práctica no planeada, mediante la cual el autoconstrutor, “bricoleur”, logra vivir, así sea momentáneamente, dentro de las estéticas propias de ese mundo, muy vinculadas a la idea fantasmagórica de la modernidad. Se admira este tipo de arquitecturas, se las “ve y se las copea”, como dice Héctor, porque gustan, pero también porque se hace imperativo mantener, de forma simbólica, un pie en estas casas construidas con estéticas urbanas y el otro en la casa y el espacio familiar propio, ya que de esto depende la supervivencia. Tener esta conexión, que se da en el plano de lo material, pero, obviamente, también atravesado por el contacto humano, permite tener a la otredad cerca y aprovechar cualquier descuido para acertar algunos golpes, que más que contundentes y definitivos, se conjugan como golpes de resistencia. Por ejemplo, el “truco” de los colegas de Héctor que él mismo explicaba, en el que se hacían arreglos locativos a medias, calculando un deterioro futuro que permitiera ser llamado nuevamente para trabajar.

Volviendo al tema de las cocinas “rústicas y modernas”, la oportunidad que tuvo Héctor para hacer la cocina de su casa se dio, gracias a que sus patrones hicieron una cocina nueva. Entonces, los muebles de la cocina “vieja”, fueron a dar a donde Héctor. Se los vendieron en un “gangazo”, por trescientos mil pesos, como él mismo cuenta:

[...] ¡los lujos que ellos usan! Por ejemplo, ya ellos no se conforman con una cocinita que, para uno, podría llegar a durar veinte o treinta años; ya ellos la tienen y a los tres años ya quieren cambiar porque hay algo diferente, entonces ellos generan mucho empleo en mano de obra [...] Una pintura en la casa de uno le dura tres o cuatro años; ellos por ahí tienen una reunioncita y luego ya mandan a pintar toda la casa. Y todo lo que va saliendo nuevo, ellos lo van poniendo.

Este tipo de percepciones de las prácticas propias y ajenas, llevan a tomar decisiones sobre cómo construir la cocina propia, qué materiales usar y el lugar de la casa donde quedará. No es lo mismo pensarse una cocina que va a ser remodelada en tres o cuatro años, como la de los patrones de Héctor, que planear y ejecutar la construcción de una cocina que pueda prestar un servicio por más de veinte años. Esto habla de la relación con la materialidad de la casa, pero también, con el territorio, el entorno, la comunidad, el sentido de pertenencia e incluso de la identidad propia, expresada como “nosotros los campesinos” o simplemente como “nosotros los pobres”. La gente llegada de afuera, muchas veces, luego de comprar o mandar construir una casa, quinta o villa, inmediatamente, piensa la manera de adquirir un mejor predio, sea allí cerca, en otra vereda o en otro pueblo. Difícilmente existe la expectativa de quedarse en el mismo lugar por más de diez o veinte años, convirtiéndose así en una población “flotante” que remodela cocinas, baños, piscinas o exteriores, no tanto para arraigarse a estos territorios, sino como forma de aumentar su estatus social y valorizar sus casas para venderlas a buen precio. En cambio, las familias locales “bregan” a autoconstruir o mejorar sus casas, porque luchan contra las fuerzas externas que, mediante normativas sobre impuestos, valorizaciones, uso de suelo, etc., desincentivan la posibilidad de quedarse en el campo.

Como puede verse, un autoconstructor como Héctor, no solamente calcula el uso de lo que se hace en unos veinte o más años, sino que está pendiente de cualquier oportunidad que le permita ahorrar dinero. Él, poco a poco va comprando material como arena y cemento y lo va almacenando. Sobre los costos de su proyecto, manifestaba: “Uno va viendo costos, por ejemplo, qué día estaba entre este mesón o el baño; pero como salió el gangazo de comprarle el mueble de la cocina al patrón [...]; si lo hubiera mandado a hacer, vale como tres millones de pesos”.

Sobre el diseño de la cocina, Héctor explicaba que en un primer momento él había pensado hacer la cocina tipo “americana”:

Inicialmente yo pensaba hacer la cocina tipo “americana”. Es decir, con el mesón en “L” hacia el otro lado, pero por el espacio lo hice así [...]. Porque cuando no es “americana”, quiere decir que desde la sala-comedor hay continuidad y se puede ver lo que se hace en la cocina.

La parte más corta de la “L” del mesón de la cocina, en un primer momento de la construcción parecía que funcionaría como barra tipo bar. Sin embargo, en el proyecto de Héctor, primó la practicidad y la necesidad de usar esta parte como mesón y la parte de abajo como mueble para guardar loza, ollas y mercado. De todas formas, la idea “moderna” de vincular el espacio de cocina con el espacio de la sala-comedor, fue una idea que estuvo al comienzo del diseño de la casa (ver figuras 3-9 et al).



Figura 3-9: La cocina en “L” e “integral” que construyó Héctor, en un 80% de avance. Puede observarse los bloques de ladrillo antes de pañetar. El mesón en cemento, algunos utensilios de cocina y comida. En la parte inferior derecha se alcanza a ver el lugar donde estaba la estufa. Aquí la nevera está ubicada en un espacio provisional. Como se alcanza a apreciar, efectivamente, este tipo de cocina “moderna” se encuentra abierta y no tiene ningún muro ni puerta que lo separe de la parte “social” de la casa.



Figura 3-10: La misma cocina, pero ya completamente terminada. Aquí ya no se ven los ladrillos de bloque, sino que está pañetada en su totalidad. Asimismo, el mesón en “L”, se enchapó y la estufa ya se ubicó en su lugar definitivo, así como la nevera. Encima del mesón se puede ver en el borde un purificador manual de agua, algunas frutas de sembrados que se tienen, utensilios de cocina, loza, alimentos, etc.



Figura 3-11: Otra perspectiva de la cocina. Acá se aprecian mejor los muebles que pertenecían al patrón de Héctor y que le vendió en un “gangazo”. También se ve con mayor detalle el grosor del mesón y la simbiosis que este hace con el material esterillado de la casa.



Figura 3-12: Aquí varios detalles: la estufa de gas empotrada en el mesón. En el instante de la foto, doña Angelina fritaba unos plátanos. En la parte de abajo, se ve el carácter práctico del uso de los espacios, en este caso, para guardar platos, ollas, y demás; se alcanza a ver el “esqueleto” de la obra (bloques de ladrillo). En la parte superior de la imagen, al lado de las toallas de papel, se aprecia la guadua que funciona como columna estructural de la casa y queda inserta en el mesón.



Figura 3-13: Una imagen muy colorida. Las puertas de los cajones superiores de la cocina integral que Héctor construyó en su casa. Allí puede verse la comida almacenada, como galletas, granos secos, arroz, café, harinas. También, vasos y pocillos. Al lado superior derecho, fuera de los cajones, cuelgan las bolsas de leche.

La ubicación de la cocina en casas rurales como esta, no sólo responde a criterios estéticos. Doña Angelina cuenta que antes en el campo “la cocina quedaba fuera de la casa, porque se cocinaba con leña”. Ahora, el uso de gas propano permite insertar la cocina a espacios interiores. Sin embargo, ellos tienen también una cocina de leña que construyó Héctor y que usan fundamentalmente para hervir el agua lluvia que recolectan y hacerla consumible (ver figuras 3-14,15,16). No hay otra opción, hasta esta vereda aún no ha llegado el acueducto y comprar garrafones o bolsas de agua potable no es posible para este tipo de familias. Situación que habla de las terribles disparidades presentes en esta región. Las grandes fincas y casa quintas vecinas de la casa de Angelina y Héctor, las adecuan con enormes tanques de agua subterráneo que ellos pueden llenar cada cierto tiempo.



Figura 3-14: Cocina de leña de la familia de Héctor Méndez, ubicada en el exterior de la casa. Él mismo la construyó y la usan a diario, especialmente para hervir agua lluvia, debido a que hasta esta parte de la vereda aún no hay redes de acueducto. En esta fotografía, tomada a comienzos de 2018, puede verse que falta por hacer el tubo de salida del humo, que es lo que permite que la llama de la estufa no se extinga. En la parte superior de la imagen se aprecia una pequeña parte del complejo mecanismo de recolección de aguas lluvias.



Figura 3-15: La misma cocina de leña terminada de construir, ya con el tubo que permite que la llama principal no se apague y que se proyecta en diagonal hacia arriba. Fotografía tomada en el mes de marzo de 2018.

*

A diferencia de la cocina construida por Héctor, la de don Manuel Cortes y su esposa Lucy se hizo dentro de la remodelación de la casa, después de más de treinta años de habitada desde que se casaron. Sin embargo, el predio en el que se encuentran, tiene más de cincuenta años y la casa inicial, que fue derribada; era de la familia de Lucy Sánchez; respecto a esto, ella comentaba: “Era simplemente una chocita hecha de paroy, que es como un papel... como un cartón, pero grueso”²³. La ampliación no sólo fue de la cocina, sino también, de la sala de televisión. Estas reformas se hicieron en semana santa de 2017 y don Manuel participó de la construcción junto con algunos familiares y un maestro de obra que tuvo que contratar. El proyecto de mejora, tuvo como principal objetivo agrandar algunos espacios de la casa y para esto, se construyó un muro que sería también el frente de la casa con su correspondiente portón de entrada (Ver figuras 3-16,17, 18).

²³ Las casas construidas en “paroy”, estructuralmente son más básicas que la esterilla. Es un material más liviano. En los años sesenta y setenta se usó mucho en los barrios más humildes. Eran las famosas “casas de cartón”, aunque estrictamente, el paroy no es un simple cartón y blinda contra la humedad.



Figura 3-16: Fotografía extraída de un video corto que me compartió don Manuel Cortes, que retrata el momento en que construían el muro de la casa. Don Manuel es quien está sacando tierra con la pala. La persona de amarillo es el maestro de obra que se contrató para la obra. Nótese en la parte superior de la imagen, las polisombras negras recogidas, que era el material utilizado antes del muro para demarcar la propiedad.



Figura 3-17: En esta fotografía, también proporcionada por don Manuel, se ve el muro en “material” ya terminado y pañetado. El televisor, posteriormente sería colgado en la pared. De hecho, puede notarse que la conexión de toma corriente fue instalada en una parte alta, pensando en tal fin.



Figura 3-18: Vista frontal de la casa de don Manuel y doña Lucy. Desde esta perspectiva se aprecia el muro ya terminado. Hacia afuera de la casa se dejó con el bloque a la vista. La pequeña ventana es la de la cocina y el portón funciona para personas y para ingresar las motos.

Don Manuel y doña Lucy coinciden en que la decisión de cómo quedaría la cocina, en términos de diseño, la tomaron entre todos los miembros de la familia. “Lo primero que se pensó es que la cocina estaba muy pequeña y era necesario ampliarla”, comenta la señora Lucy. Pero, cuando les pregunté por la razón de que ésta quedara abierta hacia la sala sin ningún tipo de división, Manuel contó que fue una recomendación de una hermana de él que vive en Neiva: [...] mi hermana me recomendó. Está la sala acá, ¿cierto? [...] colocan los platos ahí en el mesón y van sirviendo. Aunque finalmente la cocina quedó abierta por influjo de la hermana de Manuel, inicialmente ellos pensaron en construirla cerrada, especialmente para proteger la comida de los gatos y las gallinas, debido a que la parte trasera de la casa se encuentra cubierta únicamente con una polisombra que colinda con la quebrada La Zorra que algunos kilómetros más adelante, desemboca en el río Apulo, lo que hace que puedan pasarse muchos animales a la zona privada de la casa (ver figura 3-19).



Figura 3-19: La cocina abierta de doña Lucy y don Manuel no se conecta inmediatamente con el comedor, sino con la sala, que, por cómo está dispuesta, funciona como sitio de reunión para ver la TV. En el mesón se alcanzan a ver algunos utensilios de cocina y una planta. La loza se guarda en varias partes, porque a diferencia de la cocina que hizo Héctor Méndez, esta carece de muebles y cajones.

A pesar del criterio práctico de hacer la cocina cerrada, para protegerla de los animales, primó en ellos un criterio estético. Se prefirió que quedara una cocina abierta, amplia y con mesón, aunque este último no se utilice actualmente como mesa de comida: “Ahí hay que colocar tres sillas de esas altas”, comentó Manuel. Para doña Lucy, a este tipo de cocinas abiertas se les llama “cocinas campestres” porque “son como de finca”; don Manuel le da la razón a la opinión de su esposa y adiciona:

Mi hermana vio una cocina así en una finca, entonces decidió hacerla en su casa igualita.

En la casa de mi hermana quedaba bien porque es abierta la casa [...] ella tiene una foto del mesón de esa finca; es una finca de los ricos [...]

El enchape con el que está hecho el mesón de la cocina, fue material que le sobró a la hermana de don Tulio, luego de hacer su propia cocina. “Ella tiene muchos más recursos que nosotros, nos regaló ese enchape [...] ¡un día yo pregunté y es caro! El resto del material de la cocina sí lo compramos nosotros” (ver figura 3-20)



Figura 3-20: Parte posterior de la cocina de la familia Cortes. En ausencia de muebles (cocina “integral”) se utiliza una cortina para no dejar a la vista las ollas y demás utensilios. El enchape de encima del mesón fue obsequiado por la hermana de Manuel.

*

Es llamativo que, en los casos revisados, los habitantes de la casa autoconstruida o remodelada, recurren a imágenes situacionales o contextuales, para explicar la función o la razón de ser de la forma y estética de los diferentes espacios domésticos. En este caso, para justificar la disposición abierta de la cocina, a la que se le pueden dar diferentes nombres: cocina campestre, americana, moderna, etcétera. Tanto Héctor, como Manuel y Lucy, describen una situación específica: “Está la sala acá, ¿cierto? [...] colocan los platos ahí en el mesón y van sirviendo”. Por su parte, Héctor, resalta el hecho de que, en medio de una visita, los invitados pueden ver lo que se está haciendo en la cocina y al mismo tiempo, quien está en la cocina puede estar pendiente de lo que necesiten los invitados que estén en la sala – comedor. Con estos ejemplos, quiero resaltar que un lugar dentro de la casa, no se describe o explica simplemente por la función que pueda cumplir, sino por las situaciones específicas que se producen allí, “por los tipos de relaciones que allí se establecen y que deben establecerse y los principios que las deben guiar” (Pedraza Gómez, 2011, p. 98).

Zandra Pedraza (2011) en una relectura crítica de la Urbanidad de Carreño y otras obras de similares características, prefiere llamar “ámbitos” a dichos espacios domésticos, porque estos van más allá de los lugares físicos. Por ejemplo, dependiendo la situación, la casa puede convertirse en un ámbito íntimo, familiar o social; “no es tanto el lugar, cuanto la ocasión lo que determina la calidad de los asistentes y el comportamiento pertinente” (Ibid., 2011, p. 98). Fijémonos en la disposición espacial de la sala de la casa de la familia de doña Lucy y don Manuel (ver figura 3-19). El hecho que las sillas estén ubicadas en dirección hacia el televisor, hace que este ámbito esté pensado, en comienzo, para los ratos de ocio que se pueden disfrutar solo o en familia. Sin embargo, este tipo de actividad, que se puede hacer también mientras se almuerza o se cena, está abierto a algún invitado externo a la familia que sea convidado a ver un partido de fútbol, una película o una telenovela. Esta sala sería entonces un espacio dentro del ámbito familiar, pero con apertura social y directamente vinculado al consumo de alimentos por su cercanía con el ámbito íntimo de la cocina tipo “campestre”.

La estética propia de estas cocinas que hemos reseñado, da cuenta de una evolución²⁴ en la concepción de este ámbito doméstico. Se trata de un espacio dentro de la casa en el cual se hace manipulación cotidiana de alimentos, casi siempre dentro de la cultura campesina y obrera, a cargo de la mujer. Es pues un ámbito culturalmente femenino, pero que con el pasar de los años y el influjo de todas estas estéticas urbanas, ha comenzado a masculinizarse, al menos simbólicamente. Me explico: como ámbito, desde el patriarcado, el espacio de la mujer en la casa se ha limitado y circunscrito a la cocina. De hecho, varios adagios populares, legitiman esta posición dentro del hogar: “los hombres en la cocina huelen a caca de gallina” o “los hombres y las gallinas, poco tiempo en la cocina”. Ahora, este espacio se masculiniza, pero no tanto porque se hayan modificado significativamente los roles domésticos, sino porque emerge una arista “social” para la cocina. En efecto, el hecho de que sean hombres quienes me expliquen el porqué de la cocina abierta y la función del mesón, y al hacerlo, den como ejemplo, las visitas a la casa que se “atienden” en la sala y el comedor y de cómo con la cocina de estas características se puede estar

²⁴ Con la palabra “evolución” me refiero a “cambio”, no a la idea de progreso.

pendiente de los invitados, demuestra una extensión funcional y situacional de la cocina, hacia un espacio-ámbito (la sala-comedor) utilizado comúnmente para unir el contexto social con lo público, generalmente vinculado a lo masculino. “Al salir de su habitación la mujer está expuesta y siempre dispuesta a atender a los demás” (Ibid., 2011, p. 101). Sigue siendo la mujer (mamá, esposa, hermana, hija) quien cocina y sirve al mesón tipo “americano” para atender las visitas.

Con lo dicho, puede afirmarse que los “ámbitos” dentro de la casa, no son exclusivamente espacios íntimos desligados de las realidades sociales externas, por más privados que parezcan. Por el contrario, y siguiendo la propuesta epistemológica de Zandra Pedraza, el hogar “[...] es antes bien, un espacio de preparación para la vida social” (Ibid., 2011, p. 99). Más aún, desde esta perspectiva ella afirma que “la vida familiar es el ideal de la vida burguesa” (Ibid., 2011, p. 101). Tesis, que desde los casos abordados en esta investigación puede aceptarse, desde el punto de vista de los ideales estéticos de la vida burguesa (para mis informantes el mundo de los “ricos”) desde los cuales se sienten movidos a adaptar “ideas” de esas “cocinas modernas” de las fincas que no van solas, sino que incluyen prácticas culturales cotidianas. Sin embargo, como ya veíamos anteriormente, existe en los campesinos de esta región, una ambivalencia en su mirada de esas formas de vida venidas de las ciudades. Hay un rechazo y fastidio implícito y explícito por todas las consecuencias que ha traído la construcción de condominios en este sector, pero también un sentimiento de orgullo y admiración, por conocer y compartir en algún momento con estas personas, especialmente las más adineradas y reconocidas en el ámbito de lo público. Admiración que en algunas ocasiones se materializa, mediante la construcción de sus propias casas, trayendo ideas de esas casas de “ricos”.

5. Ensayo fotográfico: colección de algunas imágenes de la vida doméstica

En esta última parte de la tesis, hago una apuesta por otorgarle una mayor fuerza a la imagen, condensando varias de las fotografías que tomé durante las temporadas de campo de esta investigación. Me gustaría que el lector de esta tesis recorra intuitivamente esta colección de figuras e intente enfocarse en los detalles y secretos que guardan. Hacer el ejercicio de ver más allá de lo evidente, no porque las fotografías evoquen algún tipo de realidad metafísica o sean símbolo de estructuras precedentes, sino porque cuando nos centramos en los detalles y nos esforzamos por describir densamente los fenómenos culturales (en este caso, capturados en una “instantánea”), como propone Geertz, pueden emerger los sentidos últimos y las formas poéticas (De Certeau) de las experiencias cotidianas de la gente del común. La propuesta consiste en que el lector haga un recorrido libre por estas imágenes e intente elaborar sus propias interpretaciones, se haga consciente de lo que siente y le evoca el verlas, las relacione con lo ya leído en el documento y profundice en los sentidos que, para los campesinos, protagonistas de esta tesis, tienen los objetos, situaciones, materiales y espacios condensados en estas figuras.

Así mismo, puede ser valioso para el lector, preguntarse por el interés que como investigador tuve al privilegiar las fotos de unos objetos y no de otros, así como de ciertos espacios domésticos en particular. De las fotos hechas también valdría la pena cuestionar los enfoques, las distancias e incluso las ediciones posteriores. La invitación es, entonces, a dejarse interpelar por la sucesión de imágenes arbitrariamente escogidas y organizadas. De mi parte, haré un aporte descriptivo e interpretativo de esta colección que ojalá pueda ser leído, después de dejar que las imágenes, como objeto histórico y testimonial, hablen por sí solas.



Figura 3-21: La sala de don Teodolindo Páez, en su casa que él construyó hace veinticinco años. El piso, según él, para su época era de los más baratos, pero ha perdurado hasta ahora sin mayor deterioro. Se puede apreciar una chimenea “falsa” de icopor, que fue usada para decorar la navidad pasada, pero que decidieron dejar, para los juegos de una de las nietas de Teodolindo. Esta idea de la chimenea, claramente remite a la figura de “Papá Noel” aunque también podría indicar “ciertas aspiraciones pequeños burguesas” (Perrot, 2011, p. 226).

La pequeña silla rosa que hay encima del sofá, hace pensar que en la casa habita un niño o niña; si me guio por las construcciones sociales sobre el género, podría apostar que se trata de alguna nieta de Teodolindo.



Figura 3-22: Mireya es una chica de 16 años con un hijo de 3 meses. Ella cuida de él y de sus hermanitos, mientras su mamá trabaja. Esta es una casa que no fue autoconstruida, sino que fue asignada por la fundación CEMEX. Los muebles de la sala hablan de una trayectoria de vida difícil (Ibid., 2011, p. 225), por el desgaste, los rotos y por el material, uno pensaría que estos fueron regalados, ya que en este sitio el promedio de temperatura es 30° centígrados y no se suelen usar estos muebles tan gruesos y en cuero. El piso es de cemento, sin ningún tipo de proceso posterior, como echarle mineral. La cuna en la sala, da cuenta de lo pequeño de estas casas donadas por fundaciones o por el Estado.

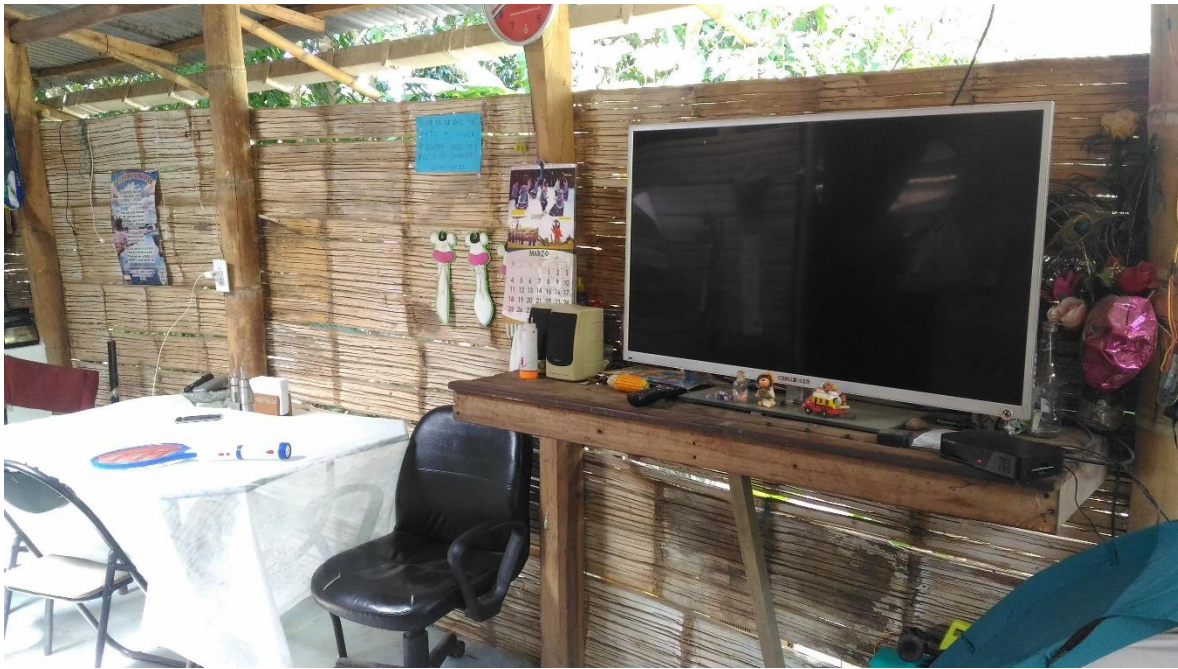


Figura 3-23: Esta es una imagen que me gusta mucho. Bella y colorida. Me parece que expresa un montón de sentimientos y sentidos de lo que implica pertenecer a sectores populares de la población. En la foto quise resaltar la figura del televisor, en la sala comedor de la casa autoconstruida por Héctor, debido a que en varias casas que visité, ese artefacto tiene gran protagonismo en la vida cotidiana y doméstica. Se puede ver que Héctor elaboró un mueble especial para empotrar el TV. Por las características que se ven, podría afirmarse que este, no es un televisor “barato”; puede pasar del millón de pesos. Su imponente presencia contrasta con la humildad del resto del mobiliario. Este espacio habla de las actividades de ocio dentro del hogar y de su importancia. No es una gran revelación que en este tipo de población trabajadora, campesina y joven (como Héctor y su hermana) privilegia actividades como ver películas, telenovelas, deporte, etc., en la TV, por encima de otras como leer o hacer deporte.

En el espacio del comedor se ven tres sillas, cada una de diferentes características, lo que infiere un carácter práctico y el aprovechamiento de todos los recursos posibles y disponibles, por encima de criterios estéticos que privilegien la armonía. Los maderos o guaduas de la estructura y la pared de esterilla son aprovechados para colgar almanagues, decoración de todo tipo y mensajes bíblicos (doña Angelina acude con asiduidad a los Testigos de Jehová).



Figura 3-24: Esta fotografía es de la casa de don Jairo, mi amigo constructor de la casa de “gaudua” (ver, capítulo II). Él la construyó junto con su papá hace ya más de tres décadas. Es un concepto más clásico de casa campesina, que no importa estéticas urbanas. Aquí la sala y el comedor quedan fuera del espacio de los dormitorios y de la cocina, en parte, debido al clima cálido de esta región. Esto hace que este espacio haga parte más de un ámbito social y público que íntimo y familiar. Don Jairo es una persona que pasa la mayor parte de su tiempo solo y creo que esto se ve reflejado en las canastas de mangos (que él mismo cosecha) encima del sofá y en la ropa extendida. La pared muestra síntomas de vejez y abandono. En efecto, como veíamos anteriormente, don Jairo optó por no hacer arreglos ni modificaciones en su casa, después de que su esposa lo abandonara: “Como quedó dijo el fotógrafo”.

El morral azul, junto con el cuaderno, el lapicero y un mango obsequiado por don Jairo, muestra la irrupción del etnógrafo curioso que hace preguntas extrañas sobre construcción de casas y otras cosas raras.



Figura 3-25: El comedor de la casa de doña Lucy y don Manuel. Un mantel navideño resalta y se debe a que dos meses antes de tomada la foto se celebraba esta fecha festiva. La diferencia del color de la mesa y las sillas, nuevamente habla de la recursividad para “armar” el mobiliario de los diferentes espacios domésticos, con lo que haya a la mano (bricolage y táctica), por encima de criterios estéticos. Encima de las sillas, alguna ropa secándose o lista para lavar o guardar. En la parte inferior izquierda de la imagen, se alcanzan a ver algunas baldosas, que transmiten ese carácter permanente de construir y mejorar la casa, que lo termina volviendo una práctica de la vida cotidiana.

A la derecha de la imagen, se disponen varias canecas amarillas que bien podrían servir para almacenar agua, debido a la grave situación que se presenta en Anapoima y la Mesa por la falta de agua potable. Por último, puede verse el uso recursivo y práctico de costal, plástico, polisombras y teja de asbesto, para cerrar la parte de atrás de la casa que aún no cuenta con muro, aunque la naturaleza y sus plantas se hacen uno con la cultura material.



Figura 3-26: Esta imagen me gusta mucho, si bien no fue tomada en una casa autoconstruida. Es la casa de Mireya, de quien ya se había descrito la sala. En la corta charla que tuve con ella, me contaba que su mamá optó por mandar hacer esta cocina, debido a que la que entregaba la fundación que les regaló la casa, era muy pequeña e incómoda. Aquí se aprecia que fue hecha en bloque de ladrillo y se dejó una pequeña ventana de ventilación.

Bien diría Michell Perrot (2011), la casa puede llegar a ser “la vida en medio del desorden” (Perrot, 2011, p. 203). En la fotografía a mi juicio hay un equilibrio disfuncional que mezcla artefactos y objetos de todo tipo que se tocan, se relacionan entre sí desordenadamente y sin armonía, pero que parecen hacer valer y defender cada uno de los lugares que ocupan. Los cepillos de dientes y la crema dental dentro de un tarrito (como mínimo viven cinco personas en esta casa); el equipo de sonido, cuyo bafle sirve como base del casco de la moto, el afiche institucional con ilustraciones que marcan un deber ser moral para estas familias de recursos económicos reducidos; cuadros viejos que sirven como soporte de un espejo; un comedor de madera muy básico que parece no ser usado para el consumo de alimentos; bicicletas arrumadas que dan cuenta de la presencia de niños y niñas; y finalmente un botiquín destartado que tiene una cuerda roja que lo rodea, como para evitar que caigan sus puertas. Todo esto, un desorden que, a pesar de todo, denota vida y dinamismo social.



Figura 3-27: Esta fotografía la tomé antes de despedirme de doña Inés. Le pregunté si podía tomar una panorámica y ella no vio problema. La señora Inés tiene 80 años de edad y la postura corporal en esta imagen, expresa la soledad y el dolor que me compartió durante nuestra conversación. Ella tuvo once hijos, pero ahora está sola, aunque dos de ellos viven a unos 100 y 200 metros en la misma finca. Esta casa la construyó su esposo y un maestro de obra en 1986, porque el rancho que tenían era muy pequeño, esa con techo de palma “y se le empezaba a meter el agua cuando llovía”.

En la figura puede verse material de “retazo” de todo tipo: tejas, viejas sillas, partes de camas, ladrillo, plástico, palos, tejas. Todos estos, objetos que en algún momento podrían servir para algo en la casa. La disposición de los espacios de la casa es básica y adaptada al clima cálido, por esto, el comedor está en medio de los dos cuartos de la casa y en un espacio abierto y fresco.



Figura 3-28: “La habitación es un modelo reducido del mundo” (Perrot, 2011, p. 14). Esta afirmación de la autora de *Historia de las Alcobas*, se ajusta muy bien a esta fotografía. Obviamente, desde un ejercicio más invasivo de la privacidad de Angelina, podrían descubrirse un sinfín de recuerdos, detalles, objetos guardados en cajas, debajo de la cama, colgados, almacenados y visibles, que darían cuenta de su “cosmovisión”. Sin embargo, esta instantánea da cuenta de muchos detalles que vale la pena resaltar: de los tres cuartos de esta casa construida por su hijo Héctor, esta es la única con cama doble; las otras tienen camarotes. La cama está cubierta con una cobija de lana que hace de “cubre lecho”. En el mueble principal hay una amalgama de objetos de todo tipo: objetos de aseo y cosmética personal, tarros de galletas y whiskey que sirven para guardar cosas, libros, cajas, partes de electrodomésticos, bolsas con objetos guardados, etc. Al momento de tomar la foto, este era el cuarto mejor organizado, los de Héctor y sus hermanos eran más “habitaciones bodega”.

En las tres habitaciones de esta casa no hay closet; la ropa se cuelga en una cuerda dispuesta para esto y queda a la vista. Asimismo, es indispensable dormir con toldillo para la protección de los zancudos y demás insectos; la ubicación rural de esta casa y el clima hacen que este tipo de objetos sean indispensables para la vida diaria.



Figura 3-30: “La habitación es el testigo, la guarida, el refugio, el envoltorio de los cuerpos durmientes [...]” (Perrot, 2011, p. 15). Esta es la habitación de Héctor, el querido joven autoconstrutor que me abrió las puertas de su casa, de su refugio. Siguiendo la imagen que propone Perrot, esta es su guarida; y en consonancia con la propuesta de Michel de Certeau, es lugar móvil (no fija como la lógica de la estrategia) desde donde el oprimido lanza sus golpes tácticos. Empero, como veíamos, la propia dinámica material de la autoconstrucción se constituye en táctica de supervivencia.

El cuarto de Héctor, como lo muestra la fotografía, es sitio de descanso, pero también de almacenamiento de objetos domésticos como colchones, cobijas, cajas, entre otros. Allí comparte habitación con un hermano que los visita algunas ocasiones. Puede verse también la mezcla de material en las paredes. Bloque de ladrillo para proteger la casa de la montaña y esterilla en la pared que divide del cuarto contiguo. También en esta habitación puede verse un espacio dedicado a colgar la ropa y acumular otras cosas.



Figura 3-31: Esta imagen me parece muy dicente y propia de una casa campesina, popular y humilde. Es la síntesis de una estética en donde las formas, los colores y la disposición de los objetos, se aleja de las ideas “modernas” de armonía, “gusto refinado”, proporcionalidad, rectitud, entre otros, aunque en el fondo la decoración pueda guardar esta pretensión. En primer lugar, es llamativo que tanto los objetos colgados en la pared de esterilla, como el espaldar de la silla roja estén desalineados o “torcidos”; considero que el hecho que estén así, presupone una idea moderna de rectitud.

Allí hay un almanaque no solamente torcido sino doblado por fuerza del calor; un texto bíblico titulado “Confianza y paz”, seguramente de la iglesia a donde asiste la señora Angelina; un tubo blanco de donde cuelga un vestido pequeño como de muñeca, junto a un sobre de shampoo inserto en el alambre de la esterilla; un espejo que cuelga ladeado y una calcomanía de la empresa de gas con un número celular escrito, muy posiblemente para llamar y hacer el pedido de la pipeta para la estufa.

Finalmente, se observa también la silla de bebé que utiliza el nieto de Angelina cuando va a visitarlos, hecho de una madera muy básica y en la mitad el bolso, el cuaderno y la cartuchera del etnógrafo intruso.



Figura 3-32: Esta foto la tomé en la casa de doña Esmeralda Pinto, en un sector rural cercano a La Mesa y de mucha inversión inmobiliaria. Es una casa de los abuelos de ella que fue hecha en la década de los cincuenta, gracias al comité de cafeteros. Actualmente Esmeralda cuida de su mamá que tiene ochenta años.

La imagen muestra dos épocas. Dos tipos de pisos separados por medio siglo. Dos estéticas distintas que reflejan el paso del tiempo y la “blancura” y pureza de las formas y materiales contemporáneos. Las losas de la parte de debajo de la imagen, expresan un estilo barroco, de formas repetidas y llenas de detalles; contrasta con la brillantez y minimalismo de las losas del cuarto de la mamá de Esmeralda.

Contaba doña Esmeralda que esa remodelación se había hecho, pensando en mejorar el cuarto de su mamá, que debía permanecer en la casa todos los días, conectada a un tubo de oxígeno.



Figura 3-33: Casa de doña Esmeralda, construida en los años cincuenta.

*

Figura 3-34: La casa autoconstruía por Teodolindo Páez hace veinticinco años. Puede verse la base en piedra que tuvo que se hizo para nivelar el terreno de ladera. Así mismo, parte de un corredor tipo balcón que rodea la mita de la casa. La gran cantidad de plantas que cuelgan del techo y materas en el balcón, confirman algunas cosas que él me decía a lo largo de la entrevista, relacionadas con su preocupación por el desinterés de los nuevos habitantes del sector, por la naturaleza y los cultivos, que sí importan a los campesinos.





Figura 3-35: En la misma casa de don Teodolindo, todo lo que puede guardar un corredor tipo balcón de una casa campesina: muchas plantas colgantes, en materas y en el piso; al fondo ropa colgada; una vieja máquina de coser que aún usa la esposa de don Teodolindo; en la mesa de la máquina, la bolsa de comida del gato, un tarro metálico de galletas, un mortero de cocina y un folder. Colgado el sombrero de Teodolindo y empotrado un viejo equipo de sonido. La cerca es de madera, así como la estructura principal de la casa.

Creo que, en esta foto, quizá más que en cualquier otra, se encuentran objetos que “hablan” de la historia de los miembros de esta familia y de sus trayectorias familiares laborales. Por ejemplo, la preminencia de las plantas, la máquina de coser, el sombrero (...)

Figura 3-36: El corredor de la casa de don Manuel y doña Lucy. A la izquierda, algunas de las habitaciones, separadas por un muro hecho hace unos 25 años. Las puertas son retazos de tejas de zinc. A la derecha, el muro que Manuel construyó recientemente para ampliar la casa y que da hasta la cocina. Este corredor sirve también como aparcadero de las motos y bicicletas; y estas mismas son aprovechadas para colgar ropa y sábanas.

Una mesa en medio del corredor sostiene muchas cosas: un sombrero, tarros, martillos, morrales, cuerdas, pinturas, etcétera. Un balde de pintura con un balón, revela que recientemente se hicieron los arreglos locativos. Este corredor también es aprovechado para guardar “chécheres”, material y todo tipo de cosas.

En la parte superior se ve una guadua ayudando a sostener el tejado de zinc. También arriba y en las paredes hay cableado que se entrecruza, de hecho, por lo general en este tipo de casas, no se ocultan del todo las conexiones ni el sistema eléctrico.

Al fondo se alcanza a ver la salida a un patio externo, unos costales y una división de costal.



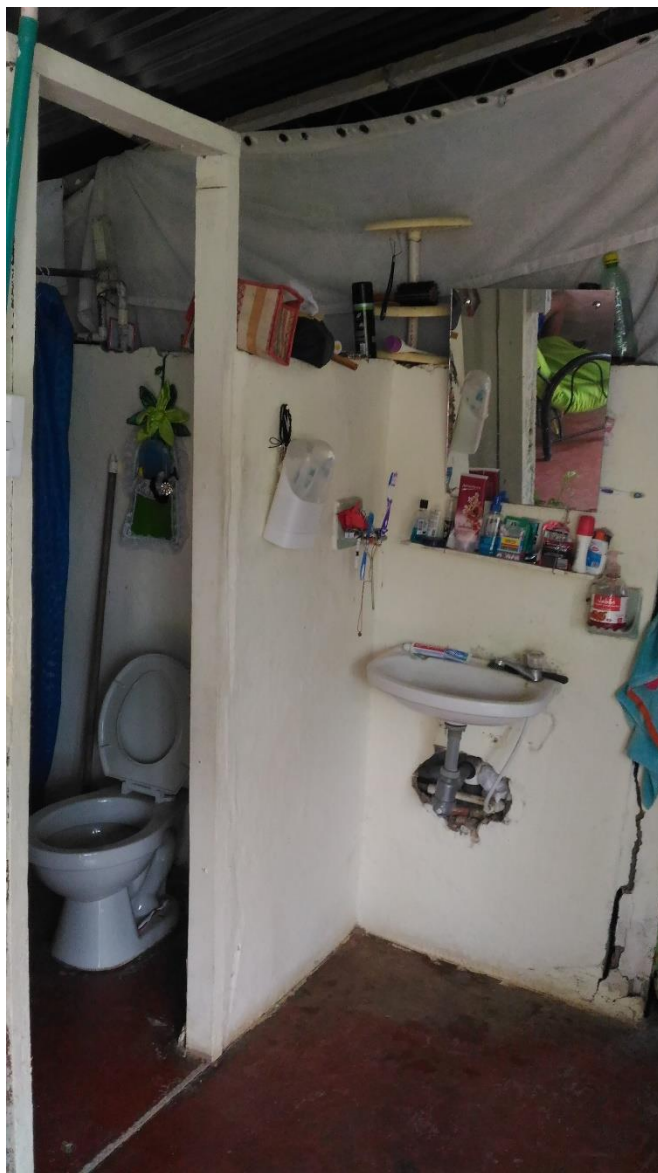


Figura 3-37: El baño de la casa de la señora Lucy y don Manuel. Cuando hablé con ellos, Manuel me comentó que uno de los proyectos que tenía era el de independizar la ducha del sanitario: “como se usa ahora en las casas modernas” decía. En efecto, en la fotografía se puede ver un espacio muy pequeño para el sanitario y a la izquierda, parte de la cortina azul de la ducha. El lavamanos queda ubicado en un lugar exterior y contiguo a la sala. El piso de estos dos espacios es el mismo mineralizado del resto de la casa.

Algunos elementos que se alcanzan a ver encima del lavamanos son: crema dental, enjuague bucal, cepillos de dientes, crema de manos, copitos de algodón, desodorantes corporales, crema anti mosquitos, jabón de manos, peinilla para el cabello [...]. La parte de arriba del muro, también es aprovechada para disponer elementos de aseo. El muro agrietado y las entrañas de este, dan cuenta del desgaste de la construcción.

Los elementos decorativos, el espejo y el mesón colgante, muestran -así como en la casa de Héctor- que en algunas ocasiones lo práctico prima sobre lo estético y sobre el equilibrio de las formas.



Figura 3-38: La zona intermedia de la casa de la señora Inés. Al fondo la cocina, construida con guadua y con las paredes de teja de zinc (algunos trozos ya oxidados) y un viejo plástico. El espacio del comedor con sólo una silla, confirma la soledad y tristeza que ella me expresaba en la entrevista. El piso de su casa es de cemento y no tiene ningún tipo de recubrimiento. Me llamó mucho la atención la nevera, de quien doña Inés contó que no estaba funcionando y tenía un cable entrelazado con un fuerte candado para impedir su apertura.

Uno de los cuartos estaba cerrado, el otro entre abierto y su interior se veía oscuro y lúgubre, aunque en la foto sólo se alcanza a ver la puerta de uno de ellos. Michelle Perrot cuenta en su estudio histórico (2011) que en la historia de las casas y de las habitaciones, la distinción entre la cocina y los dormitorios, permitió que las habitaciones tuvieran una diferenciación particular, “(...) con una vocación nocturna y más distante de la vida cotidiana que se llevaba a cabo en la calle o en el jardín” (Perrot, 2011, p. 209). Dicha vocación nocturna, puede encontrarse con facilidad en estas casas campesinas. En pleno día muchos espacios interiores son aislados de la luz y reservados para un descanso privado y oscuro, incluso durante el día.

Figura 3-39: Contrasta la figura 3-27 y 3-38 con esta imagen. Este espacio exterior queda exactamente al frente de la casa de doña Inés. Me contaba ella que de vez en cuando se reúne con sus hijos y sirven ahí el almuerzo. El enorme y frondoso árbol da sombra a esta mesa y a la silla mecedora. A la izquierda de la imagen, a unos 60 metros se alcanza a ver la casa de uno de los hijos de doña Inés que trabaja en “la rusa”.

En esta fotografía puede apreciarse un poco más el tipo de vegetación y clima de la casa de doña Inés, quien vive en un paraje intermedio entre Anapoima y La Mesa, en donde la mayoría de la tierra pertenece a Camilo Sánchez, connotado político colombiano y principal terrateniente de la región, quien fuera senador de la República en varias ocasiones y también ministro de Vivienda.





Figura 3-40: Esta es una instantánea del interior de la casa donde vive don Jairo Correa, el autoconstructor de la casa de Guadua (capítulo II). A él le pregunté el porqué de la oscuridad de los cuartos a lo que me respondió que era porque a veces él en el día dormía y necesitaba que la casa estuviera fresca y oscura. Es una casa habitada por dos hombres, él y su hijo. En la imagen se aprecia una cortina que divide los dos cuartos, algunos muebles viejos, una escoba reposando en el piso de cemento y un equipo de sonido que él deja prendido cada vez que sale de la casa o viaja a Bogotá, “para que la gente que pase cerca, crea que hay alguien en la casa” comentaba.

Figura 3-41: El cuarto donde duerme don Jairo. Está en la casa donde él asegura que no le ha hecho mayores modificaciones o arreglos: “como quedó dijo el fotógrafo”. Tiene una cortina que cuelga de una cuerda improvisada, que separa la cama del corredor y un toldillo. Llama la atención la pared manchada y con signos de antigüedad. La cama está pegada a la pared por lado y lado; tiene un TV con servicio de cable en un mueble de la cabecera de la cama. Finalmente, Jairo tiene unas pequeñas repisas empotradas donde guarda algunos objetos personales.





Figuras 3-42,43: La figura de la izquierda es la parte lateral de la casa que hizo Héctor. Este lado, que va hacia la montaña, tuvo que hacerse en bloque, porque cuando llueve, baja mucha agua por la loma y se mete a los cuartos. En la parte de arriba, de dicha imagen se alcanza a ver parte del sistema de canalización en PVC, que recoge las aguas lluvias y las almacena en varios tanques. Sin este tipo de sistema de recolección, se haría muy difícil la supervivencia en este sector, debido a la ausencia de acueducto y a las largas temporadas secas.

En la segunda imagen, del otro costado de la casa se ven algunos objetos relacionados con construcción, como baldosas y canecas de pintura vacías. Así mismo, vemos como esta pared es completamente de estirilla y es la que da hacia la sala – comedor y a la cocina. En la parte de arriba se aprecia la otra parte del sistema de recolección de aguas lluvias y cómo baja a uno de los tanques. En la foto, otros elementos como: la pipeta de gas de la estufa, plantas, costales y objetos reciclables, un casco de moto, un espejo exterior y ropa colgada, que en este tipo de casas se cuelga casi que donde haya espacio, sea dentro o fuera de la casa.

Reflexiones finales

En esta investigación, he hecho un esfuerzo por vincular algunas dimensiones de la vida en sociedad, que, en apariencia, se presentan como independientes y desligadas. Por una parte, todo lo que implica la materialidad con la que las familias campesinas se relacionan a diario, centrándome en la casa, y por otra, la influencia de la cultura y de las relaciones entre clases sociales. Es así como, desde el enfoque y los avances en los estudios de la cultura material, me acerqué a estas dos realidades aparentemente separadas y exploré los vínculos cotidianos que hay entre una práctica cultural muy extendida en el contexto colombiano y latinoamericano, como es la autoconstrucción de la casa, y algunos fenómenos rurales contemporáneos, como la inversión inmobiliaria de gran escala en territorios que hace tres décadas tenían una vocación mayormente agrícola. Es decir, que indagué por las conexiones que se crean entre una población adinerada, “nueva” en el territorio y una población local que lucha por no abandonar la tierra, a pesar de los incentivos y las presiones externas.

En este sentido, una de las conclusiones de esta tesis, confirma que la relación de las personas con la cultura material de la casa, permite comprender y profundizar en las nociones que, en el ámbito de lo cotidiano, se tienen sobre la vida doméstica, la intimidad, la familia, el hogar y la vida privada. En este sentido, vale afirmar que, tanto los objetos que se pueden encontrar dentro de cualquier casa, como la casa misma en su doble acepción, como hogar y como vivienda material²⁵, son concebidos desde su dinamismo y no como telón de fondo de otros fenómenos sociales y culturales que se puedan presentar. Es decir, que, el ámbito de lo material, se presenta como un mediador de sentido, que incluso tiene la capacidad de subvertir ordenes establecidos y propulsar tácticas y estratégicas de supervivencia, ante la sensación de ambivalencia, y la igualmente ambivalente presencia de “urbanizadores” que vienen de las ciudades.

A través de un acercamiento de corte cualitativo en donde la etnografía fue protagonista, me topé con procesos de autoconstrucción de casas rurales, que me permitieron develar

²⁵ En Colombia, “casa” es sinónimo de hogar, pero también es lugar y sentimiento.

las experiencias y las relaciones sociales de sus dueños. No solamente hice una apuesta epistemológica que implicó, como infiere Miller (2001), meterme, literalmente, al rancho de las personas, sino que intenté ver e interpretar mucho más cuidadosamente, las formas, que las funciones sociales; tanto de los objetos, como de las situaciones y los contextos sociales siempre dinámicos. Por tal motivo, puedo concluir que, desde la experiencia investigativa en campo, la mirada “micro”; la que se hace del detalle, del trazo, del color, de la forma, de la estética y la practicidad de los objetos, vale más y tiene más peso interpretativo, que un simple acercamiento estadístico u otro que privilegie la adecuación de constructos teóricos preestablecidos, que sirven para explicar los fenómenos de forma general y aislada de la experiencia y las prácticas de las personas.

Otro de los elementos centrales que viene bien reflexionar al final de esta investigación, es la práctica de autoconstrucción de la casa rural, como una experiencia de la vida cotidiana, que dependiendo de los contextos particulares, devienen en un accionar táctico, mediante el cual, los pobladores rurales pueden tener varios objetivos; unos más urgentes que otros: por ejemplo, convertir sus casas autoconstruidas en lugares de resistencias culturales, como cuando optan por hacerlas en guadua, no solamente para evitar el pago de los permisos de construcción, sino como mecanismo ágil de arraigo cultural y material; por otra parte, la autoconstrucción como práctica cultural mediante la cual se crean conexiones simbólicas con ese mundo de los “ricos”, porque son universos que se necesitan mutuamente, por admiración y también, muchas veces, como forma de rechazo. Por ejemplo, al adaptar estéticas “modernas” en la construcción y adecuación de las cocinas. Esto, debido a que la manera en que se autoconstruye la casa familiar (reciclando, ahorrando, comparando y adaptando otras estéticas) está imbricada completamente con la manera de ver la vida y de construir el sentido de su existencia rural.

Las expresiones de indignación, malestar y rechazo que hallé en campo, con respecto a las prácticas propias del mundo de la riqueza, sintetizadas en expresiones como “enterrar plata” o “botar plata”, empero, paradójicamente, los sentimientos de admiración, agradecimiento y orgullo por estar cerca, compartir e incluso llegar a hablar con personas de “clase alta”, me llevaron a proponer la explicación de este fenómeno desde la categoría

de “ambivalencia”. Este sentimiento, que resume las manifestaciones que he recogido, no se da de forma etérea, sino que se hace palpable en la cultura material; en los objetos, en lo que se construye, en la estética de los espacios domésticos e incluso en la ubicación de las casas campesinas. Asimismo, es posible concluir que tal ambivalencia se presenta también en vía contraria, cuando, por ejemplo, don Arturo Calle, el empresario de los textiles y quien posee varias villas en Mesa de Yeguas, convida a su casa a personas del común que encuentra en el pueblo, asumiendo una actitud de sencillez y portando unos valores como la humildad y la solidaridad, que son más propios del mundo de la pobreza. Allí, se da un movimiento hacia las prácticas del “débil”, en una relación tan ambivalente como la que se da del pobre hacia el rico²⁶. Esta ambivalencia, desde la propuesta de Michel de Certeau, se presenta como una relación claramente binaria más no confrontacional, que en sí misma, no es ni táctica ni estratégica. Por lo tanto, no se comprende desde la lógica polarizante de la “lucha de clases”, sino que queda en medio de los dos mundos.

También es clave traer a manera de conclusión, la tensión que encontré entre el carácter práctico y el estético en los diferentes ámbitos de las casas que visité. Ninguno de los dos prima sobre el otro. Que se prefiera construir una cocina con un diseño abierto hacia la sala-comedor, a pesar de que la familia sabe que tendrían que estar atajando los gatos y las gallinas para que no se roben la comida, habla de una prelación que está poniendo de relieve las conexiones que se quieren hacer con unas estéticas urbanas y modernas, de ese mundo admirado; por su parte, en la colección de fotos del capítulo IV, encontrábamos varias instantáneas que expresaban cómo, el carácter práctico, se superponía al estético, en ámbitos domésticos como el comedor, el baño y las habitaciones, aprovechando al máximo los espacios reducidos. Por lo tanto, la tendencia a una u otra preferencia, está marcada por las relaciones internas (miembros de la familia nuclear) y las externas (por ejemplo, el familiar rico, los patrones, la finca de al lado), porque como veíamos en el capítulo III, dentro de la casa, los “ámbitos”, no son simplemente espacios íntimos desligados de la sociedad, por más privados que parezcan.

²⁶ Vale la pena reiterar que hablo de “pobres” y “ricos”, única y exclusivamente porque fue el lenguaje con el que me topé en las múltiples conversaciones que tuve con los “bricoleurs” del mundo campesino. Y si esto fue así, tiene sentido respetar las categorías propias de la gente.

Desde una discusión más teórica, a lo largo de este trabajo, me alejo de la perspectiva de la distinción, que es tan fuerte en los estudios sobre clases sociales y estilos de vida. En contraposición, intento poner mucho más de relieve, perspectivas como los estudios de cultura material, en donde la etnografía es crucial a la hora de abordar estos fenómenos. Dichos acercamientos, a diferencia de lo que hace Bourdieu, permiten retratar las prácticas culturales y la vida cotidiana; además, logran revelar las tensiones e imposiciones a las que se ven sometidas las personas, pero sin descuidar su capacidad de agencia y de resistencia. En este sentido, a mi juicio, este tipo de abordajes se encuentra en sintonía con las apuestas epistemológicas y políticas, propias de los distintos caminos que han tomado los estudios culturales, tanto en Latinoamérica como en otras latitudes.

Por último, considero importante enmarcar todo lo anterior, en el contexto en el que se llevó a cabo esta investigación, porque, sin esto, es imposible captar el trasfondo de la astucia, la vigilancia permanente y el carácter sorpresa, en las tácticas y estrategias de la vida cotidiana de mis colaboradores investigativos, especialmente las relacionadas con la autoconstrucción. En efecto, los relatos, explicaciones, narraciones, metáforas y respuestas obtenidas en el trabajo de campo, quedarían desprovistos de todo valor, si se ignora la presión socioeconómica que está impactando a la población rural en los municipios de Anapoima y La Mesa, en Cundinamarca. Los incrementos desenfrenados en la valorización de la tierra que hace impagable los impuestos y genera incentivos perversos para vender la tierra a inversores de la construcción; la escasez de agua y ausencia de redes de acueducto en donde los más afectados son las personas de menos recursos que no tienen manera de almacenar agua en grandes tanques; el consecuente deterioro ecológico que ha traído la proliferación de condominios, clubes y “quintas” que han deforestado el territorio; la inflación en el sector comercial que hace que la alimentación y los materiales de construcción estén “por la nubes”; y por último, sin ser todas las situaciones, los altos costos a los que se ven sometidos a pagar los campesinos, si quieren construir sus propias viviendas o mejorarlas, por concepto de permiso de construcción. Sin este contexto, no se entendería el esfuerzo de los campesinos y obreros de La Mesa y Anapoima, por sobrevivir cada día y quedarse en la tierra de sus ancestros.

Bibliografía

- Appadurai, A. (1986). *The Social Life of Things*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ariztia, T. (2009). “Arreglando la casa propia: La cultura material de la movilidad social” en *Espacios, Prácticas y Cultura Urbana*. Editorial Arq.
- Birdwell-Pheasant, D. & D. Lawrence-Zúñiga (eds) (1999). *House Life: Space, Place and Family in Europe*. Oxford: Berg.
- Bonhomme, M. (2013). “Cultura material y migrantes peruanos en Chile: un proceso de integración desde el hogar”, en *Polis Revista Latinoamericana* 35 (12): 63-84.
- Bourdieu, P. (1979 [1998]). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Certeau, M., Pescador, A., & Giard, L. (2000). *La Invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, M. D., Giard, L., & Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Chapman, T. & J. Hockey (eds) (2002). *Ideal Homes?* London: Routledge.
- Clarke, A. (2001). “The Aesthetics of Social Aspiration.” en Daniel Miller (ed.) *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors*, 23– 45, Berg, Oxford.
- Cook, I. & Crang, P. (1996). “The World on a Plate: Culinary Culture, Displacement and Geographical Knowledges”, en *Journal of Material Culture* 1 (2): 131–153.
- Davidoff, L. & C. Hall (1987). *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class 1780–1850*. London: Hutchinson.
- Douglas, M. (1991). “The Idea of a Home: A Kind of Space”, en *Social Research*, 58 (1): 287–307.
- Dupuis, A. & Thorns, D. (1998). “Home, Home Ownership and the Search for Ontological Security”, en *The Sociological Review* 46 (1): 24–47.
- Easthope, H. (2004). “A Place Called Home”, en *Housing, Theory and Society* 21 (3): 128–138.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.

- Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge: Polity Press.
- Highmore, B. (2002). *Everyday Life and Cultural Theory: An Introduction*. London: Routledge.
- Hoggart, R. (1957 [2013]). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina.
- Jackson, S. & S. Moores (ed) (1995). *The Politics of Domestic Consumption: Critical Readings*. London: Prentice Hall.
- Lamont, M. (1992). *Money, Morals, and Manners: The Culture of the French and the American Upper-Middle Class*, Chicago: University of Chicago Press.
- Lévi-Strauss, C. (1962 [1997]). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mallett, S. (2004). “Understanding Home: a Critical Review of the Literature”, en *The Sociological Review* 52 (1): 62–89.
- Miller, D. (2008). *The Comfort of Things*. Cambridge: Polity Press.
- Miller, D. (2001). “Behind Closed Doors”, en Daniel Miller (ed) *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors*, 1–19, Berg, Oxford.
- Olwig, K.F. (1998). “Epilogue: Contested Homes: Home-making and the Making of Anthropology”, en Nigel Rapport y Andrew Dawson (eds) *Migrants of Identity: Perceptions of Home in a World of Movement*, 225–236, Berg, Oxford.
- Pedraza Gómez, Z. (2011). *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)* (2nd ed.). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Perrot, M. (2011). *Historia de las alcobas*. México: Siruela & Fondo de Cultura Económica.
- Raynaud, P. (1980). “Le sociologue contre le droit”, en *Esprit*, 3: 82 – 93.
- Rybczynski, W. (1986). *Home: A Short History of an Idea*. Michigan: Viking.
- Salazar, O. (2012). “Estética, armonía y naturaleza en la estructuración de estilos de vida de clases medias en Bogotá”, en Andrés Salcedo y María Teresa Salcedo (eds) *Fricciones Sociales en Ciudades Contemporáneas*, Bogotá, ICAHN.

Saunders, P. & Williams, P. (1988). "The Constitution of the Home: Towards a Research Agenda", *Housing Studies*, 3 (2): 81–93.

Somerville, P. (1992). "Homelessness and the Meaning of Home: Rooflessness and Rootlessness?" *International Journal of Urban and Regional Research*, 16 (4): 529–539.

Torres, A. (1993). *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977*. Bogotá: CINEP.

Woodward, I. (2001). "Domestic Objects and the Taste Epiphany: A Resource for Consumption Methodology", en *Journal of Material Culture* 6 (2): 115–136.

*

Agarrando Pueblo (Ospina, L. & Mayolo, C., 1977, 29 min., Colombia).
